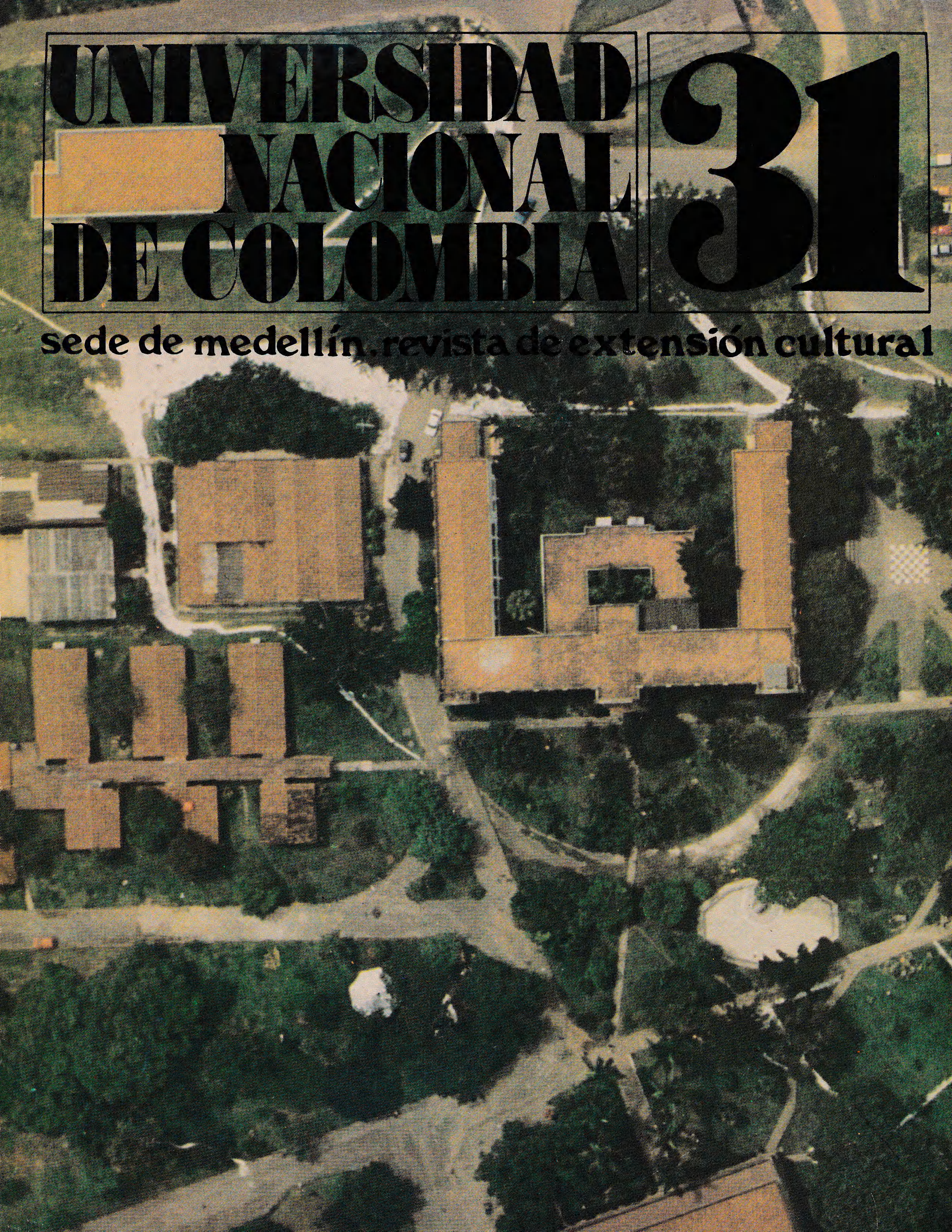


**UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA**

31

sede de medellín. revista de extensión cultural



universidad nacional de colombia
sede de medellín

•
revista de extensión cultural
no. 31

diciembre de 1993

directores:

luis antonio restrepo a., marta e. bravo de hermelin

comité de redacción:

manuej mejía vallejo

darío ruíz gómez

darío valencia restrepo

jorge alberto naranjo m.

coordinación editorial y difusión:

josé ignacio vélez g., divulgación cultural.

diseño gráfico:

margarita maría gómez m.

asesor:

luis fernando valencia r.

impresión:

editorial lealon, medellín

dirección:

apartado aéreo n° 568, medellín

solicitud de canje:

biblioteca central

licencia del ministerio de gobierno n° 002225 de 1976.

tarifa postal reducida para libros y revistas n° 133 de la administración postal nacional.

•
vice-rectora de la sede:

maría clara echeverría r.

secretario de la sede:

darío gonzález tobón

•
la responsabilidad de las opiniones que se exponen en los artículos corresponde a los autores.

issn 0121-0823

presentación	5
breve historia del soneto renacentista y barroco jorge alberto naranjo	6
conversación con luis fernando peláez fernando cruz kronfly	16
¿lo regional como ruptura? enrique alí gonzález ordosgoitti .	23
nacimiento y destino del concepto de economía natural luis jair gómez g.	38
historia no oficial de la escuela nacional de minas de medellín, 1887 - 1970 pamela murray	51
imagerías de lectura mauricio vélez upegui	59
colaboradores	79
ilustradores	80

En el contexto de la reforma de la Universidad Nacional, las publicaciones universitarias adquieren una importancia singular. Difundirlas es un aporte a la colectivización del conocimiento y a la consolidación de las comunidades académicas.

La Revista de Extensión Cultural de la Universidad Nacional Sede Medellín, ha tenido como política hacer conocer no sólo los trabajos de la Institución sino también mantener una relación constante con investigadores y profesores que están generando producciones en otros espacios académicos, regionales, nacionales e internacionales.

La Revista que hoy publicamos es una muestra de esta orientación. Esperamos contribuir así con las variadas importantes temáticas ofrecidas a una discusión y un análisis que sea de gran interés.

En este número hacemos entrega a nuestros lectores de dos trabajos de docentes de esta sede: "Breve historia del soneto renacentista y barroco", del profesor Jorge Alberto Naranjo, de la Facultad de Minas, y "Nacimiento y destino del concepto de economía natural" de Luis Jair Gómez, profesor titular y maestro universitario, adscrito a la Facultad de Ciencias humanas. Del sociólogo y ensayista venezolano Enrique Alí González Ordosgoitti, profesor de la Universidad Central de Venezuela, publicamos el ensayo titulado "¿Lo regional como ruptura?". Publicamos también el diálogo entre Luis Fernando Peláez, conocido artista y profesor de las Universidades de Antioquia, Pontificia Bolivariana y Nacional, con el escritor y profesor de la Universidad del Valle, Fernando Cruz Kronfly. Mauricio Vélez Upegui, profesor del Departamento de Español de la Universidad de Medellín, nos presenta su ensayo "Imaginerías de lectura". De Pamela Murray, Ph. D. en Historia de América Latina de la Universidad de Tulane y profesora de la Universidad de Alabama su artículo: "Historia no oficial de la Escuela Nacional de Minas de Medellín, 1887 - 1970".

Las ilustraciones de la Revista obedecen a una concepción: la publicación no es sólo un trabajo intelectual sino también una propuesta artística. La colaboración de los ilustradores vinculados a la Universidad Nacional, Carrera de Artes y a la Universidad Pontificia Bolivariana realza la Revista. Especial mención hacemos de la autora de la obra que se reproduce en la carátula: Gloria Posada, artista y escritora egresada de la Carrera de Artes Plásticas de la Universidad Nacional de esta Sede, quien ha recibido merecido reconocimiento en certámenes regionales y nacionales y que presenta la obra denominada "Los caminos que hemos hecho caminando" donde la Universidad es el motivo central de su trabajo.

Con este esfuerzo la Revista de Extensión Cultural de la Universidad Nacional Sede de Medellín, y gracias a sus colaboradores e ilustradores, ofrece un nuevo aporte a la vida intelectual y artística que esperamos sea del interés de muchos.

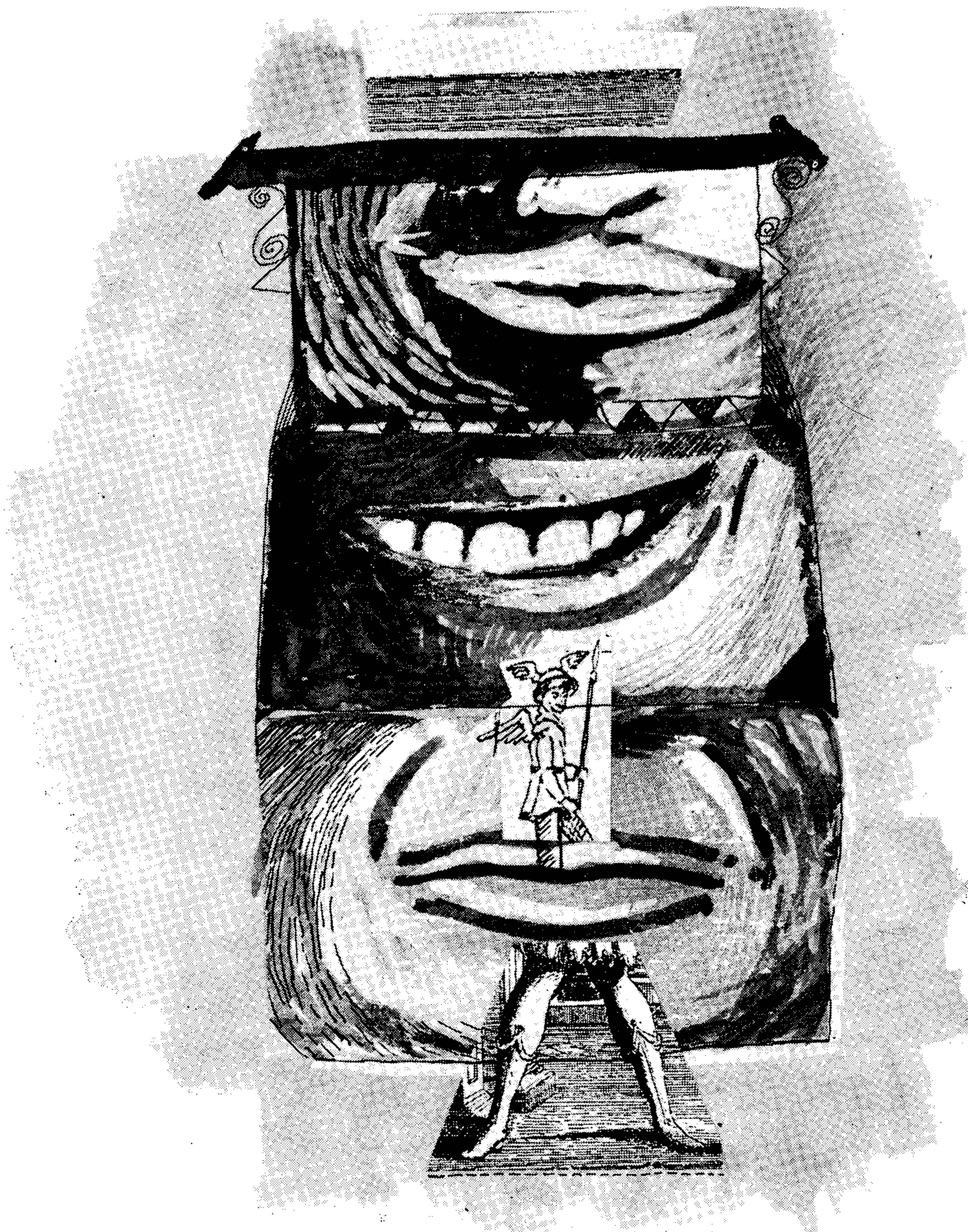
Marta Elena Bravo de Hermelin

Directores

Luis Antonio Restrepo Arango

jorge alberto naranjo

**BREVE HISTORIA DEL SONETO
RENACENTISTA Y BARROCO**



“Y yéndome alejando cada día,
gentes, costumbres, lenguas he pasado”.

(Garcilaso de la Vega. Soneto III).

Soneto es pequeño son, cancioncilla, chansonnette. Consiste en un poema lírico de catorce versos de igual medida, generalmente endecasílabos, que se agrupan en cuatro estrofas (dos cuartetos seguidos por dos tercetos, o tres cuartetos y un dístico final) con un patrón de rima fijo y una matriz de acentos definida. Esta forma poética fue invención de trovadores provenzales a mediados del siglo XII. Ya hacia 1165 se nombraba “sonnet” un poema con los rasgos anteriores, pero en el conjunto de poesías que los provenzales designaban, genéricamente, “sonnet”,

había un cierto margen de variación en el número de estrofas y de versos, y fue sólo en la segunda mitad del siglo siguiente cuando Pierre de Vignes (o de la Vigne) circunscribió el nombre para una forma de poesía con estructura más delimitada. Los primeros sonetos que se conservan en la forma arquetípica de catorce versos endecasílabos datan de 1220 y se atribuyen a un poeta de la escuela siciliana, Giacomo da Lentino. En ellos la rima típica sigue el patrón abab abab cde cde, con los cuartetos serventesios a la manera provenzal. Unas décadas más tarde Guittone

d'Arezzo, de la llamada "escuela de transición", sustituyó el patrón serventesio de los cuartetos por un patrón abba abba que se impuso rápidamente incluso entre quienes no admiraban la poesía de Guitton-Dante por ejemplo. Hubo sonetistas de renombre desde entonces. Rustico de Filippo, Folgore de San Gimignano ("Los sonetos de la Semana"), Bencivenne della Chitarra ("Los Sonetos de los Meses") aplicaron la forma a cuadros de costumbres, a los paisajes de las estaciones, a las faenas campestres. Pero fueron dos obras de finales del siglo XIII las que elevaron significativamente el aprecio por el soneto: el Poeta Durante volvió a narrar la primera parte del "Roman de la Rose" en una serie de ellos que agrupó bajo el título "Il Fiore"; y Dante, en su "Vita Nuova" (escrita en 1293) convirtió al soneto —no sólo de hecho, como Durante, sino de derecho— en medio privilegiado de expresión de los sentimientos de amor. Los sonetos y baladas y canciones, y los comentarios sobre su armazón y sentido, conforman lo nuclear de "Vita Nuova" y convierten esa obra en la lección inaugural de la escuela del "dolce stil nuovo" (véase ejemplo N° 1).

Dante fue el primer gran poeta que usó el soneto con criterios definidos acerca de sus virtudes expresivas y las reglas de su construcción. Estudió a fondo los secretos del verso endecasílabo, al que llamó verso "excelente", "el más noble", "el más digno" de los versos (of "sobre la Lengua Vulgar", Tratado I y II); hizo un catálogo de endecasílabos en las tres lenguas provenzales, y probó que todos los grandes poetas de la época lo preferían para sus canciones y sonetos y baladas de amor. El endecasílabo, escribía Dante, es el mejor verso "por su medida de tiempo", "por su capacidad temática, constructiva y lexicográfica", por su "peso". Ara ausirez endecabalitz cantars, ahora oiréis cantar endecasílabo. Descubrió uno de los efectos más sutiles, la resonancia rítmica de endecasílabo y heptasílabo cuando se los combina "de cierta manera". Y por supuesto, "La Divina Comedia" fue un extenso ejercicio en ese verso, la "prueba de facto" de su excelencia. Dante escribió muchos sonetos; en los cuartetos prefería el patrón de Guitton al serventesio —como ya se dijo—, pero en los tercetos experimentó con diversos patrones, no todos igualmente afortunados, como se verá: cde cde; cdc dcd; cde cdc; etcétera. Se llegó a poner de moda, en los círculos dantescos, escribir cartas en forma de soneto (cf. la correspondencia de Dante agrupada como "Rimas" en las Obras Completas). El soneto se hizo tan popular que ya en 1332 Antonio da Tempo, un juez paduano,

podía ofrecer una clasificación de dieciséis formas posibles de construirlos, con diversas variantes adicionales. Petrarca llegó a temer que pronto "hasta las vacas mugirían en versos".

*
**

Por esos mismos años (~ 1327) iniciaba Petrarca su Cancionero, la colección de sonetos más importante de todo el Renacimiento. La expresión todavía áspera, dura, en ocasiones brusca, de la lengua de Dante, había dificultado un tanto la difusión del nuevo estilo. Con Petrarca, para usar la fórmula de un historiador, "triunfa la vocal sobre la consonante", Petrarca limó, pulió y dulcificó el soneto amoroso: supo recorrer, en alas de la poesía, cada estación del amor cortés, con una atención y una sutileza sin antecedentes ni siquiera en Dante: se detuvo en más lugares, decantó más sentimientos, describió un campo más amplio de las tonalidades del alma enamorada (véase ejemplo N° 2).

Rápidamente se impuso, como un modelo para imitar, el soneto petrarquesco. Dante se consideraba por este entonces, a unos cincuenta años de su muerte, el precursor del "dolce stil nuovo" mientras Petrarca era el poeta por antonomasia y el Cancionero recorría Europa como paradigma de la nueva poesía. Aún estaba vivo Petrarca cuando surgió la corriente de sus imitadores, y durante el siglo siguiente puede afirmarse que la poesía europea tuvo regla petrarquesca. En Italia todo gran poeta hacía sonetos y los no tan buenos por lo menos hacían soneto. Las cartas en soneto viajaban como saetas hasta el corazón de las muchachas bonitas, y los poetas recibían encargo de hacerlos cual los pintores retratos... Ya por entonces se elevaron protestas contra la abundancia de sonetos y sonetistas. Los patrones de rima, las matrices de acentuación, las construcciones sintácticas, y hasta los argumentos temáticos de los poemas de Petrarca se convirtieron en estereotipos. Los sonetos más sobresalientes, los de Sannazaro por ejemplo, empezaban a ser los que —aún imbuidos de atmósfera petrarquesca— podían afirmar cierta clase de independencia respecto del canon instituido, aportar algún efecto, un tema, un argumento (p. ej. "La Arcadia" en Sannazaro) no reductible a variaciones de la regla petrarquesca. Aún más notable fue el surgimiento a fines del siglo XV y comienzos del siglo XVI, de los sonetos burlescos de Antonio Camelli y de Berni (tan admirado por Galileo Galilei), género autónomo en relación con el Cancionero, y seña de hecho de la oposición al canon de Petrarca. El propio Miguel Ángel, que escribió sonetos bellísimos, era admirado por sus contemporáneos por hacerlos

más afines al estilo de Dante que al de Petrarca (véase ejemplo N^o 3). No obstante, todavía en ese entonces, a siglo y medio de la muerte del cantor de Laura, el petrarquismo era la corriente dominante de la poesía italiana.

*
**

Los primeros sonetos castellanos fueron, al parecer, los del Marqués de Santillana, escritos hacia mediados del siglo XV, bajo el signo de la admiración por esos poemas “fechos al itálico modo”. Algo quebradizos de ritmo, algo disparejos de espíritu, y sin duda inferiores a sus modelos italianos, los sonetos del Marqués ofrecen un rico testimonio de las indecisiones métricas y prosódicas que habitaban nuestra lengua. El castellano del siglo XV se encontraba, mutatis mutandis, en una situación de inestabilidad como la que encontrase Dante en el italiano del siglo XIII. Durante el siglo XV nuestra lengua dejó ver su debilidad y su desorden, su falta de destreza para hablar ciertas cosas; y la poesía de Petrarca fue el espejo que le mostró sus falencias. Petrarca fue imitado abundantemente en la España del siglo XV. Un códice de sus obras se encontraba en la biblioteca del Marqués de Santillana; en los sonetos de Ausias March, en diversos pasajes de “La Celestina” palpitan versos y sentimientos petrarquescos. Fue imitado, sí; esto es un arte, como dijera luego el Brocense; pero sobre todo experimentaban, buscaban dominar una lengua arisca, hacer pasar las frases por la criba mesurada de la forma. Buscaban una lengua más elocuente, más flexible y suave. La imitación era una fase de un experimento más amplio.

Para Garcilaso de la Vega y Juan Boscán, unos setenta años después de la muerte del Marqués de Santillana, el panorama no había cambiado significativamente: el castellano seguía siendo una lengua intuitiva, sin rigor métrico, sin conciencia de sus posibilidades expresivas. El famoso “Diálogo de la lengua”, de Juan Valdés, escrito por la misma época, señala francamente el desorden en que se hallaba nuestra lengua en los comienzos del siglo XVI. Para Garcilaso y Boscán la tarea de modular el idioma de Castilla con los patrones de metro, rima y acentuación aprendidos de los italianos equivalía —ahora de manera explícita— a dar identidad y estabilidad a una lengua un tanto amorfa y corruptible. Por esto fueron tan importantes los trabajos de aclimatación de las formas y reglas poéticas del italiano en el castellano realizados por ellos en la última parte del Renacimiento: la “reforma de la lengua” era la empresa sobreentendida.

*
**

Francisco Imperial, el Marqués de Santillana, Fernando de Rojas, y en lo suyo Ausias March, sólo habían comenzado esa tarea de regulación métrica y prosódica de nuestra lengua. Y sin duda todavía en los poemas de Garcilaso y Boscán —sobre todo en los del último— se encuentran trazas del antiguo desorden, y por doquiera se delatan las imitaciones de modelos poéticos del Cancionero de Petrarca y de Sannazaro. Pero hay también —sobre todo en los poemas de Garcilaso— un rebasamiento del nivel puramente imitativo, las señales ciertas del acceso a un dominio aprehendido de las formas y reglas preceptivas, que las entrega libres para su aplicación a toda clase de sentimientos no explorados en los modelos que se imitaban. Hay además el camino desbrozado por los poetas del siglo anterior, especialmente Ausias March, que daba pautas seguras sobre lo que debía hacerse. Y hay, después de todo, una prodigiosa neutralización de los “ruidos” sintácticos, rítmicos y prosódicos frecuentes en la poesía castellana anterior.

Garcilaso condujo el idioma a una existencia más plena y expresiva, más estable y duradera. En sus sonetos, como se verá, uno asiste al amanecer de nuestra lengua, al levantarse de un mundo hasta entonces apenas entrevisto, verdaderamente “inaudito”. Cuando un siglo más tarde, en tiempo barroco, España viva la Edad de Oro de sus Letras, no sorprenderá ver a cada gran poeta loando a Garcilaso, integrando sus frases y figuras en los poemas que escriba. Incluso San Juan de la Cruz, ese poeta singular, bebió de Garcilaso: fue manantial de metros, versos, rimas, ritmos, tonos, timbres, temas; domesticó el endecasílabo, enseñó que llaneza de expresión y hondura de sentido han de ir juntos (véase ejemplo N^o 4). Enunció el amor y la amistad en tiempo castellano, ni moro ni napolitano, les dio su verso festivo, su verso seductor y cómplice, su verso adversativo y escéptico, su verso triste y hasta lúgubre; dio su aire español a la cortesía —ese aire tan admirado por Stendhal y tan admirablemente expuesto en sus relatos del Renacimiento—, su temple y pulimento toledanos. Garcilaso descubrió los paisajes para la literatura castellana: se decía “Tajo” y los poetas escuchaban “Garcilaso”. Dio al “yo” entidad literaria, lo antepuso a cada verbo, a muy variadas circunstancias sentimentales. Garcilaso dio al corazón palpito poético, al alma ámbito espiritual suficiente, a la inteligencia una morada más vasta. Garcilaso hizo por nuestra lengua lo que hiciera siglo y medio antes Petrarca por la suya: la sacó de su edad medieval.

*
**

Incluso en la Italia petrarquista lo imitaron. Pietro Bembo lo describía como “el español más distinguido, festejado y querido entre cuantos hasta entonces vivieron en Nápoles”, considerándolo poeta superior no sólo entre los españoles, “estímulo y acicate” aun para los propios poetas italianos. Fue un influjo, de todos modos, local y pasajero. A un nivel global, la corriente de la época iba dominada por los cánones poéticos del cantor de Laura, y quizá la misma poesía Garcilasiana era leída en el marco de los cancioneros de la hermandad petrarquesca. Quien hacía el viaje a Italia regresaba cargado de sonetos y de ganas de adaptarlos a su lengua natal. Igual que con Garcilaso y Boscán en España sucedió con Du Bellay en Francia, con Sir Thomas Wyatt en Inglaterra. Hasta Milton, un siglo más tarde, haría lo mismo: Petrarca estuvo en el corazón de la génesis de varias lenguas nacionales europeas. Y junto con las críticas a esas oleadas de petrarquismo, aparecieron nuevas opciones formales como la reacción en positivo al modo italiano de hacer soneto. Se discernen fácilmente dos tipos de opción posibles, uno en el metro, otro en el patrón de rima. Fue notable en Francia la utilización de versos en metro parisílabo, decasílabos (Mellin de Saint Vellay, Louise Labè) y alejandrinos (Ronsard) en el soneto. Hubo muchos sonetos parisílabos en la escuela de Lyon y en el Parnaso. Estos versos habían sido cuestionados ya por Dante, debido a su cadencia subordinada al dístico “tal cual la materia se halla subordinada a la forma”, y más tarde —en parte por la severidad del juicio de Molière— el soneto francés retornaría al endecasílabo o al verso de trece sílabas (p. ej. “Los Gatos” de Baudelaire). En Inglaterra fue notable la construcción de patrones de rima ajenos a la poesía italiana o poco frecuentes. El propio Wyatt escribió sonetos irregulares en metro, pero tuvieron poca fortuna en su momento (así hoy se admire la musicalidad de los mismos, en algo derivada de la forma distorsionada de soneto que tomó por matriz). De preferencia —cuando hacía sonetos “regulares”— usó el patrón cdd cee para los tercetos. No obstante, este patrón degrada fácilmente al de un cuarteto, cddc, y un dístico o “couplet” final, ee. De allí que se volviera casi natural —o por lo menos casi espontáneo— el soneto de tres cuartetos y un dístico. El Conde de Surrey extremó la tendencia, y fijó un patrón de rimas independientes también para los dos cuartetos iniciales que se convertiría luego en característico de la forma soneto “isabelina”: abab cdcd efef gg, es decir, tres serventesios independientes y un dístico final, o bien abba cddc effe gg, tres cuartetos guittoneanos y dístico. Shakespeare —medio siglo más tarde— se inclinó por el primer patrón isabelino, con

rima consonante dentro de cada estrofa, y con la armonización y apareamiento de las diferentes terminaciones correspondientes en los tres cuartetos por vía de rimas asonantes secundarias y apareamientos vocálicos; y dio al dístico final un peso específico muy alto dentro del conjunto del poema: el dístico era el espacio literario para el giro del pensamiento expresado en los cuartetos, la “vuelta de tuerca” —pero ésta es una imagen decimonónica— que elevaba la obra a la dimensión del arte. Este efecto es tan típico, y tan bien construido por el gran dramaturgo, que siguió conociéndose como “efecto Shakespeare” (véase ejemplo N° 5). El poeta Spenser, por su parte, definió el patrón de rima ligada que luego caracterizaría a la forma soneto conocida como “spenseriana”: abab bcbc cdcd ee, con cuartetos serventesios no independientes y dístico final. Dentro de esta forma se considera alternativamente un patrón abba abba cc dd ee, usado también por Wyatt, que multiplica los dísticos a expensas de un cuarteto suprimido.

En general, pues, el dístico tendía a emprender vuelo autónomo dentro del soneto inglés. Algunos llegaban hasta olvidarse de él. Spenser hacía con alguna frecuencia sonetos de doce versos o de verso libre. Pero un libro de poemas de Sidney, “Astrophel and Stella”, publicado en 1580, impuso el criterio —que avalaría el último Spenser y que heredaría Shakespeare en el barroco— según el cual “catorce versos dicen que es soneto”. El propio “efecto-Shakespeare” puede pensarse como una ligadura adicional del dístico al contexto del poema, con refuerzo de su valor ideográfico en compensación por el debilitamiento de su lazo armónico, para mantenerlo unido al soneto. Fue un golpe de genio, a decir verdad la más importante reforma hecha al esquema italiano. Las demás formas inglesas de soneto aprovecharon bien el aporte. El dístico se convirtió en sede de un efecto decisivo, la cima o la sima, el umbral o la grieta en el poema. El soneto no abría sus arcanos hasta el dístico.

Es notable, por lo demás, la preferencia de los sonetistas ingleses por la alteración de los patrones de rima, que los franceses exploraron menos, mientras que, a la inversa, los ingleses exploraron poco la alteración del metro (los experimentos de Wyatt no fueron apreciados entonces, recordémoslo, los ingleses preferían marcadamente el pentámetro yámbico —que el diccionario Webster llama “el metro típico” sin especificar que sólo se trata de la costumbre inglesa de metrizar el soneto), alteración que sí estudiaron a fondo los franceses, aunque sin tanta fortuna por la limitación, ya señalada, del verso parisíla-

bo que trabajaban. El soneto tendía a convertirse en siete pares de dísticos. La ganancia rítmica no compensaba la monotonía de la repetición, el movimiento unitario se degradaba, como previera Dante. Y si a esto se añade la relativa pobreza acentual de la lengua francesa, su frecuencia de consonantes y sobre todo de guturales... Los ingleses toparon la tendencia al dístico sólo al final del soneto y le buscaron una función creadora. Los franceses toparon al dístico en todas partes, en el mismo momento en que creaban impecables sonetos de versos parisílabos, solemnes alejandrinos, livianos decasílabos. Tal vez esto explique la posterior experimentación de metros en grandes poetas franceses, mientras los sonetistas ingleses parecen moverse tan cómodamente en pentámetro yámbico. Un Baudelaire no ignora, por supuesto, el parisílabo. Es más bien que, para los fines de cadencia y elasticidad, se mueve mejor en verso impar. Así como "Los Gatos".

*
**

Durante el barroco español se alcanzó la maestría del arte de hacer soneto. Quevedo y Góngora, Lope y Cervantes, lo trabajaron asiduamente. Había concursos de sonetos: cada fiesta religiosa, cada batalla, coronación y embajada, eran motivos para componer algunos. Los poemas se discutían, se parodiaban, se ensalzaban en nuevos y nuevos sonetos. Fue famosa la guerra sonetera entre Quevedo y Góngora. Un soneto era la mejor forma de presentar en sociedad una palabra culta, una palabra de evolución no tradicional, importada al idioma desde el latín, por ejemplo, sin pasar por los filtros de la lengua hablada, sin historia ni desgaste social previo. Góngora importaba estos "cultismos" al por mayor, los acuñaba y los presentaba en figuras poéticas y retóricas audacísimas y en cierto modo peligrosas. Hizo síntesis admirables, algunos de los sonetos más bellos de toda la literatura universal (véase ejemplo N° 6).

Al castellano le regaló decenas de palabras nuevas, cultismos entonces, y hoy parte del bien común. Pero el estilo de Góngora, como estereotipo y forma a imitar, no dejó de preocupar al fino espíritu de Quevedo. Soneto va y soneto viene se dijeron hasta misa. Irónicamente, para la evolución de nuestra lengua poco aporta discernir quién tenía razón —ambos la tenían, según y según— y en cambio es fundamental justipreciar lo que juntos, al filo de la polémica (que es también atención a la palabra del otro) hicieron en favor del verso castellano, de la expresión adecuada, de la precisión y la musicalidad del idioma.

La maestría que se había alcanzado era tal que el soneto empezó a gastarse como objeto de atención. Para Quevedo o Góngora, para Cervantes o Lope, era literalmente un juego componerlo. Un juego y hasta una rutina. En todos ellos encontraremos sonetos que se vuelven contra sí mismos, contra-sonetos que se ríen de sí mismos, especies de máquinas que se autodestruyen, discursos que se desmienten, versos que se truncan y cojean según las reglas, versos mancos que terminan en punta aguda. Sonetos de parodia, burlescos, adrede altisonantes. Esto es barroco, así como el soneto en eco, y el retrógrado, y el encadenado, y las demás diversas figuras superpuestas a la escueta estructura del soneto italiano. Era el tiempo de las maneras, del retoque y no ya de la imitación. Y en medio de tanto artificio el soneto se volvió una máquina un poco obsoleta; tal cual lo vería un siglo y medio más tarde Goethe quien, claro, también hizo sonetos.

*
**

El soneto fue, sin duda, una invención prodigiosa. Es un poema breve, lo cual le permite transmitir la impresión de modo unitario, sin interferencia sobre la atención del oyente. La extensión del poema —como ya lo viera Poe— siempre va en desmedro de su intensidad. El soneto es denso, intenso, de gran potencia emotiva, una fuente de ondas largas flexibles, de períodos complejos. Su valor acústico, su ritmo y rima, sus armonías recónditas, lo convierten en un ágil vehículo para el transporte del mensaje poético. Cada verso puede actualizarse, el poema se deja cantar y captar como un todo solidario, el sonido se presenta parejo con el sentido, ecos y resonancias acompañan "la caída tenue y dilatada del espíritu" del poema. En su rigor formal el soneto no admite errores, los saca a la luz, los amplifica, los ridiculiza: un pie mal puesto se torna verdadero resbalón, una rima descuidada se torna falso ruido, redundancia, objeción que la armonía le hace a la idea. Y un soneto malo no es sino un sonsonete.

Lo cierto es que en la construcción de esa forma poética, en su perfeccionamiento, en el estudio de su estructura métrica, de sus reglas acentuales y prosódicas, empleó la inteligencia renacentista muchas horas felices. La meditación acerca de las formas poéticas —égloga, elegía, balada, canción, soneto, lira, etc.— excedió por doquiera el ámbito puramente estético. Dante lo expresó como un programa político para las lenguas vulgares: si esas lenguas "tuviesen por sí mismas alguna inclinación desearían su conservación; y desear su conservación equivaldría a conseguir

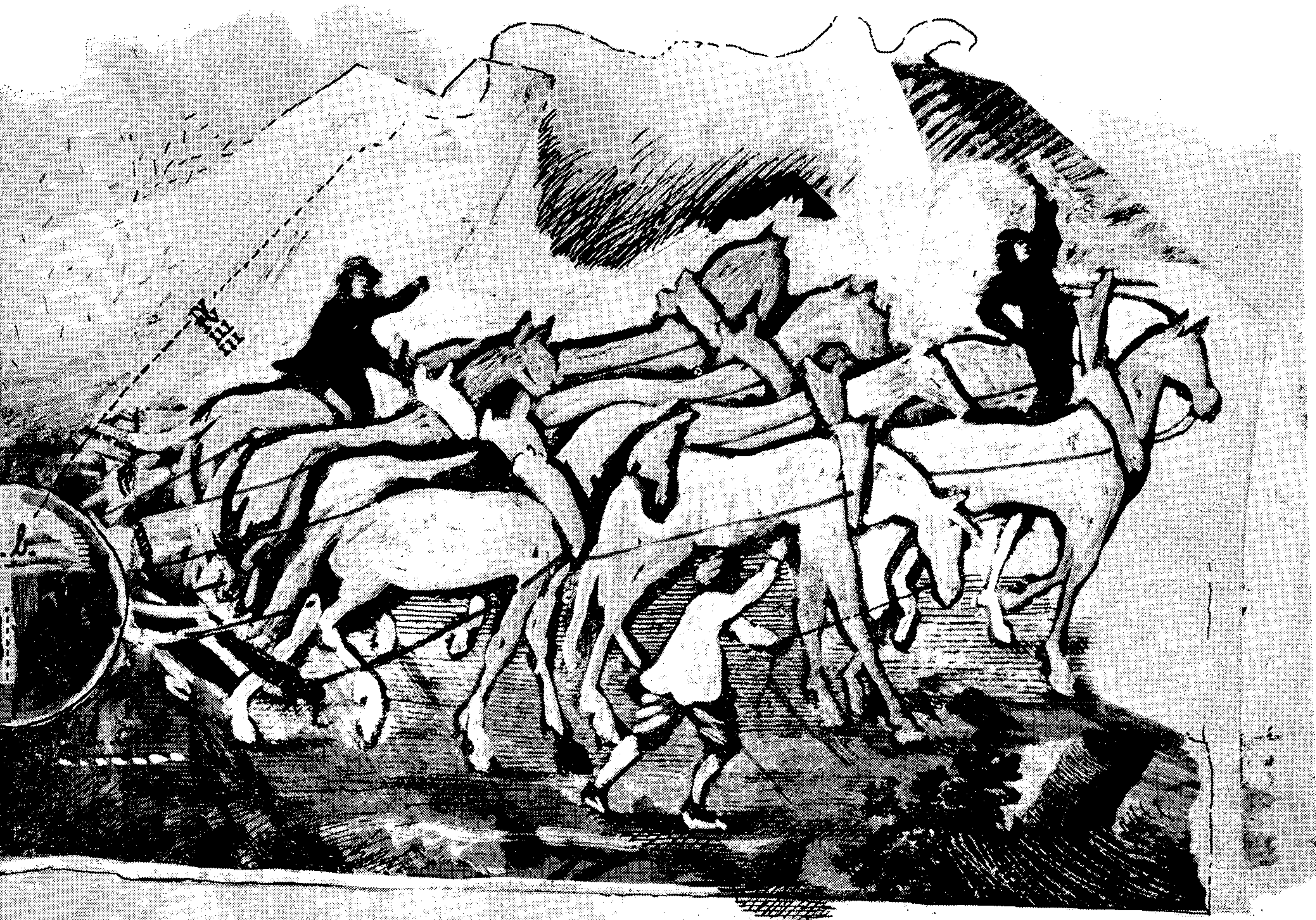
mayor estabilidad, y mayor estabilidad no podrían tener sino ligándose con números y rimas. Y esto ha sido mi deseo, el cual es tan manifiesto que no necesita testimonio". Para dar estructura, estabilidad, fuerza expresiva a las lenguas vulgares los poetas se ocupaban en tomar conciencia de las reglas de su arte y enseñarlas. Por vía de sone-

tos —entre otras— domesticaban la lengua oral, le daban recursos nuevos, orden, estabilidad. Pero rara vez se advierte —y los historiadores no son la excepción— que a la par que poesía esos pensadores hacían ingeniería de la lengua y filosofía política. El soneto bien podría decir, como el dístico del epígrafe, que "yéndose ale-



jando cada día, gentes, costumbres, lenguas ha pasado"... Tras él, los poetas atravesaron el mar de la lengua indócil, y modificaron las costumbres y los hábitos de sentimiento y expresión, y condujeron las lenguas romances al puerto seguro del rigor lógico, de la regla numérica.

Nada de extraño tiene que los gramáticos llegaran después de los poetas. Es que, antes del trabajo de los poetas renacentistas, la gramática, en el sentido que hoy le damos, no tenía objeto, no tenía (excepto, claro, el latín, que no viene al caso) lengua en qué aplicarse.



Ejemplo N° 1

Trad. J. A. Naranjo, Oct. 11/90

De Dante, VITA NUOVA, XVI

Spesse fiate vegnonmi a la mente
le oscure qualità ch'Amor mi dona,
e venmene pietá, sí che sovente
io dico: "Lasso!, avviene elli a persona?";

ch'Amor m'assale subitamente,
sí che la vita quasi m'abbandona:
campami un spirto vivo solamente,
e que'riman, perché di voi ragiona.

Poscia mi sforzo, ché mi voglio atare;
e cosi smorto, d'onne valor voto,
vegno a vedervi, credendo guerire:

e se io levo li occhj per guardare,
nel cor mi si comincia uno tremoto,
che fa de'polsi l'anima partire.

Con gran frecuencia viéneme a la mente
la obscura cualidad que amor me dona,
e invádeme piedad, y es tan frecuente
que dudo si le pasa a otra persona.

Me asalta amor tan repentinamente
que por poco la vida me abandona:
y un vivo espíritu campea solamente
que persevera pues de vos razona.

Luego me esfuerzo, ya que quiero atarme;
y casi muerto, con el valor falto
vengo a mirarte por sanar mi herida:

Y si alzo los ojos a mirarte
surge en el corazón un sobresalto
que hace que pulso y alma se dividan.

Ejemplo N° 2

De Petrarca. CACIONERO. SONETO XXXV:

Rápido río que de alpestre vena
royendo —y de ello el nombre te ha venido—
conmigo bajas, por Natura urgido
a donde Amor me empuja y encadena,

ve delante que el curso no te frena
cansancio o sueño, y antes que hayas ido
a dar al mar, verás el más florido
prado verde, y el aura más serena.

Nuestro dulce sol vivo allí estar suele
haciendo florecer tu izquierdo lado:
tal vez (¿qué espero?) mi tardar le duele.

Besa su mano, o bien su pie nevado;
dile, y el beso en las palabras vuela;
"si pronta el alma, el cuerpo está cansado".

Ejemplo N° 3

Trad. J. A. Naranjo

De Miguel Angel

O nott', o dolce tempo, benche nero
Con pac'ogn'opra sempr'al fin assalta,
Ben ved'e ben intende chi t'exalta
Et chi t'honor' ha l'intellet'intero

Tu mozzi et tronchi ogni stanco pensiero
Che l'humid'ombra et ogni quiet'appalta.
Et dall' infima parte a la piú alta
In sogno spesso porti. ov'ire spero

O ombra del morir, per cui si ferma
Ogni miseri'a a l'alma, al cor nemica
Ultimo delli afflitj et buon rimedio

Tu rendi sana nostra carne inferma
Rasciug'i pianti et posi gni fatica
Et furi a chi ben vive ogn'ir'e tedio

Oh noche, oh dulce tiempo, aunque tan negro
con paz cada obra siempre al fin asalta
bien ve y bien entiende quien te exalta
y quien te honra es de intelecto entero

Tú partes, tronchas, los cansados pensares
que húmeda sombra y el sosiego apartan
y de la ínfima parte a la más alta
en sueño espeso llevas donde espero

Oh sombra del morir con que se cierra
cada miseria al alma y corazón adversa,
Bálsamo de afligidos, buen remedio,

tú vuelves sana nuestra carne enferma
secas el llanto, quietas la fatiga,
y hurtas a quien bien vive la ira, el tedio.

Ejemplo N° 4

De Garcilaso de la Vega, SONETO XIII

A Dafne ya los brazos le crecían
y en luengos ramos vueltos se mostraban;
en verdes hojas vi que se tornaban
los cabellos que el oro escurecían;

de áspera corteza se cubrían
los tiernos miembros que aún bullendo estaban:
los blancos pies en tierra se fincaban
y en torcidas raíces se volvían.

Aquel que fue la causa de tal daño
a fuerza de llorar crecer hacía
este árbol, que con lágrimas lloraba.

¡Oh miserable estado, oh mal tamaño,
que con llorarla crezca cada día
la causa y la razón porque lloraba!

Ejemplo N° 5

Trad. Manuel Mujica Lainez.

De Shakespeare, SONETO XVI

But wherefore do not you a mightier way
 Make war upon this bloody tyrant, Time,
 And fortify yourself in your decay
 with means more blessed than my barren rhyme?

Now stand you on the top of happy hours
 And many maiden gardens, yet unset
 with virtuous wish would bear you living flowers
 Much liker than your painted counterfeit:

So should the lines of life that life repair.
 Wich this time's pencil or my pupil pen
 Neither in inward worth nor outward fair
 Can make you live yourself in eyes of men

To give away yourself keeps yourself still
 And you must live drawn by your own sweet skill

¿Y por qué no es tu guerra más pujante
 contra el tirano tiempo sanguinario;
 y contra el decaer no te aseguras
 mejores medios que mi rima estéril?

En el cenit estás de horas risueñas.
 Los incultos jardines virginales
 darían para ti vivientes flores
 a ti más semejantes que tu efigie.
 Tendrías vida nueva en vivos trazos
 pues ni mi pluma inhábil ni el pincel
 harán que tu nobleza y hermosura
 ante los ojos de los hombres vivan.

Si a ti mismo te entregas quedarás
 por tu dulce destreza retratado.

Ejemplo N° 6

De Luís de Góngora

DE LA BREVEDAD ENGAÑOSA DE LA VIDA

Menos solicitó veloz saeta
 destinada señal que mordió aguda:
 agonal carro por la arena muda
 no coronó con más silencio meta,

que presurosa corre, que secreta,
 a su fin nuestra edad. A quien lo duda,
 fiera que sea de razón desnuda,
 cada sol repetido es un cometa.

¿Confíesalo Cartago y tú lo ignoras?
 Peligro corres Licio si porfías
 en seguir sombras y abrazar engaños.

Mal te perdonarán a ti las horas,
 las horas que limando están los días,
 los días que royendo están los años.

fernando cruz kronfly

**CONVERSACION CON
LUIS FERNANDO
PELAEZ**

La siguiente conversación ocurrió un día de octubre de 1992 en una calle de Medellín. Para que pudiera darse debieron pasar cerca de quince años incluyendo días y noches de otras largas conversaciones.

Fernando Cruz: Una de esas cosas que me impresionan, y en cierto modo me sobrecogen de tu trabajo, son esos inmensos espacios donde el hombre nos es dado, o donde uno lo ve como algo absolutamente insignificante, atribulado por la pequeñez, un hombre disminuido a manos del espacio. Si esto es cierto, ¿qué es lo que vos querés decir con semejante paradoja?, porque de todas maneras el hombre está allí, engrandecido en su insignificancia, de todos modos sigue siendo la figura central: Pero es tal su relación de desequilibrio con la definición del espacio, que uno no sabe si lo que quiere es destacar lo humano que hay ahí o por el contrario demostrar la pequeñez frente a la inmensidad.

Luis Fernando Peláez: Creo que puede tratarse de ambas cosas. Gran parte de mi trabajo tiene que ver con el lugar donde he vivido y con sus circunstancias. Se trata de un espacio donde te arrinconan las sensaciones, todos esos extraños vacíos. Parte de la noción del espacio que manejo se deriva de experiencias personales, prácticamente de regiones de la infancia. De pronto llega uno a formar parte de una generación para la cual la transformación del paisaje ha sido tan vertiginosa, donde la memoria hay casi que inventarla. Es muy importante para mí la noción del paisaje, y dentro de la pintura creo que el paisaje resulta fundamental. La figura humana entre montones de objetos, es apenas el motivo de un engranaje, para dejarlo prácticamente convertido en el objeto de su propia incertidumbre. A esta relación es a la que me refiero.

F. C.: Sin embargo, uno observa que esos personajes están solos. Entonces, en medio de la ciudad, ¿cómo puede conseguirse una persona así, tan inmensamente sola?

L. F. P.: La gran ciudad, en mi caso, es la región donde ocurre de manera más dramática la ruptura de ese vínculo con los paisajes de la infancia, ese apartarse de la naturaleza. Nunca he visto nada más desolado que los metros de las grandes ciudades. Una ciudad donde uno todavía deambula entre aquellos registros que un día vivió, un espacio inmerso en la noción de la naturaleza que se mecaniza de forma tan brutal, tan avasallante, es allí donde más tiene presencia esa sensación de soledad.

F. C.: Pero, ¿soledad respecto de qué?

L. F. P.: Solos en relación a los desencuentros. Es un vestigio, es el perro enterrado en la arena, aquella obra admirable de Goya, son esos residuos, rezagos y colores del tiempo, eso hace que la historia se disperse como polvo, algo que se derrumba en pedazos, en fragmentos.

F. C.: Siempre me he preguntado (porque me he sentido muy solo, y esto tiene que ver con la desesperanza, con ese pesimismo casi sustancial a mi manera de ver las cosas), me he preguntado y no tengo la respuesta: ¿Solo en relación con qué? No sé qué me produce nostalgia, es decir, solo en relación... yo me digo: ¿He sentido defraudación?, sentí que me engañaba al pensar que existía lo hablable, es decir, ¿que todo era hablable? ¿y que, por lo tanto no había una región de lo inefable, cosas imposibles de decir?

L. F. P.: Veo que has mencionado la región más importante, la región de lo inefable, y que has pronunciado la otra palabra, a la cual se le tiene también un cierto temor... Yo no le tengo temor a los sentimientos ni a la nostalgia; etimológicamente tiene una filiación muy bella nuestra nostalgia. Lo que se ha perdido: Y ahí viene también ese sentimiento de soledad. Cuando se pierden los vínculos surge lo inefable, ese mundo de las cosas perdidas para el universo de las formas, sólo recuperable en parte por el recuerdo solitario de los sentimientos.

F. C.: ¿Pero qué es lo que hemos perdido Luis Fernando?, yo me pregunto ¿qué perdí; la región de la infancia?

L. F. P.: Esa es una de las zonas perdidas para siempre.

F. C.: Porque perder el lugar del origen no es tanto como perder un pedazo de tierra, perder un lado de la casa, sino perder los lugares de nuestra fundación, los lugares de nuestros más remotos recuerdos.

L. F. P.: Eso es.

F. C.: Los lugares en que fuimos fundados como sujetos sensibles y que ya no serán nunca más... ¿será eso?

L. F. P.: En gran parte. Lo otro es algo que en mi opinión el arte persigue: Tratar de decir lo indecible. Esa otra zona oscura, esa otra esfera donde nos vemos ante la necesidad de explorar otros territorios.

F. C.: Si pensamos la vida como un viaje que viene de atrás, un viaje que desde una visión convencional se entiende como una especie de ascenso progresivo a etapas supuestamente mejores, ¿no será que la desesperanza que sentimos



proviene de la percepción, un poco terrible, de que no es cierto que vamos avanzando sino más bien perdiendo?

L. F. P.: Puede ser... la incertidumbre abismal.

F. C.: ¿Si avanzamos perdemos? ¿No está allá, en el fondo del viaje, la imagen de la muerte?

L. F. P.: El viaje ha estado muy cercano a un pensamiento romántico. Creo que una actitud neoromántica conduciría a repensar esa historia del viaje.

F. C.: Tu obra tiene que ver con personajes detenidos delante de nada, pero igualmente con personajes en marcha.

L. F. P.: Muchísimo, con ambas cosas. Pero más que todo con el propósito de aislar, en medio del devenir, el tiempo congelado, el tiempo detenido. Trabajo con ambigüedades, con opuestos. Están lo efímero y lo arcaico, están las huellas que los hombres han dejado, y esas huellas son las que se registran otorgándoles nuevos significados. Eso de lo efímero, del tiempo suspendido, es como aislar algo en el medio de un gran espacio. A veces hay un papel simplemente, en estas nociones del instante me detengo, creo que

alrededor del instante giran y están dadas todas nuestras experiencias. ¿Qué es el instante? Es una luz que se fuga.

F. C.: ¿Entonces te molesta que se fugue? ¿Te sentís como engañado con que las cosas no duren?

L. F. P.: No diría que engañado... asombrado; es un asombro frente a las circunstancias móviles, frente a este cúmulo de instantes que finalmente son la vida. Y que es lo que en últimas el arte registra.

F. C.: Dicho de otro modo, te sentís asombrado de que nosotros no duremos, de que estemos hechos de instantes efímeros.

L. F. P.: Y que somos parte de la naturaleza y que ese es el regreso de que yo hablo, esa tendencia sobre la naturaleza que se vuelve sobrecogedora, una naturaleza filiada en la mecánica.

F. C.: Bueno, ¿por qué esos muñecos diminutos?

L. F. P.: Porque me parece que vuelven todavía más aguda la tensión entre los elementos. En-



tonces lograr que una figura ya hecha genere alrededor suyo alguna nueva evocación, alguna forma de memoria, alguna tensión que antes no existía...

F. C.: De pronto por ser tan diminuto el muñeco aumenta la tensión...

L. F. P.: Me parece que puede agudizar más el manejo de lo esencial, crece muchísimo esa posibilidad. Aquella pequeña figura hace que el espacio se vea inmenso o viceversa, con lo cual se

genera una relación entre ambos en todas las direcciones.

F. C.: Por qué muñecos ya hechos y no los que vos...

L. F. P.: Porque apuntan en la dirección de la serialidad y, fundamentalmente, del azar. No puedo trabajar con un objeto buscado deliberadamente. Me gusta mucho eso de Borges cuando dice que cada libro espera a su lector. A mí me sucede con los objetos, yo los encuentro por azar. A

veces en el desgaste, en la ordinariez, porque me interesa elevar los elementos banales a otra categoría. Hablo de todas esas cosas que se hacen en serie, con la ordinariez que produce toda esta masificación de los elementos, entre ellos algunos objetos encontrados entre escombros que introduzco en antiguas cajas de correos, como a veces hago, material de la depredación ciudadana, con el interés de que se conviertan en objetos portadores de alguna historia nunca antes contada, objetos con algún origen nunca antes dicho, portadores de alguna memoria capaz de transformarlos en origen de otros significados.

F. C.: De pronto la presunción del sujeto humano de considerarse único, exclusivo, original, todo esto es violentado por esa manera como vos presentás el valor del instante, el valor de lo efímero, el valor de lo anónimo en cierto modo.

L. F. P.: De lo anónimo y lo banal. Muchas veces alrededor de esos objetos el hombre podría... descubrirse en su precariedad.

F. C.: Pero uno podría pensar entonces que de pronto surge una especie de nostalgia, yo personalmente lo siento así; es que nosotros crecimos y fuimos educados en la idea de que somos importantes, de que somos únicos y de alguna manera exclusivos, pero la verdad parece ser otra, la verdad parece ser que somos muy fugaces, que somos, bueno... precarios, etc. Entonces yo no sé, a mí me parece que... me está conduciendo la conversación a la idea de que a vos te interesa plantear de frente, dijéramos enrostrar, decirle a la gente usted es precario, usted es apenas instante, usted es sólo fugacidad, usted es pequeñez, ¿es así?

L. F. P.: Así es.

F. C.: El espectador se siente violentado.

L. F. P.: Trato de involucrar a la gente hasta el fondo. Creo que la obra no existiría sin la lectura participativa del espectador.

F. C.: ¿En ese sentido tu propuesta es de alguna manera conceptual?

L. F. P.: Sí, entre otras.

F. C.: No, me refiero a una determinada escuela. Pero siento que vos tenés una serie de ideas que querés plantear en tu obra, que querés expresar, hablo de los conceptos que subyacen a ella. ¿Cuáles son esas ideas?, ¿ya están suficientemente dichas en lo anterior o hay alguna otra diferente de las ya planteadas?, ¿hay algo más que le querés decir a la gente? ¿Cuáles son las ideas que sangran al fondo de tu obra de arte?

¿Cuál es el pensamiento que hay detrás de tu obra?

Cuando yo escribo una novela, y cuando la he terminado de pronto me hago esta reflexión: bueno, ¿y cuál es aquí el pensamiento? ¿Cuáles las ideas que hay en esta novela?, ¿estas preguntas serían válidas para enfrentar una obra de arte plástica como la tuya?

L. F. P.: Sí. Pero en ella no hay una idea, no hay un único pensamiento, hay varios... Existe una ciudad que uno ama. Sucede como si frente al despojo uno tomara otra actitud, para mostrar que también forma parte de esto que se ha llamado la empresa de una generación. ¿Cómo queda la devastación, cómo queda el anonimato? ¿Qué otros intereses hay? Decir cosas mediante la mayor solidez formal, tener una voz para decir nuestras vivencias, libertad creativa sería en últimas...

F. C.: ¿Por qué los ensambles? ¿Esos ensambles que vos hacés te facilita lo que querés decir?

L. F. P.: Eso viene de las necesidades de las que te hablaba. De esa libertad creativa donde tenés que trabajar con lo único verdadero que existe como es tu sentimiento, tus evocaciones. Estoy pensando en la noción del desgaste, pero, ¿dónde está el desgaste? Vuelvo a aquella caja denominada "Puerto", que es una obra que aprecio, una caja que aún conserva, adherido, un sello antiguo de una empresa de aviación. Eso evoca las naves, evoca los viajes y los mares y los barcos y los cielos y la tierra o incluso los mares congelados. Pero, ¿eso de dónde viene? Se trata de una noción muy verdadera, dentro de la relatividad de toda verdad, porque en arte es imposible mentir. No he visto nada que se parezca más a la verdad que una obra de arte, cuando realmente lo es, porque de inmediato se siente que aquellos elementos, aquellos materiales, así vengan del azar son verdaderos.

F. C.: Pero vos no ensamblás cualquier cosa. Vos ensamblás a partir de la libertad y del azar, eso vale, pero ensamblás objetos ya usados que algo en tu interior selecciona y elige mientras vas por el mundo.

L. F. P.: A veces es necesario que sean objetos sumamente asépticos; a veces algo que arrastre alguna memoria con algo que sea anónimo o aparentemente irrelevante. Pues también me interesa mucho lo que no tiene nombre, lo que ingresa en el anonimato del mundo, masificado.

F. C.: Muñecos diminutos fabricados por ahí, eso a mí me duele, comprados por ahí, a la deriva

muñecos sin nombre, como nosotros cuando venga el olvido.

L. F. P.: Y la noche a la deriva, huidiza, evanescente, pues me interesa no tanto el espacio como el tiempo...

F. C.: Ahora hablamos del tiempo.

L. F. P.: Porque es uno de mis acentos. Creo que toda obra debe buscar un acento, un tono.

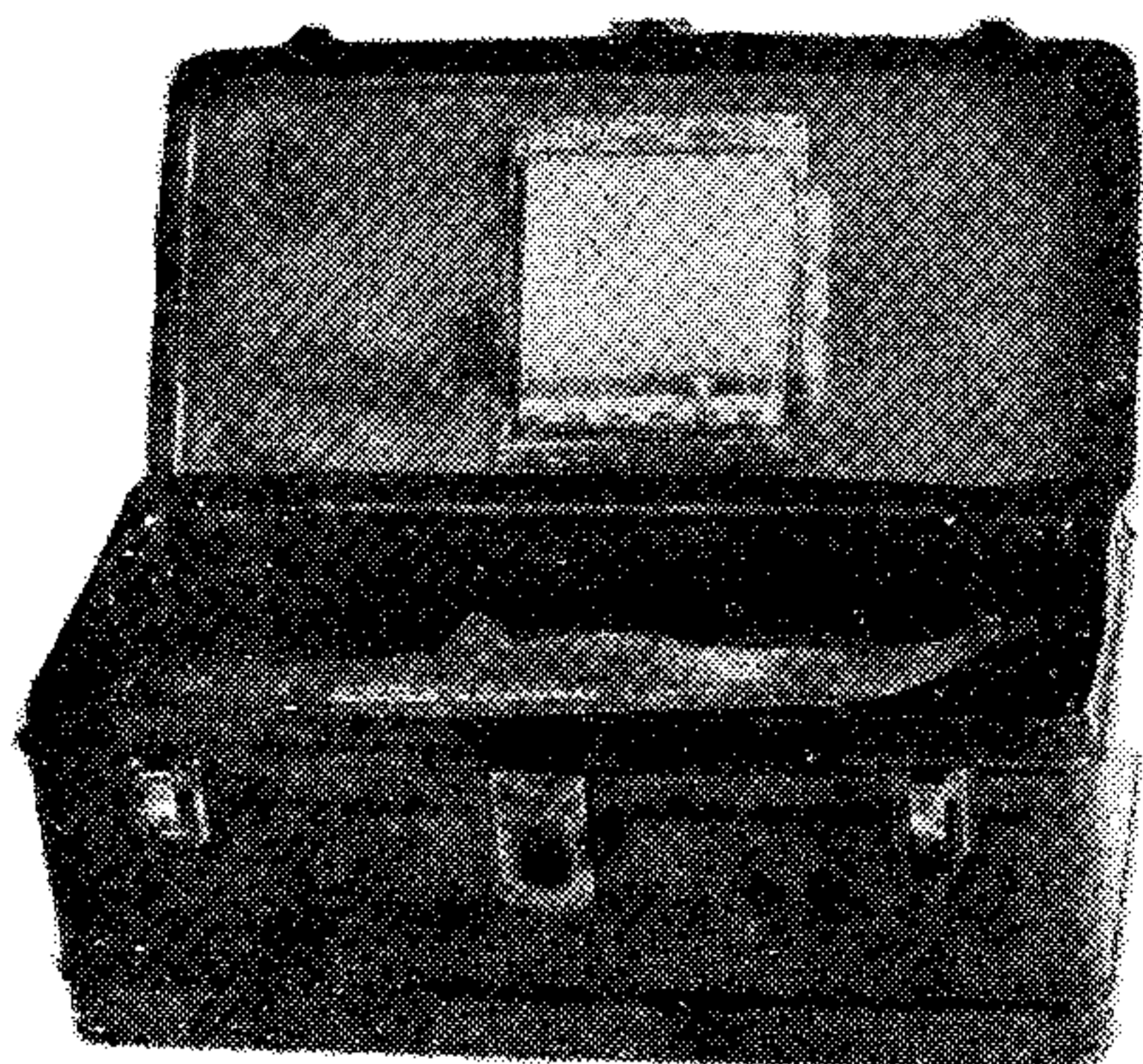
F. C.: Contra otras opiniones que he leído sobre tu obra, pienso que en ella el manejo del tiempo resulta crucial. Tengo la convicción de que la dimensión nostálgica de tus cuadros la otorga el tiempo que hay en ellos. Ese tiempo se hace posible, precisamente, a partir de la naturaleza de los elementos ya usados, desgastados, pues ellos hablan de una memoria, se responsabilizan de su propio pasado.

L. F. P.: Me interesa muchísimo que sean los materiales mismos los que se encarguen de evocar su pasado. Que aquella escritura que queda allí consignada en las señales de desgaste sea la protagonista de la evocación que se pretende. No me interesa narrar una historia alrededor del tiempo sino que sea el tiempo allí sumergido a través del desgaste de los materiales el que se convierta en el protagonista del asunto. Entonces realmente no se trata del mar ni de la arena, sino de la densidad memoriosa, los efluvios, de otra parte, la liviandad que pueden derivarse de los materiales que, a su vez, son los reales portadores del tiempo.

No hay nada que comporte más el tiempo que un material: desde el plástico hasta las arenas del desierto.

F. C.: Bueno, a ver, ¿qué ha pasado finalmente en tu obra? Yo recuerdo redes de cables entre brumas, nieblas, trenes, estaciones...

Tu último trabajo guarda parentesco con aquello pero definitivamente ahora consiste en otra cosa. ¿Qué ha pasado? ¿Esto se ha dado así poco a



poco, ha ocurrido conscientemente o se trata de algo que no es tan deliberado?

L. F. P.: Consciente o inconscientemente toda obra de arte es autobiográfica. Digamos que aquellas brumas primeras podrían tener una tendencia más lírica. Ahora me interesa algo más concreto, grávido, denso.

A veces pienso que se trata de lo mismo de antes pero al revés.

Así como existe una noción del espacio amplio y tenemos para ella la metáfora del desierto que se expresa a través de unos papeles blancos doblados, así también existe su contrario, que busca la forma de un tiempo detenido, congelado en bloques de vidrio. Lo que era amplio e incommensurable de pronto se vuelve estrecho y detenido, pero en el fondo se trata de lo mismo. Pienso que uno puede decir lo mismo valiéndose de lo contrario. Y esto forma parte de aquella tensión y de aquella ambigüedad de que hablábamos.

F. C.: Entiendo. De todas maneras los desiertos dicen casi lo mismo que dicen los instantes pero, de otro modo.

L. F. P.: Exactamente.

F. C.: Yo quisiera saber qué cicatrices tenés. No sé si vos tenés cicatrices que tengan que ver con tu obra. Heridas de un tiempo pasado, ciertamente ido, causadas por la nostalgia de los lugares desaparecidos, la pérdida de todo...

L. F. P.: ... y todas las alegrías. Uno comienza a hacer arte cuando zonas de lo personal buscan otros territorios porque los que existen no alcanzan.

F. C.: ¿Hay sensaciones de abandono en tu infancia? ¿De soledad?

L. F. P.: No, curiosamente mi infancia, que es de provincia, está poblada de hermosos recuerdos.

F. C.: ¿De Andes?

L. F. P.: De Jericó. Allí el espacio producía la sensación de ser nuevo todos los días.

F. C.: No, ciertamente era nuevo porque aún eras niño y el espacio apenas comenzaba a ser ocupado. Cuando uno es niño el espacio cada día es distinto, algo donde uno está registrando asombrado la novedad diaria. Esta es una sensación del niño, el espacio es como una bitácora...

L. F. P.: Ahora viene una zona brumosa, la que se produce de llegar a la gran ciudad, cuando uno empieza a sentir que los anhelos no se cum-

plieron, tal vez no se van a cumplir jamás. Entonces esas serán las nostalgias, no sé... tengo los mejores recuerdos de mi infancia, que la veo como un cedazo donde se colaban trazos de luz, hasta donde llegaban los olores de las secaderas de café, aquellas **hermosas arquitecturas**. Mucho pero...

F. C.: Hay un período de la infancia gobernado por el principio de placer, y todas aquellas imágenes maravillosas y la ausencia de sensaciones de soledad, la plenitud de los días y todo esto de repente tiene que ser desplazado por el principio de la realidad, de pronto la gran cicatriz que a uno le queda es haberse alejado del principio del placer y tiene que situarse de bruces en el principio de la realidad y la norma. No sé si esto te dice algo, a propósito de la herida del artista.

L. F. P.: Mucho, pero... yo no filaría necesariamente el asunto con zonas del abandono. Pienso más bien en la educación sentimental de nuestra generación, creo que de algún modo corresponde a lo cinematográfico, a lo visual, todo parecía realidad e ilusión inexplicablemente.

F. C.: Lo que estabas viendo era la condición humana, aquí y allá.

L. F. P.: Tratar de rehacer las zonas perdidas.

F. C.: Yo he pensado sobre lo que se me ha perdido. Tampoco tengo sensaciones de abandono, tuve una infancia maravillosa: El descubrimiento diario, la alegría de los días...

L. F. P.: La alegría de leer.

F. C.: Pero llega un momento en que todo finaliza y no quedamos contentos con que eso ocurra.

L. F. P.: Y uno se va a buscarlo a otra parte.

F. C.: Exactamente. Es mortal la censura que instaura el sentido de la realidad, uno queda cicatrizado, uno queda mal, pero es inevitable. Pero hablemos de algo menos triste: ¿por qué esa proximidad tuya con los escritores?

L. F. P.: Y con la música y con el cine y con todas las experiencias humanas; pienso en las huellas que dejan los hombres, así sea la escritura del castillo de arena en el desierto.

F. C.: ¿Qué te maravilla de las huellas que dejan los hombres?

L. F. P.: Parte de esto viene de mi formación de arquitecto, donde...

F. C.: ¿Pero no será al revés?

L. F. P.: Podría ser también, puesto que yo manejo los reverses, es decir, las ambigüedades... Podría ser. Vuelvo a las arquitecturas donde...

F. C.: No. Volvamos a las huellas. ¿Por qué te asombran las huellas que dejamos los hombres?

L. F. P.: Porque pasa el tiempo y no quedan sino las tumbas, los monumentos, las escrituras...

F. C.: ¿Quisieras que no fuera así? ¿Te duele que sea así? ¿No hay ahí una defraudación? ¿No hay ahí un engaño?

L. F. P.: No creo que un engaño pero sí... Puede que produzca una desilusión.



F. C.: ¡Esa es la palabra! De extraño no tiene nada.

L. F. P.: Pero a toda esa desilusión yo me niego, "los dioses crearon las penas para que los hombres pudieran cantarlas...".

F. C.: Sin embargo, lo sagrado nos ha engañado.

L. F. P.: Las ilusiones se derrumban, uno tiembla.

F. C.: A uno lo asombra y hasta lo deprime la fugacidad del rastro humano, uno quisiera que los rastros fueran eternos o al menos relativamente perdurables.

L. F. P.: Y de ahí contesto la pregunta de los escritores, mi gran afecto por alguien que como poeta, diga: "polvo serás, mas polvo enamorado...". Y entonces me siento muy cerca de las palabras que pienso nos son diferentes de las músicas, las arquitecturas, los colores.

F. C.: En tu persona, ¿qué lugar ocupa lo sagrado? ¿Es importante? ¿Vivís de algún modo lo sagrado? ¿Creés en lo sagrado? Hablemos francamente...

L. F. P.: Lo sagrado. Sí, claro, muchísimo, me rodean los ritos, vivo entre rituales.

F. C.: Hablo de lo sagrado sobrenatural.

L. F. P.: No. No creo, es muy... Hombre, a nosotros que nos tocó vivir nuestra infancia en Jericó, vuelvo a situarme en aquella tierra, una cuota religiosa profunda, creo que única. Algún día vi un cuadro de Débora Arango, una mujer del campo con un vestido de flores, cuando las flores ya no son una camisa sino más bien un destino, y esa mujer era todas las mujeres, ella arrodillada besando el anillo de un obispo. Aquello parecería muy antiguo pero a mí me tocó esa presencia de lo religioso y también viví el sentimiento de lo abismal. Dentro de la experiencia vivencial hay una cuota de cultura religiosa, una presencia muy fuerte en imágenes.

F. C.: El relato que hace la religión acerca de lo que nosotros supuestamente somos, de lo que debe ser nuestra existencia, es un relato que de alguna manera llega a su fin en tu vida. Poco a poco de creer en ese relato, pierde legitimidad y credibilidad.

L. F. P.: ¡Ah, sí!, de eso sólo quedan algunas imágenes, y dentro de esas imágenes la penumbra. En mí hay alguien que trabaja con extraños elementos, quizás de ese linaje: vidrios cortados con los cuales formo un eje cartesiano que es la tierra y sobre ella el cielo, de cierta manera un símbolo; la evocación en la mira de un barco o de una nave, como mirar hacia lo lejos, lo que

está más allá respecto de lo que está más acá, lo que podría ser el nuevo paisaje de los hombres. Tomar conciencia de aquellos arquetipos y transformarlos en otras nociones, en otras imágenes.

F. C.: Voy a reformularte la inquietud pensando en mi propio caso, a ver si por ese lado consigo plantearla de otro modo. En mi infancia, la presencia de lo religioso no fue muy pronunciada porque mi padre era un liberal radical y mi madre era árabe ortodoxa y tenía una relación con la iglesia muy distante. Creía en Dios, por supuesto, pero mi casa no era casa de curas ni de fanatismo ni de ese tipo de cosas. Sin embargo, mi sensibilidad durante la infancia fue profundamente religiosa, porque yo quería que todo aquello fuera cierto. Pero llega un momento en que descubro que lo deseado se diferencia de lo cierto y experimento una muy profunda defraudación. Tengo allí una de las heridas más significativas de mi vida, y en el fondo es una herida de orfandad de la que nadie tiene la culpa. Y esto influye en mi obra.

L. F. P.: Creo que llegamos a la síntesis de esta historia. Comparto esa desilusión. Y, ¿qué puede ser? ¿Ausencia, algo que no sería simplemente soledad sino condición de ausencia, vacíos que no permiten ligar anhelos cotidianos, religar al hombre con lo fundamental? A veces resulta inexplicable.

F. C.: Hay una cosa que se deriva remotamente de lo que estamos conversando, y es ésta: De alguna manera, todas las culturas han elaborado la idea de "Mundo" es decir, la idea de totalidad coherente, según la cual viviríamos inmersos en un "Mundo" lleno de sentido. Hace rato hablábamos del azar, el valor del azar en tu obra, algo que niega la idea de un mundo como totalidad coherente y con sentido. Dicho de otro modo, vos no tenés una idea de "mundo".

L. F. P.: No. De ninguna manera. Valoro y siento mucho lo que está atomizado, el instante, el azar.

F. C.: Exacto. La fragmentación. Esa es una cosa interesante, dijéramos muy postmoderna. La descendencia del azar, lo que se produce por una vaharada de viento que de pronto levanta un papel, el paso de un instante...

L. F. P.: Una sombra.

F. C.: Esa sombra hace parte del mundo, me consta.

L. F. P.: Nada más dramático que un objeto sin sombra. ¿Qué es un objeto sin sombra? Nada, el fin de todo, eso también me consta.

Medellín, octubre de 1992.

**enrique alí
gonzález ordosgoitti**

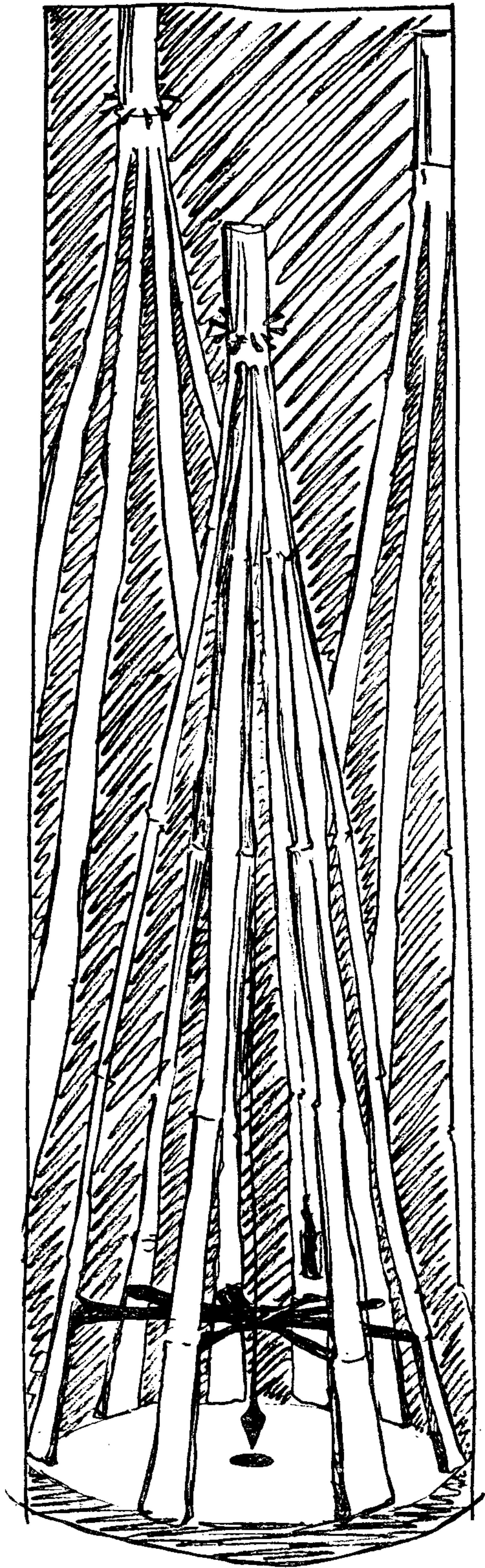
**¿LO REGIONAL COMO
RUPTURA?**

El propósito de este breve artículo es reflexionar ante una de las principales modificaciones que se viene produciendo en la percepción del destino de Venezuela; me refiero al problema de la insurgencia de lo regional como paradigma positivo en los diversos discursos sociales de lo político, lo económico y lo cultural, que si bien tocan de soslayo la noción de identidad, evidentemente la superan, al menos tal como tradicionalmente se ha concebido esta propiedad; como rasgos más o menos espirituales con muy poca incidencia sobre el diario vivir de las mayorías.

Pensamos que lo regional —o visto a nivel más general: las diferentes formas de observar la vida a través de escalas— se ha convertido de hecho y de derecho en una constante del ambiente intelectual mundial en la actualidad. De ahí la necesaria referencia a los cambios en el pensamiento internacional, que si bien no constituyen necesariamente la causa fundamental de la discusión en Venezuela —pecaríamos de miopía histórica— sí son el elemento más caracterizador del contexto del saber formalizado planetario.

1. EL AUGE Y DOMINACION DE LA PERCEPCION DE "TOTALIDADES"

La universalización del modo de producción capitalista industrial a partir del siglo XVIII, difundió diversos cuerpos de ideas de altísima formalización que pretendían explicar el mundo de manera tal que se insistía en lo que era "genérico" a la especie humana, soslayando las diferencias que históricamente se habían venido formando entre las diversas sociedades. Concepción inicialmente humanística que hacía énfasis en la



unidad de la especie humana, que luego sería continuada por el pensamiento de las ciencias biológicas (teoría de la evolución), del pensamiento filosófico (enciclopedistas), del teológico (la revolución teórica ocurrida en la teología al considerar que tenían alma los indígenas americanos, había logrado unificar al ser humano desde el punto de vista divino), del pensamiento económico (desde Adam Smith y Ricardo, hasta Marx) y desde las incipientes ciencias antropológicas y sociológicas (Comte y Spencer). Pero lo que más contribuía a la difusión y prestigio de esa visión de "totalidad" era la práctica social que, evidentemente, tendía a unificar el mundo a partir de la división internacional del trabajo; de la creación de un verdadero mercado mundial, de la nueva expansión imperialista de la Europa del siglo XIX que abarcó toda Asia y Africa y de la afinación de poderosos mecanismos de difusión de ideas, a través del Campo Cultural Académico y del Campo Cultural Industrial-Masivo.

Esta universalización del modo de ver el desarrollo histórico de la humanidad como algo coherente y concatenado a partir de la aparición del modo de producción capitalista industrial, se constituía —si se nos permite la comparación— en una religión laica salvacionista cuyo objetivo era de veras unificar el mundo bajo criterios que gozaban de la aureola de positivos, racionales, necesarios e inevitables. En tales circunstancias las diferencias reales existentes en las sociedades históricamente concretas eran asumidas como obstáculos a superar, supervivencias de un pasado condenado a la extinción —el célebre destino o karma del hinduismo, rescatado por el capitalismo más liberal así como por los socialistas más radicales, ¡ah para-

dojas!— imperfecciones de un insuficiente desarrollo. A esa preeminencia de la percepción de unidad universal contribuía el que las diferencias existentes en las sociedades se percibían inconexas entre sí, se atomizaba la visión de las mismas en una operación ideologizadora de las disciplinas científicas, víctimas de un obstáculo epistemológico esencial que les impedía intentar siquiera un análisis más profundo y menos circunstancial y accesorio acerca de la diversidad de lo real. No escapa a la gestación de este obstáculo epistemológico la autodefinición de las ciencias como voluntad de dominio y poder sobre las cosas y por lo tanto del conocer para poder y poder para controlar. Con la definición de ese deber ser, las disciplinas científicas —casi sin excepción— se constituían en elementos ideologizantes y aculturadores, simples agentes de una imposición central ajena y externa —la mayoría de las veces— a las sociedades que pretendía estudiar y comprender.

Pero la realidad tomaría venganza. Las diferencias entre las sociedades fueron irreductibles y posteriormente volverían por sus fueros, siendo el último escenario de su aparición el del pensamiento formalizado, el cual aunque resulte contradictorio, es muy resistente a cambiar su visión encementada de lo existente. Esta permanencia de la realidad por sobre la visión ideologizada que se tenía de ella, se evidenciaba en que salvo el grupo de opinión dominante conformado por —entre otros— los intelectuales que desde los diversos mecanismos de difusión del pensamiento social controlaban los principales mecanismos de socialización de las ideas (léase los circuitos del saber académico y de los MCM), el resto del cuerpo social seguía existiendo con sus particu-

laridades aunque con la internalización de una inferiorización inducida (Chacón, 1981), que impedía asumirse orgulloso de su diversidad y sólo la aceptaba o como resistencia irreductible a desaparecer (con el ánimo del último mohicano), o como limitación irremediable que le dificultaba asimilarse al destino mundial de la humanidad.

Las condiciones anteriores persistieron como rasgos dominantes mientras el modelo de sociedad sobre el cual se erigían se mostraba triunfador e invencible, dando muestras de su "necesidad" y de su "conveniencia". Pero cuando la sensación de agotamiento y crisis del modelo de desarrollo industrial llegó al techo, se produjeron condiciones más favorables para un análisis menos ideologizado del mismo; veamos cuáles fueron los elementos que influyeron en esa nueva dirección.

2. DECLIVE DE LA PERCEPCION DE "TOTALIDADES": CAUSAS

A finales de los años sesenta comenzó a plantearse la crisis del modelo de desarrollo económico basado en el industrialismo exacerbado, el cual descansaba en el supuesto teórico, elevado a la categoría de máxima, de que la historia humana podía reducirse al permanente intento del hombre de dominar y controlar la naturaleza, es decir una visión antropocéntrica que los crecientes conflictos con el medio ambiente se encargaron de cuestionar urgente y acusadoramente. Es el pensamiento social ecologicista el encargado de cuestionar más severamente el modelo económico instrumentado a escala planetaria, planteándose la necesidad de otra concepción de

las relaciones hombre-naturaleza. Desde el crecimiento cero hasta el ecodesarrollo (Gutián, 1987), los planteamientos ecologistas presentaban una alternativa, aun en el propio seno de los países capitalistas más poderosos.

Cuestionado el núcleo del pensamiento que planteaba la inevitabilidad de la uniformización del modo de vida (a través del predominio total del mercado mundial), quedó abierto el espacio para discutir sobre otros supuestos que le habían sido concomitantes tales como: la desaparición de la nación, la "aldea global" cultural, la disminución de la etnicidad, lo religioso, la concepción de la familia y el sexo y la centralidad política.

2.1. LO NACIONAL.

El par de opuestos nación-internacionalización constituyó uno de los supuestos que justificaban la expansión colonial tanto del imperio capitalista americano (EE. UU.), como europeo (Inglaterra y Francia) y también de la expansión soviética a partir de la Segunda Guerra Mundial. Se afirmaba que el destino de las actuales naciones pequeñas era desaparecer para conformar Estados cada vez más grandes, que permitirían un uso más racional de la explotación a gran escala de los recursos naturales en una economía altamente centralizada y gigantesca. La tendencia a la unificación era necesaria e inevitable. En el caso de las naciones conformadas a través de la unión política de comunidades de origen diverso, se preveía una asimilación gradual de las comunidades minoritarias a las mayoritarias, en analogía escalar de lo que sucedería en el marco de las relaciones internacionales. Para el caso de las sociedades europeas

que poseían colonias en la terminología clásica, el camino no era muy distinto, salvo que habría que agregar algunas concesiones políticas tales como cierto grado de autonomía que alterase en algo el status pero no que lo cuestionara a fondo: la creación de "territorios de ultramar" y "la comunidad británica", caminaban en esa dirección.

Pero la década de los sesenta traerá numerosas sorpresas en ese campo. El proceso de descolonización en Asia, Africa y El Caribe demostrará que extrañamente esos pueblos no aceptaban el seguir atados al carro europeo definido como tendencia universal. El reclamo —por vías pacíficas y violentas— de su derecho a existir como naciones separadas evidenció el fracaso de la supuesta asimilación de otros pueblos al imperio europeo. Teorías como el nacionalismo árabe y el panafricanismo cimentaban la necesidad de ser consideradas como naciones distintas al mundo europeo. Las guerras de carácter popular de Argelia (50), Vietnam (60) y del cono sur de Africa (70), hablaban por sí solas de comunidades nacionales en busca de posibilidades de expresarse por cuenta propia, negándose a ser disueltas en una supuesta tendencia a la universalización eurocéntrica, demostrando el carácter ideológico de tal pretensión unificadora.

Las demostraciones en contrario de la tesis de la desaparición paulatina de lo nacional no se quedaron solamente en los pueblos extraeuropeos que estaban en calidad de colonias, sino que también hicieron violenta irrupción en las propias naciones europeas y en los EE. UU. Los sesenta demostraron el vigor de los reclamos nacionalistas en el país vasco en España a través del brazo arma-

do de la ETA, de los irlandeses del norte con el IRA en el propio imperio inglés, los corsos en Francia y las naciones del Asia central soviética y el surgimiento de la lucha legal, pacífica y violenta (hubo todos los matices) de los negros en el país yankee.

El surgimiento, a finales de la década de los sesenta y de los setenta, de numerosas naciones liberadas del yugo de lo nacional, hizo que las organizaciones internacionales como la ONU, UNESCO, OMS, etc., se abocaran a la atención de los urgentes problemas de estos países. Se establecieron nuevas correlaciones de fuerza en estos organismos internacionales los cuales pasaron de ser un simple canal de expresión de las políticas de las principales potencias a ser vías válidas para la consecución de reivindicaciones de los otros países no europeos, especialmente del Africa y del Asia.

Tales cambios produjeron una doble influencia en la concepción de lo nacional. Por una parte, los países pequeños o recién liberados sintieron reforzadas sus aspiraciones a ser considerados naciones independientes con el derecho a desarrollar y transitar sus propias vías de desarrollo social, afirmando la necesidad histórica de sustentar su perfil nacional. Por otro lado, las naciones hegemónicas se percataron del fracaso —al menos momentáneo y aunque sólo en el plan político— de la idea sobre la supuesta uniformidad internacional del mundo. Si los años de colonización no bastaron para hacer desaparecer los sentimientos nacionales del pasado y al contrario, se crearon sentimientos anteriormente inexistentes (como es el caso de las naciones del Caribe anglosajón), esas realidades parecían evidenciar el fracaso de tales

concepciones negadoras del carácter de la diversidad nacional.

2.2. LA "ALDEA GLOBAL" O LA MAGIA DE LAS INDUSTRIAS CULTURALES

Como elementos auxiliares de los procesos de estandarización del mundo puestos en marcha por el modelo económico, se encuentran las industrias culturales.

La risueña figura de Macluhan vendiendo su idea de que el mundo era sólo una aldea global todavía es recordada. Bajo el supuesto de que cualquier acontecimiento que sucediera en el mundo fácilmente podía ser trasladado a la intimidad del hogar de cualquier televidente, lo que avisaba desde ya la desaparición de las distancias y el creciente papel de la convicción de que la humanidad había alcanzado por fin la conciencia de su unidad. Eramos una aldea global, por lo que las pequeñas diferencias que aún nos separaban, o desaparecerían o simplemente serían reducidas a su mínima significación e importancia. La televisión nos uniría bajo una sola cultura. No previó el publicista norteamericano el surgimiento de las televisiones nacionales y regionales, la competencia de Japón y Europa en la producción de enlatados audiovisuales para la exportación mundial. Ni el nuevo papel de la radio en la alfabetización en las naciones recién liberadas del colonialismo y en la América Latina subdesarrollada. Ni el cine documental cuestionador, ni las poderosas industrias del cine cubanas y brasileñas por ejemplo. Es decir, el medio no se transformó en el mensaje sino que sería utilizado para difundir —aunque en escala aún no dominante— la diversidad de lo real, la oposición a ser reduci-

dos a una débil caricatura de los países centrales.

2.3. LA PERVIVENCIA DE LA ETNICIDAD

La aldea global pudo ser desmentida por la real existencia de las personalidades culturales colectivas: la etnicidad de los colectivos sociales. Estos elementos de la etnicidad se habían venido conformando a través de diversos procesos sociales y eran la prueba palpable de diversas condensaciones históricas, que resistiendo o transformándose demostraban su viabilidad en las nuevas circunstancias.

Uno de los elementos más importantes de la dinámica cultural del siglo XX lo ha constituido los movimientos reivindicadores de la especificidad étnica. El Movimiento Negro o de la negritud, con sus diversas expresiones en el Caribe francés e inglés, en los EE. UU. y en Africa (especialmente vinculado a la lucha armada por la liberación de las colonias portuguesas de Angola, Mozambique y Guinea Bissau). El Movimiento Indio en EE. UU. y en América Latina (México). La lucha por el derecho a utilizar la lengua materna —e incluso de la secesión— por parte de los pueblos vasco y catalán en España. La biculturalidad de Bélgica. La permanencia y desarrollo de la diferencialidad étnica en Suiza. La convicción hoy reinante en los EE. UU. de no ser el lugar de mezclas de razas y culturas que supuestamente daría origen al hombre nuevo: el americano, sino por el contrario, encontrarse con que son una federación de grupos étnicos y raciales entre los cuales destacan como primera minoría, los WASP (blanco, anglosajón y protestante), seguidos por los negros, los la-

tinios, los italianos, los asiáticos, etc. El paneslavismo y pan-germanismo del siglo XIX, aunque disminuido a principios del siglo XX, se ha revitalizado actualmente. El panarabismo y panafricanismo de fuerte incidencia en la actualidad y con poderosas vinculaciones en lo económico y en lo político.

Personalidades étnicas de clara permanencia para el siglo venidero, tanto en el mundo desarrollado como en el subdesarrollado, rotundo mentís a la homogeneización cultural de la humanidad, evidencia de la diversidad como sustrato común de los pueblos del mundo.

2.4. DEL ATEISMO MILITANTE A LA RESURRECCION DE LOS SANTOS

La visión laica del desarrollo humano —con algunas manifestaciones de ateísmo militante— se consideraba concomitante al mundo moderno. Cantidad de esfuerzos se volcaron en insistir en el papel retrógrado e innecesario de las religiones. Se pensaba y planteaba como bandera, la desaparición a corto plazo del hecho religioso o su conversión en un fenómeno marginal y fácilmente prescindible. El avance de la ciencia y de su hermana menor la tecnología, convertirían en innecesaria la búsqueda de explicación de los fenómenos “sobrenaturales” o de temas como la muerte y el porqué de la existencia humana, ya todo eso sería resuelto por el conocimiento de la razón científica (postulada como la RAZON).

¡Hete aquí las sorpresas! El resurgimiento del Islam en los países de lengua árabe desde los años cincuenta, comenzó a desmentir la supuesta no vigencia de la religión en las sociedades actuales. Primero tímidamente acompañó el auge del

nacionalismo árabe, luego más beligerantemente acompañaría la conquista del poder en el Irán por parte de la secta minoritaria y martirizada de los shiítas liderada por los Ayathollas, quienes luego harían sentir su belicosa influencia en el Líbano invadido por Israel y Siria y en las naciones musulmanas soviéticas vecinas. Los sunnitas por su parte como comunidad mayoritaria musulmana, tomarán el poder en varias naciones árabes aunque no en forma de teocracia gobernante pero sí con un clero poderoso que influirá de manera determinante en la conservación de los rasgos étnicos más preciados, lucharán en contra de formas laicas de gobierno como en el caso de Argelia y de la Unión Soviética. Llamarán a la secesión de la Cachemira islámica de la India para unirse a los hermanos fieles de Pakistán. Otras sectas fundamentalistas presionarán violentamente a aquellos gobiernos de países de lengua árabe que se aparten de la legalidad de inspiración islámica, llegando al magnicidio presidencial de Sadat en Egipto.

Los judíos aportarán lo suyo a partir de la década de los setenta. Un Estado concebido y construido por laicos de mentalidad socialista observará cómo las crecientes oleadas de judíos del norte de Africa y de los Estados Unidos adoptarán posiciones fundamentalistas creando partidos religiosos, los cuales en el sistema parlamentario de gobierno israelí, se convertirán en el fiel de la balanza incidiendo en el ascenso del clero como poder fundamental y convirtiendo la religión judía en oficial y obligatoria, produciendo graves tensiones sociales con la población laica, colocando en peligro de disolución el interior de la nación a través de proposiciones tan graves como la de aprobar una ley que defina quién es judío —estando en contra por

ejemplo de los judíos por conversión, procedimiento muy extendido en los EE. UU.— y el impulso y apoyo para la conversión de Jerusalem de ciudad multiconfesional a capital de Israel.

Los cristianos no se quedarán atrás y habrá posiciones de todos los matices. La creación de la teología de la liberación en América Latina definida como la opción de Dios por los pobres. La consolidación de los cristianos católicos como la primera minoría confesional de los EE. UU. convirtiendo a la Iglesia Católica en una institución poderosa que ha enfrentado en varias ocasiones la política yankee (caso Centroamérica). La pervivencia y recrudescimiento del enfrentamiento entre la población católica de Irlanda del Norte y el imperio inglés protestante. La victoriosa lucha del catolicismo popular polaco en contra del gobierno militar. El papel protagónico de la Iglesia Anglicana en contra del apartheid en Suráfrica (Desmond Tutu). La Iglesia Católica centroamericana y brasilera como principales defensores de la población en contra de los atropellos de las fuerzas armadas. La Iglesia Católica y su apoyo a la lucha de Corazón Aquino en Filipinas. Y finalmente, la actuación del Papa Juan Pablo II como abanderado por acrecentar el papel político de la Iglesia Católica especialmente como opositora de los regímenes que propugnan el cambio social.

Reafirmación del fenómeno religioso como hecho consustancial de las sociedades, sin graves contradicciones para la pervivencia de ciertos elementos de la modernidad, desmontando así los argumentos que “satani-zaban” a la religión por ser implícitamente negadora del desarrollo (entendido en cualquiera de sus expresiones). Nueva derrota de la uniformidad laica.

2.5. LOS USOS DEL SEXO.

El modelo de desarrollo propuesto como totalidad y finalidad de la acción humana planteaba también una definición del sexo y sus usos. El sexo como reproducción y la familia nuclear monogámica como su expresión ideal, con los roles del hombre trabajador fuera del hogar y la mujer trabajadora doméstica. No hay que insistir demasiado para demostrar el derrumbe de tal concepción.

El sexo como objeto de diversión y de disfrute en funciones ajenas a la reproducción biológica, el desarrollo legalizado del imaginario erótico de las sociedades, que hoy acepta —con un grado mayor de permisibilidad y hasta de legalidad— las relaciones homosexuales y bisexuales, contrarias a la heterosexualidad planteada como único modelo.

Luego de un período de decaimiento de la familia extendida y de la preeminencia de la familia nuclear, hoy observamos un resurgimiento del primer tipo a través de nuevas modalidades de la vida en ciudades, como es el que una misma familia posea varios apartamentos en un edificio permitiendo así el contacto permanente y diario entre varias generaciones de un tronco familiar común. El desarrollo del parentesco por afinidad en las grandes ciudades creando una extensa red de solidaridad que cumple antiguas funciones de la familia consanguínea extendida.

Las necesidades económicas han llevado al trabajo fuera del hogar por parte de ambos cónyuges (cuando existe pareja), o para el caso venezolano, el trabajo de las mujeres que son cabeza de familia, redistribuyendo los roles económicos y con ellos sometiendo a tensión las antiguas relaciones de poder del hombre sobre la mujer.

El quiebre de tales concepciones apunta directamente en contra de la consumación de la homogeneidad y abona el terreno para seguir pensando en la dinámica cambiante de los procesos humanos.

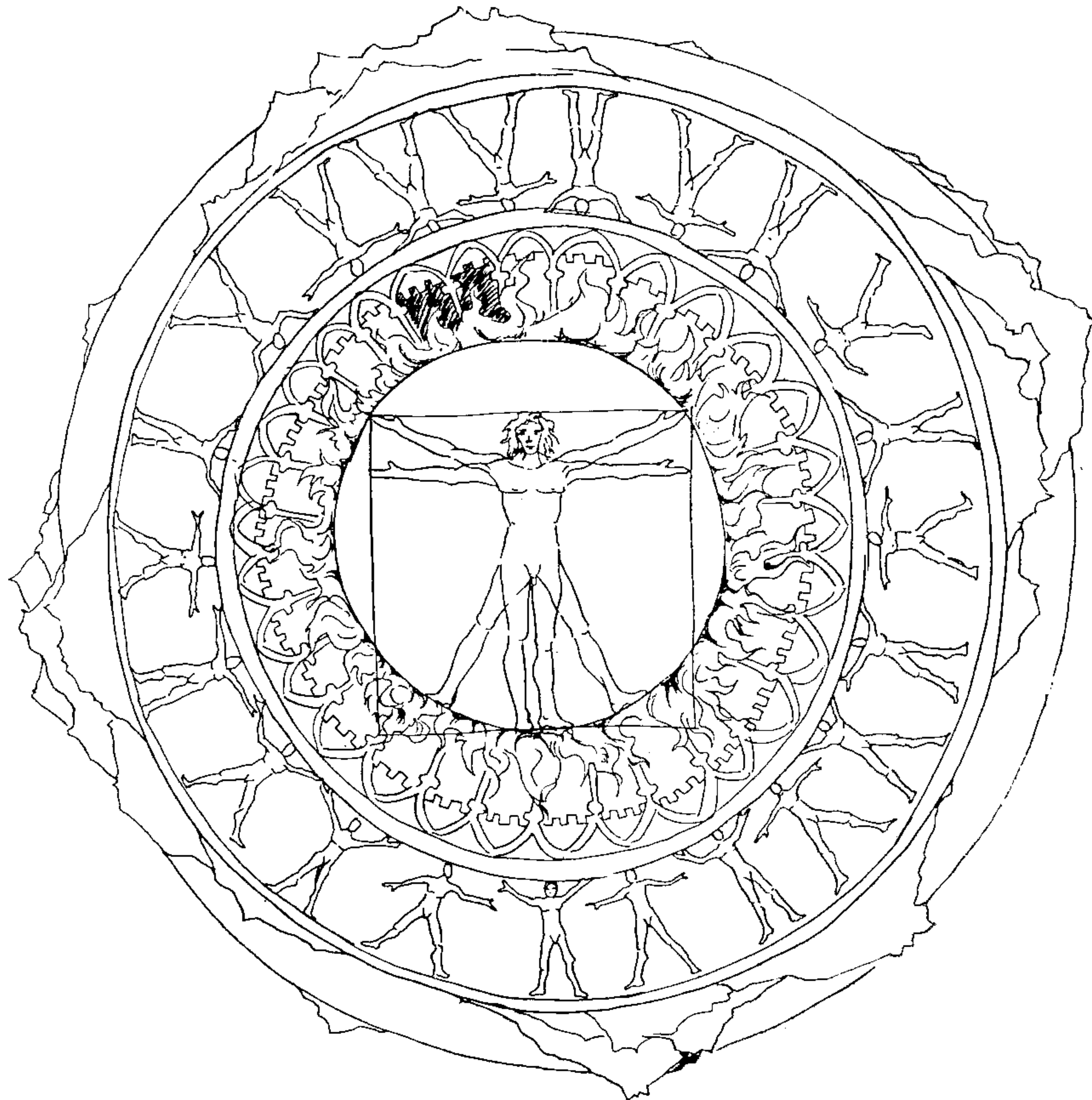
2.6. LA CENTRALIDAD POLÍTICA: DE LA PANACEA A LA CAJA DE PANDORA

Acompañando a la visión de "totalidad" estaba la noción de centralidad en la toma de decisiones. La existencia de un centro político de alta capacidad "técnica", de "expertos", que poseían el milagroso don de aprehender las principales virtudes y fallas de la realidad y por ende estaban en capacidad de ejercer sobre ella una planificación científica, "neutra", que permitiría el logro de las metas deseadas.

Dicho enfoque gozaba (y aún disfruta) de altísimo prestigio que permitía justificar la necesidad de concentrar en pocas manos la toma de decisiones sobre los asuntos nacionales, sin mediar la opinión de la comunidad considerada sólo como objeto del hacerse de las leyes sociales y económicas. Los sacerdotes poseedores del conocimiento pertenecían a las órdenes laicas de los planificadores y de los economistas, concebidos como una aristocracia del talento, único grupo capaz de acceder a la visión de los principales problemas de la sociedad y cuya legitimidad de su saber técnico estaba probada entre otras cosas, porque eran los únicos que sabían entender y traducir el esotérico lenguaje "científico" usado en el momento (entre otras cosas porque eran ellos mismos los creadores de esa jerga), enarbolado más como barrera —al modo de discurso diseminativo (Pasquali)— entre ellos y la inmensa mayoría, que como necesaria

herramienta de expresión del pensamiento. Lenguaje ocultador de las verdaderas contradicciones de sociedades desgarradas por los conflictos sociales de clase, de grupos, de etnias, regionales, etc.

En sociedades industrializadas y en plena época de abundancia gracias a la maximización de la explotación del llamado tercer mundo, las entradas de riqueza eran suficientes como para realizar una distribución de las mismas que satisficiera más o menos equilibradamente las necesidades de toda la nación. Potencias como los EEUU., disponían de un poderoso Congreso que hacía realidad la redistribución de la riqueza en medio de arduas batallas entre los representantes de los Estados. La URSS realizaba algo similar —aunque con menor riqueza que repartir— entre las grandes repúblicas federadas (Rusia, Bielorrusia y Ucrania), principales productoras, hacia las otras doce repúblicas, regiones y repúblicas autónomas, procesos fáciles de realizar en una economía en ascenso creciente hasta la década de los sesenta. Pero el agotamiento del modelo de desarrollo no pudo sobrellevar —entre otros elementos— el vertiginoso aumento de los precios del petróleo en la década de los setenta, haciendo evidente la necesidad de replantear el rumbo económico. La torta se volvió pequeña y más grande la lucha por mantener cada uno su pedazo. La toma de decisiones centrales fue duramente cuestionada y las identidades económicas se trasladaron de los diversos espacios macros a los diversos espacios micros, se estimularon pares de opuestos en el propio ejercicio de la planificación, que veía ampliado su universo de acción desmesuradamente: a) lo nacional (EEUU., URSS) y lo mundial



(mercado capitalista, mercado socialista); b) lo nacional (EEUU., URSS) y lo regional (Estados, Repúblicas Federadas); c) lo regional (Estados, Repúblicas Federadas) y lo local (Condados, Repúblicas Autónomas); d) lo local (Condados, Repúblicas) y lo microlocal (Pueblos, Regiones).

Estos nuevos espacios para la planificación significaban de hecho una crítica a los modelos de intervención económica sobre la realidad, ya que se ponía en duda la existencia de un número de variables reducidas capaces de ser manipuladas y con ello afectar el todo social. Se postuló por el contrario la diversidad de elementos en juego que aumentaban exponencialmente al aumentar el espacio geográfico destinado a ser intervenido. Se planteó la idea de

una planificación estratégica, contraria a una planificación normativa. Se cambió a la noción de escenario (s) y no planes quinquenales. Lo dinámico de esta visión significaba un cambio drástico en la manera de entender las capacidades de incidencia sobre los fenómenos sociales, la percepción de laboratorio social —a imagen del laboratorio de las ciencias físicas y químicas— se desdeñó y fue sustituida por la teoría de las probabilidades que permitía plantearse varios escenarios posibles para la planificación, con lo que la acción de planificar se diferenciaba tanto de la aceptación tradicional que casi es inercia del lenguaje seguir emparentándolas como dos fases del desarrollo de la idea de la planificación. Efectivamente la planificación estratégica se

asimila más naturalmente a la idea de juego (así se le diga estratégico para no alarmar), por el peso que juega el azar en la consecución de las metas propuestas. Azar no remitido a la suerte sino al reconocimiento de que son tantos los factores en juego que hacen tarea sumamente difícil pronosticar sus resultados sabiéndose que la actuación consciente del hombre y sus grupos permite explorar combinaciones casi infinitas.

Si lo anterior sucedía en sociedades caracterizadas por la abundancia algo más radical (en cuanto impugnación), debía ocurrir en sociedades subdesarrolladas donde la evidencia del fracaso, sentido por amplias capas de la población, habría de expresarse en la crítica a la manera de hacer las cosas.

En Venezuela con la riqueza producida por el petróleo, la década de los setenta fue entendida como la concreción del paraíso, pero los ochenta nos despertaron de la alucinación. Acostumbrados al ejercicio académico de la elaboración de unos planes de la nación que con la mejor suerte, alcanzaban a ser horneados en imprenta, cuya incidencia en la vida de los Estados era nula, ya que todo podía ser resuelto a través de la antiplanificación bodeguera que significaban los créditos adicionales aprobados por el Congreso de la República, la crisis del viernes negro, la deuda externa y Recadi constituyeron el bautizo oficial de la debacle de una manera de vivir y de entender el país. El rey desnudo les dijo a los estados que sálvese el que pueda, que no habría más dinero flotante, ni posibilidades de confiar en los créditos comisionados de la banca internacional. Estrepitosamente, las virtudes, ignorancias o inocencias de la centralidad política, fueron convertidas en el enemigo a vencer. Las débiles y sumisas fuerzas de las regiones, vitaminadas conducían feroz oposición al Estado Centralista e Interventor. Fuerzas sociales nacidas y criadas al amparo de los favores de ese mismo Estado, teorizaron sobre la necesidad de eliminarlo como principal arbitrio económico y político. Fuerzas de distinta índole y procedencia se suman también al ataque. Pero veamos qué ha pasado, qué pasa y qué puede pasar en Venezuela en este ámbito.

3. LO REGIONAL EN VENEZUELA: UNA CARRERA DE OBSTACULOS

Lo descrito anteriormente ha contribuido a crear en Venezue-

la un ambiente favorable a la impugnación del centralismo y al surgimiento de una actitud positiva hacia la idea de lo regional como manera más justa y armoniosa de concebir el desarrollo del país.

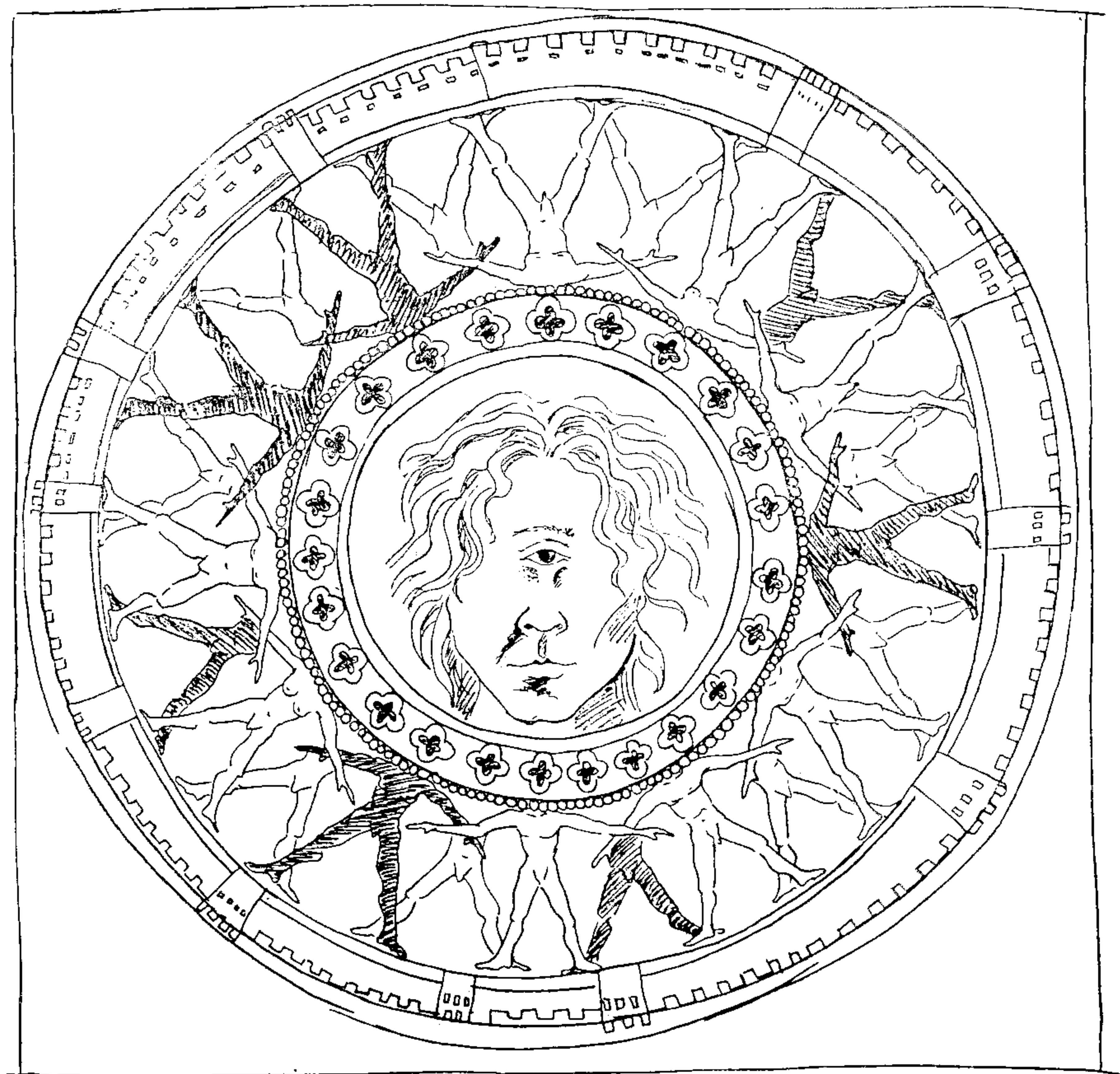
3.1. SU HISTORIA ANTES DEL SIGLO XIX: PERVIVENCIA DE LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS EN LAS REGIONES HISTORICAS

La idea de lo regional en Venezuela no es inédita, su discusión expresada en las consignas de federación versus centralismo, comprendió buena parte del siglo XIX. Pero pensamos que ahí no se agotan los antecedentes de la idea de lo regional sino que la época de la colonia nos ubicaría más en el comienzo de la discusión y sobre todo, nos permitiría ubicar las huellas más profundas que perviven en la memoria colectiva de nuestras sociedades.

En la colonia, las diversas provincias ubicadas en este territorio se relacionaron con España, al menos hasta mediados del siglo XVIII, de una manera que permitía la pervivencia de amplias posibilidades de conformar una vida marcada principalmente por acontecimientos endógenos a cada provincia. La centralización española era más un deseo, realizado cabalmente sólo en algunos momentos y en casos de extraordinaria urgencia (como era el de combatir y expulsar piratas de algunas ciudades cercanas a la costa, o el de medidas extremas para controlar el contrabando en algunas ciudades), que práctica cotidiana. Contribuía a tal característica la inmensidad geográfica del país que levantaba barreras difíciles de franquear para los medios de locomoción de la época, a la par de la marginalidad de la provincia vene-

zolana dentro del marco de las otras posesiones españolas en América. Lo que hacía poco apetecible un control férreo por parte de la corona como lo llevaba a cabo en Lima, Quito o México.

Esta posibilidad de actuación endógena se constituyó en la principal característica del modo de vida de dichas provincias, la cual pasó a conformar parte indisoluble de la memoria colectiva de dichas comunidades, las cuales a pesar de los fuertes y graves cambios ocurridos en la guerra de independencia y luego con la petrolización del país, seguirían perviviendo hasta nuestros días. Esta memoria sirve de base para hablar de Regiones Históricas como una categoría que permitiría explicar la pervivencia de rasgos fuertemente resistentes a su desaparición y que se han configurado como elementos insustituibles de la personalidad colectiva de importantes espacios geosociales de Venezuela. A título de señalar indicios empíricos que, a falta de investigaciones más profundas, de una vez nos afirman la presencia del fenómeno descrito: internalización de una memoria colectiva convertida en elemento de cotidiana reproducción en los diferentes ámbitos de la acción social, valga el ejemplo alimentario de la manera de preparación, cocción y composición de las hallacas, plato decembrino navideño tradicional por excelencia, que permite adivinar su procedencia simplemente por encontrarle garbanzos, cochino, huevo, carne picadita o en trozos gruesos. O en la música el hablar de joropo o golpe, oriental, central, llanero y tocuyano. Divisiones que atañen indudablemente a momentos de la historia de Venezuela en que las divisiones geopolíticas obedecían —en mayor grado— a necesidades geográficas naturales,



debido entre otras cosas a la dependencia de la sociedad de los fenómenos geográficos por la casi inexistencia de medios tecnológicos para superarlos ostensiblemente. Situación diferente al paisaje geográfico del siglo XIX y radicalmente distinta a la del siglo XX petrolizado.

3.2. SU HISTORIA EN EL SIGLO XIX: LA SEGUNDA VENEZUELA

Un segundo momento de redefinición de lo regional ocurrirá en el siglo XIX. Las estructuras económica, política, étnica, racial y cultural serán transformadas por las diferentes guerras civiles que a lo largo del diecinueve sacudieron a Venezuela.

3.2 a. Lo económico: regiones con guerra y regiones sin guerra

La primacía del cacao como materia prima exportadora sufrirá ostensiblemente por estar ubicadas sus zonas de cultivo a lo largo de la geografía de guerra. Las zonas norte costeras recibirán quemadas intermitentes de los bandos realistas y patriotas, la política de tierra arrasada instrumentada por el bando derrotado para evitar que el enemigo de turno victorioso se abasteciera, sometió a un desgaste permanente a la agricultura y en general a los pueblos sedentarios costeños, asiento de algunos de los principales puertos y ciudades del país, La Guaira, Puerto Cabello, Barcelona y Carúpano. Repercusión

económica distinta tendría en el otro escenario principal de los combates: los llanos, pueblos semisedentarios y nómadas cuya principal ocupación era la de la cría de ganado de carne, para lo cual veíanse obligados a ser trashumantes a lo largo del año en busca de los mejores pastos. Con esta actividad se incorporaron al abastecimiento de los ejércitos, por lo que no podría afirmarse que hubo una ruptura o destrucción vital de su modo económico. En lugares más alejados de la actividad guerrera permanente como fue el caso de los Andes, su economía pudo seguir desarrollándose hasta llegar a la creación de un polo económico a finales de siglo, que serviría de base material para la llegada de los andinos al poder en el siglo XX.

3.2.b. Lo político: de mantuanos a generales

En lo político se modificarán las tradicionales relaciones de poder existentes, desaparecerán las impuestas directamente por las obligaciones monárquicas y serán disminuidas o barridas aquellas de los blancos criollos basadas en su especificidad de grupos dominantes secundarios en la estructura política colonial. Los nuevos factores de poder político se basarán exclusivamente o en su fuerza económica, o en sus antecedentes militares en las luchas independentistas y federales. Tales cambios conllevarán una nueva conciencia del papel de su espacio geopolítico en el equilibrio de poder de la nación venezolana. A falta de un ente eficazmente centralizador, cada jefatura geopolítica se sentirá con capacidad y derecho de reclamar para sí las altas cuotas de decisión en el destino de la riqueza nacional, dirimiendo las discrepancias en el terreno de la confrontación bélica.

3.2.c. Lo étnico y lo racial: transfiguraciones

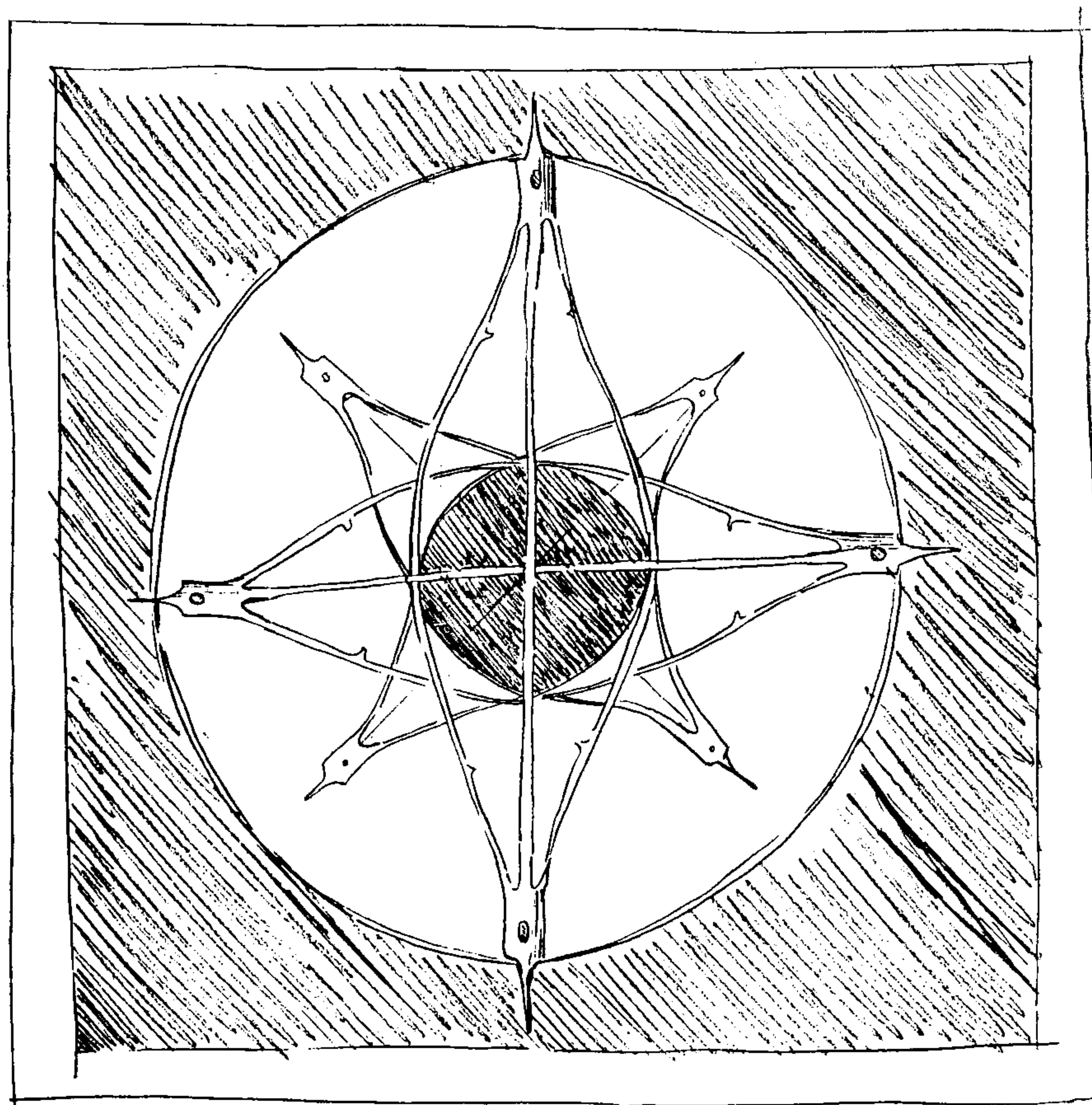
Lo étnico —entendido como la personalidad cultural colectiva— y las características raciales, se transformarán, especialmente en la geografía de la guerra, debido entre las causas fundamentales, a los intensos procesos de migración que obligaron —especialmente en familias cuyos componentes masculinos habían muerto en la guerra— al mestizaje como proceso dominante, difuminando las especificidades raciales provenientes de la colonia, cuando el excesivo control por la movilización geográfica interna de los sectores populares y las dificultades jurídicas para saltar el régimen de castas imperantes, dificultaban severamente la

mezcla de las diferentes catalogaciones socio-raciales. Damos por supuesto el que estos nuevos arco iris raciales recibirían una explicación en la conciencia colectiva (mitos, leyendas, chistes, etc.), agregando nuevas cualidades al etnónimo (central, llanero, oriental), el cual seguía fundamentándose en las divisiones político-territoriales provenientes de la colonia, ya que las nuevas divisiones de la era republicana no poseían aún ni una amplia carga de tiempo, ni estabilidad suficiente para integrarse como carácter identificador de una comunidad escasa, dispersa e incomunicada entre sí por el retroceso de la infraestructura comunicacional ocasionada por el estado de guerra intermitente de la nación.

3.2.d. Lo cultural: la primera nacionalización de las Culturas Regionales

En lo cultural asistimos al primer gran proceso de nacionalización de las culturas regionales. Las especificidades culturales creadas asiduamente a lo largo de tres siglos en cada provincia venezolana convertidas por ende en culturas provinciales, serán transculturadas por toda la geografía afectada por las guerras originando fundamentalmente culturaciones, ya que ningún grupo humano era lo suficientemente compacto en cuanto origen cultural común, como para imponer un bloque cultural, antes bien, estaban formadas dichas agrupaciones móviles por agregados de personas convocadas sólo por la huida ante el inminente peligro de muerte en las guerras, las cuales mestizaban aceleradamente las culturas, propiciando los préstamos culturales, especialmente en las áreas de las tecnologías de supervivencia: cocina, vivienda y vestido (liqui-liqui).

Esta refundición de las culturas regionales nacionalizándose en cuanto a la mayor cobertura geográfica de sus expresiones, se realizará en el caldero de la cultura de guerra, especialmente en las de mayor contenido social, la independentista y la federal. Construyéndose mitos unificadores de la nueva Venezuela como el de Bolívar (héroe cultural y mito fundacional) y el de Zamora y Páez (héroes culturales solamente). Dividiéndose la historia popular de algunas poblaciones entre antes y después de Bolívar (cabe el ejemplo de Mamporal y Tacarigua de Mamporal en el Estado Miranda, en donde la última acusa a la primera, "de no haberle dado agua a Bolívar cuando la emigración a Oriente, por lo que éste maldijo a Mamporal") y permeando el cuerpo social de expresiones resemantizadas en el nuevo contexto. Tales cambios contribuyeron a un replanteamiento cultural de lo que era la nueva nación, relegando —en las zonas geográficas de guerra— a significaciones menores las cargas culturales tradicionales coloniales asentadas en los núcleos urbanizados, rechazando explícita o implícitamente ese legado, tal como ocurrió en los espacios urbanizados de los llanos centrales y orientales, donde lo tradicional se conservó más en lo rural, que era lo más mestizado. Posición contraria a la de las ciudades andinas, que lograron mantener un mayor hilo relacionador con el pasado colonial español y blanco, asumiendo como propio el legado cultural de los saberes formales, escolarizados o no, facilitados por la permanencia de las mismas condiciones culturales en la Colombia andina, persistiendo las diferencias coloniales entre culturas urbanas letradas y culturas rurales analfabetas y con clara ascendencia étnica indígena.



El siglo XIX nos dejará una Venezuela culturalmente más homogénea desde el punto de vista de la unificación existencial que la vinculaba a los procesos independentistas y federales, pero las heterogeneidades se mantuvieron y se ampliaron sólo que con el carácter de elementos culturales subordinados y dominados. Se mantuvieron porque los asentamientos geopolíticos básicos provenientes de la época colonial seguían siendo los mismos en esencia. Y se ampliaron porque se introdujeron diferencias drásticas en lo que eran semejanzas básicas de las zonas urbanizadas colo-

niales, creando las condiciones para un relativo equilibrio —y a veces predominio— de lo rural sobre la ciudad, en zonas donde anteriormente la relación era inversa, como lo ilustra el llano con el papel de Calabozo; de ciudad central de Venezuela a pueblo disminuido sin casi incidencia sobre el país aún en el siglo XX. En otros casos acentuó la supremacía de lo urbano sobre lo rural, auspiciando el proceso de concentración en la zona norte-centro-costera de Venezuela, al no poder reconstruir todos los enclaves norte costeros como Coro, Barcelona y Carúpano.

3.3. SU HISTORIA EN EL SIGLO XX: EL PETROLEO

El siglo XX traerá consigo fuertes y drásticos cambios en la estructura general de Venezuela, incluida la relación entre sus diversos componentes geopolíticos. La aparición del petróleo como el principal factor dinamizador de la economía nacional modificará de faz numerosos elementos preexistentes y creará otros, cuya preeminencia mayoritaria es hoy indiscutible aunque no hicieron tabla rasa con el pasado, antes bien, profundizó en algunos casos brechas anteriores.

3.3.a. Lo económico: de la yunta de bueyes al jet

El impacto económico petrolero sobre los usos del espacio regional fue lo suficientemente importante como para dividir en dos la historia de la dinámica espacial venezolana. Se habla de la existencia de un espacio prepetrolero, petrolero y del petróleo (B. Ceballos, 1989). Los antiguos paisajes geográficos modificáronse para mejor expresar las nuevas relaciones de flujo económico existentes.

Los polos dominantes ya a finales del siglo XIX mantuvieron e incrementaron su influencia, caso de la sección centro norte costera y de la región del Lago de Maracaibo. Nuevos polos surgieron producto de la actividad petrolera, dando origen a ciudades que se convertirían en organizadoras de su espacio regional inmediato, como Puerto La Cruz, Punto Fijo, Cabimas y Ciudad Guayana (esta última por el hierro). En la mayoría de los espacios ya marginados en el siglo XIX, se acentuaron esas condiciones, conjuntamente con una nueva, la de ser receptores de parte de la redistribución de la renta petrolera por parte de un Estado que anteriormente sólo hacía acto de presencia en esas regiones en expediciones de castigo a los distintos alzamientos y asonadas caudillescas. Observamos en lo económico el reforzamiento de las principales líneas de uso del espacio venezolano prefigurado a finales del XIX.

3.3.b. Lo político: del centralismo a los centralismos

El crecimiento exponencial de la capacidad financiera del Estado venezolano convirtió a éste en el principal inversionista nacional, procediendo a ser un re-

distribuidor de la riqueza signando dicha actividad con el deseo explícito de favorecer los polos tradicionales de concentración del poder regional. En lo básico, no se introdujeron modificaciones esenciales en la desigual redistribución del poder preexistente a la llegada del petróleo, se siguió tratando y negociando con los nuevos personajes que asumían para sí la representación total de la región cuando en la práctica lo eran sólo de su grupo particular. Negociaban parcelas de poder con el centro y reproducían en el interior de la región (esta vez sustituida y desgranada como estados particulares), las mismas desigualdades. Se trataba de un pacto entre élites del poder central con las élites del poder regional, en las cuales estas últimas aceptaban su papel de subordinadas ya que el nivel central les garantizaba suficiente volumen de riqueza como para mantenerse y crecer.

La ubicación regional de esa relación se encontraba en las capitales de estado, que desde la más modesta (San Fernando de Apure) hasta la más importante (Maracaibo), se presentaban como signo del progreso a costa del olvido del interior del estado. La bonanza económica permitió el desarrollo de estas desigualdades y de los pactos que la sustentaban, pero la crisis reciente de los años ochenta hizo estallar los acuerdos.

Como rasgos diferenciadores con el siglo XIX se da el que ya no se conciben las mismas regiones —por parte de los principales dirigentes políticos— desde el punto de vista económico y político y que tales atribuciones sean hoy potestad del estado (Aragua, Bolívar, etc.), mostrando una nueva maduración de la conciencia política en cuanto a organización territorial se refiere. Y que el interior del estado se resienta del control

ejercido por la capital, cuestionando a veces la legitimidad de esa cualidad por considerarla no apropiada a las nuevas realidades producidas por el impacto económico, que originó la formación de ciudades interioranas con mayor riqueza económica que la capital del estado, valgan los ejemplos de Calabozo y Valle de La Pascua, Puerto La Cruz, Ciudad Guayana, Punto Fijo, Yaritagua, Acarigua-Araure, Guasdalito, Valera y Porlamar-Pampatar.

En tales condiciones es posible afirmar, que la célebre disputa de la concentración del poder en el centro en detrimento de las regiones hoy se mantiene evolucionada y convertida en oposiciones escalares. A la par de la desaparición política de las regiones entendidas como en el siglo XIX. La asunción de los estados como personalidades económicas propias atomizó las anteriores regiones y aumentó el número de las mismas.

3.3.c. Lo étnico y lo racial: cambio a etnónimos extranjeros

La personalidad étnica conseguida a partir de los elementos tradicionales configurados antes del XIX y transfigurados y reconvertidos luego, va a ser impactada por las realidades culturales y raciales producto de la economía petrolera. Las consecuencias variarán desde pocas, en aquellos estados marginalizados aún más (como Apure, Guárico, Los Territorios), hasta muchas, en aquellas entidades centrales (DF, Zulia, Aragua, Carabobo) y totales, en aquellas ciudades y pueblos nuevos (Punto Fijo, Puerto La Cruz, Puerto Ordaz, Caripito).

La personalidad étnica se diluirá como totalidad macro y

adoptará la multiplicidad y las pequeñas totalidades. La tradición cultural como factor diferenciador de las distintas agrupaciones y los elementos culturales modernos como tendencias homogeneizadoras (aunque los cuerpos tradicionales relativizarán enseguida estos aspectos) y puentes para el encuentro, tanto personal y particular, pero sobre todo, como público masificado y robotizado. La configuración racial se modificará radicalmente sobre todo en las grandes ciudades, numerosos contingentes migrantes especialmente asiáticos (sirios, libaneses, chinos), europeos (españoles, portugueses e italianos) y latinoamericanos (colombianos, chilenos, peruanos, dominicanos y ecuatorianos), participarán de un nuevo proceso de misceginación que si bien no será tan profundo como el de siglos anteriores que permitió una posterior homogeneización de los resultados, sí se efectuará en densidades apreciables como para no quedar convertidos en enclaves, aunque este último peligro no esté despejado del todo.

La particularidad en cuanto a lo étnico, del siglo XX respecto al XIX, es la presencia en la actualidad de grupos sociales cuyo desempeño en las actividades del país está mediatizado e identificado a partir de su etnónimo extranjero, su carácter étnico bicultural-binacional: luso-venezolanos, italo-venezolanos, judío-venezolanos, sirio-venezolanos, libanés-venezolano, chino-venezolanos, colombiano-venezolanos, etc., introduciendo elementos distintos a las tradicionales identificaciones geosociales como las de andinos, orientales, guayaneses, luciendo éstas como desfasadas, sin poder de convocatoria comparada con los grupos étnicos, produciendo una indefensión social extra para los indi-

viduos de las regiones, quienes poseerán menos mecanismos para convocar la solidaridad social mecánica, tendiéndose a conformar actividades económicas monopolizadas por grupos étnicos, similar a los procesos que ocurren en los EEUU. Fenómenos relativamente recientes, no percibidos por los gobernantes con las posibilidades y peligros que conlleva.

3.3.d. Lo cultural: la segunda nacionalización de las Culturas Regionales

En lo cultural también se sentirán radicales cambios entre el siglo XIX y el XX. Como rasgos caracterizadores tenemos el predominio —desde el punto de vista del prestigio— de los elementos modernos sobre los elementos tradicionales, especialmente en el ámbito de los saberes formalizados y en el audiovisual, la recreación y fortalecimiento de las manifestaciones regionales tradicionales a partir del uso de la tecnología moderna y la segunda nacionalización de las Culturas Regionales gracias al uso intensivo de tres mecanismos de comunicación: la escuela, los medios de información masivos y la multiplicidad de los contactos personales, tanto permanentes (migraciones), como esporádicos (viajes de negocios, turísticos, deportivos, académicos, etc.).

El prestigio acumulado por los elementos modernos de la cultura no obedece sólo —ni principalmente— a manifestaciones de eficacia superior sobre los elementos tradicionales sino fundamentalmente, a una lucha cultural emprendida por los sectores dominantes cuya meta es la de inducir una inferioridad en los elementos culturales tradicionales del pueblo, con el fin de paralizar y mediatizar las energías creadoras que

se inspiran para su desenvolvimiento en la historia misma de la comunidad, antes que en modelos presentados como triunfadores de clara intención extranjera y extranjerizante, que persiguen como fin primordial el extender las redes de apropiación y adormecimiento de la conciencia colectiva.

El segundo factor caracterizador de la relación puede entenderse como una lucha de resistencia cultural a desaparecer por parte de los elementos tradicionales, los cuales establecen diálogos con la modernidad utilizándola como recurso para su fortalecimiento. Tímidamente esta actitud se vislumbra en la escuela, cuando plantea la posibilidad y necesidad de incorporar en los pensum académicos la enseñanza e investigación de las Culturas Populares Tradicionales (claro ejemplo el de la Unidad Curricular Folklore del Area PASIN durante los años 1981-1984. Experiencia que hoy se está retomando en los Estados Aragua, Bolívar y Miranda) y un poco más audaz en el Campo Cultural Industrial Masivo, con la utilización de la tecnología audiovisual para organizar y conservar la memoria o para experimentar con la creatividad estética.

El tercer rasgo caracterizador de las Culturas Regionales es su segunda nacionalización. Si en el siglo XIX, los encuentros provocados por las continuas movilizaciones de los grupos humanos condujeron a un intercambio significativo entre los imaginarios sociales regionales, la segunda mitad del siglo XX traerá los mismos efectos aunque multiplicados en intensidad y consecuencias. En las primeras décadas del siglo XX continuaban los volúmenes de fluidos de relaciones entre las regiones igual que en el siglo XIX, pero la frecuencia pronto cambiaría producto de dos proce-

sos: las migraciones internas que tuvieron un efecto demoleedor en el despoblamiento de algunas regiones en favor de otras, como el caso de los margariteños que se trasladaron a Monagas, Falcón y la Costa Oriental del Lago de Maracaibo, donde aún hoy constituyen grupos con perfecta identidad étnica y el papel jugado por la escuela y los medios masivos de información (Radio, Disco y TV), en divulgar rasgos artísticos de algunas regiones, provocando un proceso de imitación que con el tiempo sirvió para convertir una manifestación musical regional en rasgo nacional de identidad cultural. Ejemplo de la gaita zuliana ya desde la década de los cuarenta, el joropo apureño (arpa, cuatro y maracas) desde los cincuenta, la fujía y las parrandas centrales desde los ochenta.

4. ¿LO REGIONAL COMO RUPTURA?

Los apartes anteriores fueron la introducción necesaria para caracterizar a grandes rasgos los problemas de asumir lo regional como perspectiva teórica y práctica.

4.1. ¿RUPTURA EPISTEMOLOGICA?

Asumir la complejidad de lo regional como perspectiva del conocimiento implica evidentemente una ruptura epistemológica con el modo de asumir su objeto de estudio por parte de ciertas disciplinas de las ciencias sociales, preocupadas por encontrar los lineamientos esenciales de formaciones sociales macros y no por incidir en la práctica inmediata de los grupos humanos. Significa reconocer la

entidad de los sujetos micros como objetos de estudio. ¿Significa suponer la necesaria relación existente entre ese escenario micros social y la formación social en su totalidad? ¿O una respuesta afirmativa a esa pregunta no es relevante? Debemos cuidar que la crítica a la razón dominante no se convierta en la negación del uso necesario de la razón. Renunciar a la razón es aceptar las razones de la RAZON dominante, como quieren hacer ciertos posmodernistas. Acostumbrados a convivir con paradigmas teleológicos, nos encontramos realizando acciones de conocimiento cuyo sentido no se nos presenta claro. ¿Es necesario tenerlo claro antes de comenzar a conocer la realidad escogida? Han fracasado maneras de entender los fines últimos del conocimiento, pero no la necesidad de enfrentar el conocimiento a la ética como maneras diferentes de realizarse lo humano. Interdependientes no, pues sería creer que una priva sobre la otra, cuestión cuya falsedad está hartamente demostrada. Conocimiento más voluntad de conocer para qué. La desaparición de la noción apriorística de totalidad no significa la desaparición de la totalidad como tal. La profundización en los espacios micros quizás nos conduzcan a mejor descubrir las verdaderas totalidades.

4.2. ¿DE CAUDILLOS A ALCALDES Y GOBERNADORES O VICEVERSA?

La desmesura en hacer hincapié sólo en un lado de la injusticia puede hacer que la otra injusta parte perviva y se desarrolle. Criticar los recursos asignados en Caracas (en Miraflores y en el Capitolio) a espaldas de los estados es tan válido como criticar las inversiones que se hacen en Maracaibo y no en Ca-

bimas o en Bobures. ¿Qué se quiere, modificar los grados de participación de manera de quitar grados de poder a las oligarquías de hierro del centro en favor de las oligarquías de hierro enquistadas en cada estado? ¿Qué impulsar, un recambio entre oligarquías o un recambio entre oligarquías y sectores mayoritarios de las regiones? ¿Con la acumulación de poderes dados por ley, el alcalde y el gobernador están lejos de convertirse en caudillos civiles? La descentralización de poderes no ha caminado lo suficiente hacia una democracia de participación y no sólo de representación. Alianzas en contra de todos los mecanismos de excesiva centralización. Recordar las "familias" de ingrata recordación conformadas en Carabobo, Bolívar y Falcón. Conjugación de las presiones locales con las nacionales.

4.3. ¿SE PODRÁ DERRIBAR LA MURALLA ECONOMICA?

¿Qué puede significar la regionalización en un país que ha vivido de la renta producida en escasos enclaves del territorio? Las deformaciones impuestas por el estilo de desarrollo lucen imponentes ante posibles intentos de modificación. Del consumo orientado a maximizar las ganancias de quienes controlan el mercado mundial capitalista, al consumo que permita aprovechar los recursos y posibilidades regionales. Pero los grupos económicos locales que medraron al amparo del anterior estilo siguen conservando las principales cuotas de poder. El Gobernador de Bolívar está tácitamente aliado al Presidente de la CVG, ¿cómo hacer el cambio entonces?, ¿o cuál será el alcance del cambio? La pelea por obtener recursos centrales todavía se libra, se ha cedido represen-

tatividad pero no participación y poder real sobre las riquezas materiales. Habrá necesariamente que utilizar los conocimientos históricos para redescubrir las características económicas de cuando esas regiones eran prósperas o al menos casi autosuficientes, revalorar el pasado, no siempre todo tiempo presente fue mejor. Ajustemos el espíritu para las rectificaciones.

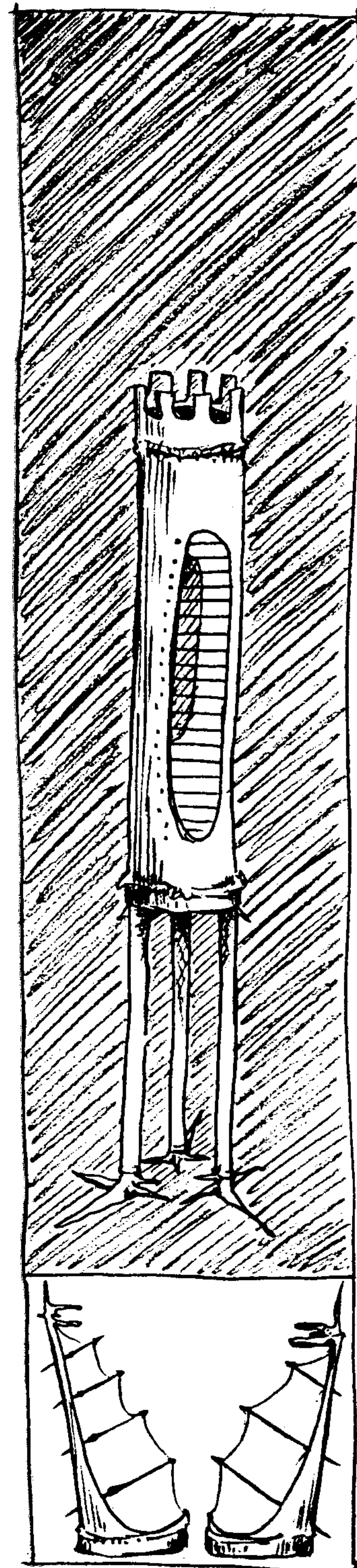
4.4. ¿DE LA UNIVERSALIDAD COLONIZADA AL PARROQUIALISMO UNIVERSAL?

Nos habían vendido la baratija de creer que lo universal es exactamente lo que se da fuera de nosotros, los latinoamericanos y africanos tercermundistas. Desde la alucinación divulgada por los programas del Ministerio de Educación de vendernos como historia universal la historia inmediata del Mediterráneo (¿dónde han estado nuestras cabezas educativas que permitieron la pervivencia de tal desmadre?), hasta las célebres páginas de la Historia de Morón que afirma (siguiendo a Morales Padrón) que nuestros indígenas no tuvieron historia hasta la llegada de Colón. Los enciclopedistas e iluministas de siglos anteriores siguen viviendo tranquilamente en nuestro medio intelectual a la hora de explicarnos a nosotros mismos. Angustias existenciales clamando por la modernización de nuestro país, entendida como renuncia a todo lo que somos, paso necesario para nuestra "universalización". Rechazo a lo regional y lo local entendido como mediocre parroquialismo. La ignorancia se campea por nuestras mentes "más lucidas". Todo lo universal tiene

su referente local, que alguien demuestre lo contrario. ¿Puede entenderse Shakespeare sin las alusiones a las realidades históricas que magistralmente diseña? ¿Cuánto de cultura antigua indígena, ibérica, árabe y africana encierra nuestro folklore, nuestro idioma, nuestras costumbres culinarias? Regionalizar los recursos materiales culturales porque los talentos siempre lo han estado. Empezar con alegría y prontitud el descubrimiento de lo universal nuestro, especificidades humanas de quienes habitan esta tierra simplemente.

4.5. COMO NO CONCLUSION.

El adoptar el punto de vista de las totalidades influirá seguramente en nuestros hábitos de pensar y escribir. Habremos de modificar los finales, porque ya no existirán sino como acuerdo cómplice entre quien escribe o habla y quien lee o escucha. Por eso aquí no habrá conclusiones, sino solamente una descripción del estado de ánimo necesario para enfrentar los tremendos retos que nos coloca el pensamiento en estos finales del siglo sin seguridades ni guaridas. ¿Cuál ha de ser el papel del saber académico? Las Humanidades vinieron por el desquite y colocaron de bulto toda su potencialidad. ¿Pero y las herramientas? Hoy más que nunca la búsqueda de la verdad muestra un camino desamparado. Hay tanto que inventar, pero antes hay tanto con qué romper. Y todo comenzó con intentar estudiar lo más pequeño, lo más cercano, lo local, lo regional. Convocamos sin querer la presencia de lo universal y ahora no sabemos qué hacer. Sólo nos queda la razón, suficiente compañía.



luis jair gómez g.

NACIMIENTO Y DESTINO DEL CONCEPTO DE ECONOMIA NATURAL

(UN REFERENTE DE LA PRODUCCION
CON SERES VIVOS).

"No vivimos propiamente para el conocimiento, sino para la pasmosa y abundante amenidad en el buscar y en el encontrar de éste".

F. Nietzsche. "Tratados filosóficos".

I. INTRODUCCION.

Si comparamos la definición que de economía natural da Marx con la que aparece en Humboldt, nos desconcierta el estar frente a dos conceptos claramente diferentes que se reconocen con un nombre similar. Este desconcierto crece cuando tratamos de interpretar la inconsistencia semántica que Pirenne delata en su comentario sobre la **naturalwirtschaft** (economía natural); pero es ya incomprensible que una descripción tan magistral para la época, por su claridad, de economía animal, como la expuesta por Quesnay en el volumen III (p. 759) de sus ensayos, pueda pasar por no representar nada coherente para el resto de los economistas. Podemos preguntarnos desde la perspectiva actual de la economía, por lo demás carente por completo de unidad, si ello sucedió porque la producción agraria perdió toda importancia para las teorizaciones económicas, o si realmente no correspondía a ninguna realidad productiva.

Hay tanta más razón en el desconcierto cuando descubrimos la importancia que para la racionalidad de la Historia Natural y su mutación en Biología tuvo la idea de Quesnay a partir de la reelaboración de Lavoisier. Esto parecería autorizarnos a pensar que nos encontramos más frente a un problema de homonimia que frente a una divergencia teórica.

A pesar de que el tema parece haber carecido de importancia para los economistas, nos parece que no le falta ella del todo, y que la ausencia de interés tradicional entre los teóricos de la economía por este aspecto es simplemente otra de las manifestaciones de la dificultad de las ciencias sociales por conformar cuerpos teóricos coherentes y estables en la aprehensión de su objeto de trabajo.

II. CONSIDERACIONES HISTORICAS.

En el desenvolvimiento del hombre en su mundo social se va acumulando una serie de experiencias referidas a un particular quehacer que va adquiriendo, por lo mismo, unos límites defini-

bles. El incremento de experiencias es entonces sometido al conocimiento causal y empieza a configurarse así un saber que toma un nombre, una denominación que lo identifica en la práctica social y que establece su simbología, su lenguaje y aun sus propias reglas. Ese lenguaje es en parte propio y en mayor o menor medida prestado de otros saberes que ya han obtenido la sanción social y logrado un cierto prestigio. Tal es el caso de la Economía.

En el siglo XV, comienzan los venecianos a orientarse en el mundo ya establecido del comercio, movido en las velas del Mediterráneo, por medio de las Matemáticas. En Treviso se logra una primera aproximación y se intenta desarrollar una simbología matemática sistematizada que en un mundo de iletrados logra darle vuelo a una cierta cofradía de comerciantes urgidos por comunicarse con sus agentes en las factorías que empiezan a abrirse al otro lado de la ruta, y ante la necesidad de conocer por sí mismos el flujo de sus monedas y mercancías. Según lo expresa su autor anónimo, se trataba de un manual escrito para uso de quienes se dedican a actividades comerciales. Siguió a ésta la Aritmética de Borghi, en 1488 y, por el mismo tiempo, el **Libro de Tariffe**, en el que se entra ya en cálculos más complicados de pesos, medidas y monedas de todos los países. Con estos elementos se llega ya a la **Summa** de Pacioli en 1494, donde se recogen todos los elementos de Borghi y se trata además de la contabilidad por partida doble.

Sin lugar a dudas, aunque se estaba todavía a poco más de un siglo de Montcrethien, se habían echado raíces de la Economía, mediante una aproximación puramente empírica, pero suficiente para ese oficio individual de los intercambios del comercio, que precisamente se fortalecían como actividad regular en la encrucijada de las rutas mediterráneas. Es en este punto donde eclosiona la Economía como "ciencia empírica del espíritu" para valernos de la expresión de Dilthey⁽¹⁾, de tan profundo contenido, iniciando con "un análisis efectivo de la naturaleza según sus fuerzas actantes"⁽²⁾, que marca la superación de la teología racional que rechaza los intercambios, mejor, las ganancias y los intereses, que no están de acuerdo con la razón moral, sobre la cual se fundó esa "preeconomía" en la que la "utilidad colectiva es la fuente del valor", tal como la define Fourquin⁽³⁾.

Es en ese mundo en el que se insinúan en principio los rasgos claros del capitalismo. Las prebendas y las sinecuras del señorío feudal y de la nobleza medioeval empiezan a ser disputadas por quienes tienen una habilidad sobresaliente en los negocios, que les permite acumular riqueza, si tie-

nen éxito en esa "especie de descubrimiento universal de la ganancia, filtrándose entonces de arriba a abajo de la sociedad llevándose por delante lo mismo al mercader, o al notario de un pueblo que al gran banquero de Augsburgo o de Lyon; véase la insistencia sobre el préstamo o la especulación comercial mucho antes que sobre la organización de la producción"⁽⁴⁾. Aparece así otro patrón de jerarquización social, que empieza a sustituir al feudal, primero en el marco de las ciudades mercantiles: Venecia, Génova, Milán, Brujas, Amberes y Amsterdam, y luego en las economías nacionales.

Es al estudio de la racionalidad de este oficio, ya socialmente reconocido, de acumular riqueza, al que en el marco de las economías nacionales, —Inglaterra de primero—, Montcrethien daría, en 1615, el nombre de "Economía Política", en cuanto supera el estrecho ámbito del mundo doméstico de los antiguos para servir en adelante los intereses del gobierno de una nación.

Configurado ya el oficio de la contabilidad por partida doble que sistematiza la empiria de las cuentas que suponen los intercambios, y denominado el cuerpo de conocimientos que subyacen a esa empiria, se hace necesario desentrañar el origen mismo de la riqueza como objeto de trabajo identificado de la Economía.

Se inicia así en el siglo XVII esa intensa actividad para reconocer el verdadero origen de la riqueza, representada en el metal amonedable, pero aún ininteligible a la sombra de "una confusión sistemática— nos dice Foucault—, entre moneda y riqueza, valor y precio de mercado"⁽⁵⁾.

Será Petty de primero quien intente abrir el debate que aclare esa confusión, no sin antes cerrar el ciclo de las Aritméticas. Su "Aritmética Política", le permite dar el salto cualitativo desde los negocios particulares referenciados en la "Aritmética" de Treviso que refleja ese estrecho mundo de los negocios particulares hasta el amplio espacio de la economía de los estados nacionales, que es con todo derecho "política", pasando necesariamente por la Economía de las ciudades mercantiles. Es este en realidad el proceso histórico que funda la Economía como un saber identificable en su contenido.

Petty establece lo que Cantillón, según Gilibert ha llamado la "ecuación entre tierra y trabajo"⁽⁶⁾, mediante la cual el tiempo de trabajo surge como la medida del valor.

Una conocida cita que Marx hace en sus "Teorías sobre la Plusvalía"⁽⁷⁾ de uno de los textos de Petty es suficientemente clara al respecto: "Si un hombre puede transportar hasta Londres una onza

de plata extraída de las entrañas de la tierra en el Perú en el mismo tiempo: que necesitaría para producir un **bushel** de trigo, lo uno sería el precio natural de lo otro”.

Si este pasaje lo relacionamos con otro, también citado por Marx, se tiene innegable y elegantemente establecida la “ecuación entre tierra y trabajo”, donde además se equiparán las ganancias de la minería con los excedentes físicos de la agricultura. Dice Petty, en efecto, al referirse al valor de la tierra o de la renta de ésta: “¿cuánto vale en dinero esta tierra o esta renta?”, a lo que el mismo Petty se contesta: “valdrá tanto como el excedente que le queda a otra persona que invierta su mejor tiempo en ir a un país en que haya minas de oro o plata, extraer el metal, purificarlo, acuñar monedas y transportarlas al lugar en que otras personas han sembrado y cosechado el trigo. La suma que esta persona obtenga como excedente, después de deducir todos sus gastos, equivaldrá enteramente, en cuanto al valor, a la cantidad de trigo que conserve como excedente el cultivador de la tierra”⁽⁸⁾.

La filiación lógica de esta conceptualización, aún en ciernes, será la que seguirán Smith, Ricardo y Marx entre los clásicos de la economía, quienes además retomarán y refinarán el concepto de valor-trabajo ya enunciado por Petty, y reforzarán la idea que se ancla tan fuertemente en dicho concepto, de que la industria es superior a la agricultura, y el comercio a ambas en rendimientos económicos. Al respecto Petty es contundente: “Puede ganarse más con la manufactura que con la agricultura y más con el comercio que con la manufactura”⁽⁹⁾. Así, aunque Petty ya considera la agricultura como una actividad económica importante, sus afectos están por el comercio, Smith en cambio está decididamente del lado de la manufactura, pero declara que “no hay capital que, en iguales circunstancias, ponga en movimiento mayor cantidad de trabajo productivo, que el del labrador”⁽¹⁰⁾. Al fin y al cabo transcurre un poco más de un siglo entre el “Tratado de impuestos y contribuciones” y “Naturaleza y causas de la riqueza de las naciones”; en realidad el mismo tiempo que corre entre el clímax del comercio y el inicio en firme del industrialismo. Este hiato tan dilatado sólo podía ser ocupado por la actividad agrícola. Surge así el discurso fisiocrático que ve en los excedentes físicos, que sólo la producción con seres vivos puede generar, el origen de la riqueza.

Quesnay se replantea completamente el problema del origen de la riqueza y lo ubica en la actividad espontánea de la naturaleza viva, lo que a su turno lo lleva a considerar a los traficantes o comerciantes como unos detractores de esa riqueza

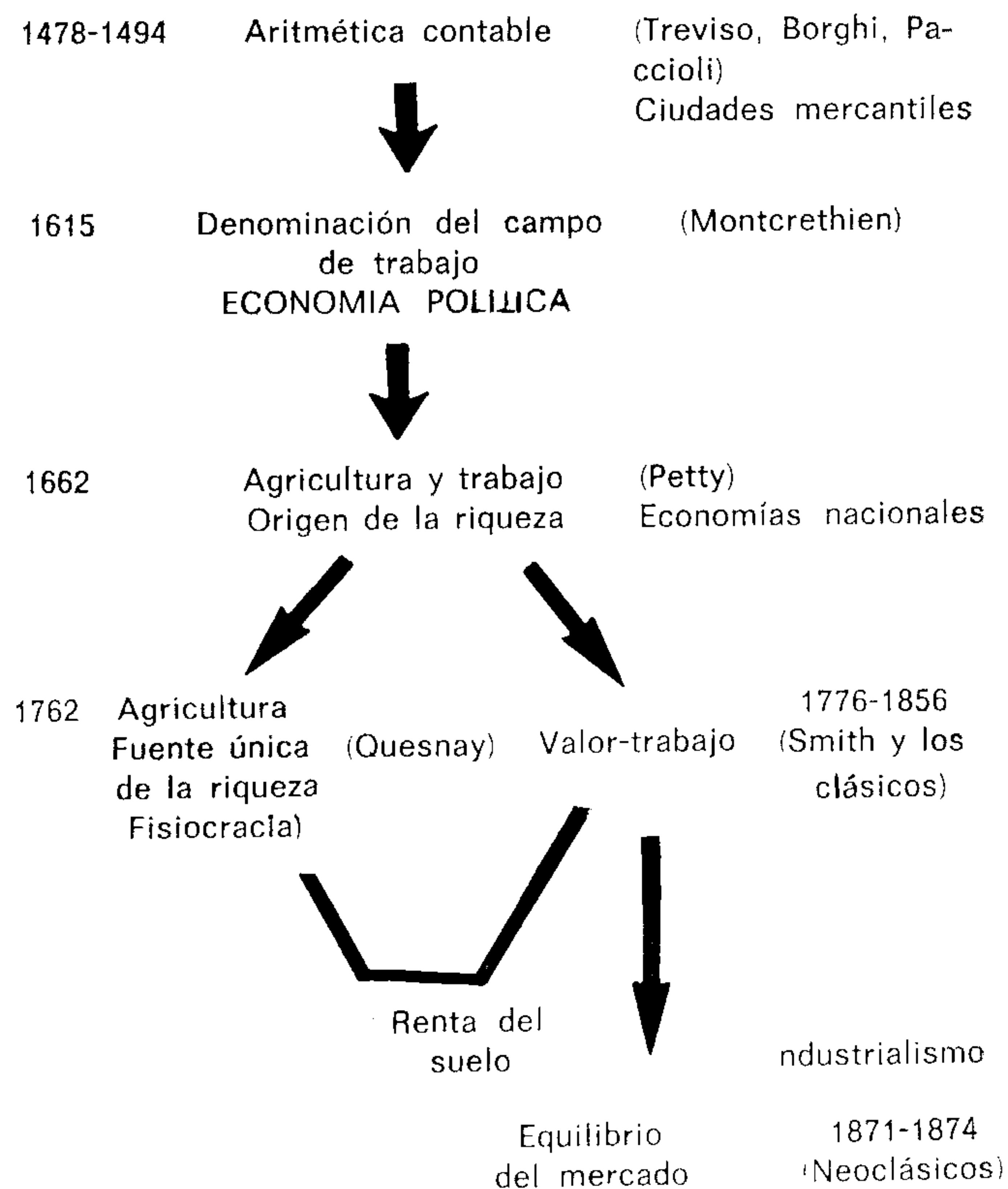
za y a los manufactureros como una clase estéril en términos de generación de riqueza. Sus expresiones son transparentes: “Que el soberano de la nación no pierda jamás de vista que la tierra es la única fuente de riqueza, y que es la agricultura la que la multiplica”⁽¹¹⁾. En otro texto dice: “este interés (el del estado) exigirá entonces que se restrinja lo más posible las ganancias del traficante, esto es: que se pague lo menos posible por sus servicios, a fin de que quede lo más posible de producción para incorporar a la tierra para procurar este aumento progresivo del **produit net**”⁽¹²⁾.

Sin embargo el pensamiento de que sólo la actividad de los seres vivos, la agricultura, es la fuente única de riqueza, que constituyó el núcleo de la teoría fisiocrática, no tuvo seguidores, y sólo mantiene un carácter residual en la concepción que a partir de Smith desarrollan Ricardo y Marx. Sólo Say reconoce en la “fuerza vegetativa de la tierra”, y en la “fuerza vital que contribuye al acrecentamiento y vigor de los animales”, capacidad, con el “concierto del hombre”, para generar riqueza, pero a diferencia de Quesnay no la considera como fuente única⁽¹³⁾, y más aún, Say escribe de ellos —los fisiócratas—, que no tenían ideas claras acerca de la naturaleza de las riquezas mismas⁽¹⁴⁾. Tampoco Smith tiene una idea mejor de “los economistas”; aunque con una orientación diferente a la de Say escribe sin ambages: “En la agricultura trabaja asimismo la naturaleza con el hombre, y aunque a ella nada le cuesta su trabajo, el producto de éste tiene su valor peculiar, tanto como el operario más costoso”⁽¹⁵⁾.

Esa condición residual de la producción agraria dentro del avance de la configuración de la economía se debe a la importancia que hasta entrado el siglo XIX mantuvo la agricultura, lo que implicaba el peso, que dentro del análisis económico general tenía la renta del suelo. Este carácter residual de la agricultura se manifiesta en que el análisis de la renta pierde ya todo valor cuando la teoría económica pone como fulcro de su interés la dinámica del intercambio, cuando el precio sustituye al valor en el centro de la economía. Los neoclásicos en realidad prácticamente desconocen el problema de la renta del suelo y Keynes, ya en el siglo XX, apenas se refiere a la agricultura de manera incidental para ejemplificar el tema de los ciclos económicos⁽¹⁶⁾.

Mirada en la perspectiva histórica la concepción fisiocrática, que tanto molesta a Say, resulta ser sólo una anomalía en el desarrollo de la teoría económica que se desprende de la débil rama agraria del pensamiento de Petty, pero que no echa raíces, puesto que todo el espacio de análisis es cubierto por el comercio y la producción manu-

facturera e industrial. Gráficamente podría representarse esta anomalía de la siguiente manera:



A pesar de que la producción agraria apenas sí fue un elemento residual en la sesuda conceptualización de la economía de los clásicos y desaparece, casi sin dejar rastro, entre los neoclásicos, sigue jugando un gran papel en la marcha económica de las naciones. Por lo menos dos grandes manifestaciones se perciben al respecto. De un lado la presencia del cameralismo desde mucho antes de la aparición de la fisiocracia, que se hace acreedora a sus cartas de nobleza desde el primer tercio del siglo XVIII en reconocimiento a la gran importancia que se le otorga a la prosperidad agrícola para la solidez económica de los estados. Desde 1727 iniciando en Halle y en Frankfurt-am-Oder se van fundando en todas las universidades alemanas facultades de ciencias camerales entendidas como el conocimiento de la agricultura y la silvicultura; en las mismas facultades prusianas se enseña la conservación de los bosques y el estudio de los suelos. Ya en el siglo XIX las universidades alemanas ofrecen cursos regulares de Agricultura Política (Agrarpolitik), y en Francia el reconocido Instituto Agronómico de Versalles ofrece por primera vez en 1851, un curso llamado Economía Rural.

Luego la formación en Economía Agrícola se extendió al resto de Europa, dando particular énfasis a los problemas asociados con el manejo de negocios de granjas individuales. En este sentido tuvo particular atención la contabilidad y los costos a nivel de firma. En Alemania sin embargo se le dio además gran importancia a una segunda línea de trabajo, a la agropolítica, centrada en aspectos de política agraria a nivel nacional e internacional.

En Estados Unidos, el avance de la enseñanza de la Economía Agrícola tuvo un gran desarrollo ya entrado el siglo XX, siendo impartida en gran número de sus universidades. Esta cubre principalmente: administración rural; mercadeo de productos agrarios; políticas económicas; economía del suelo; crédito agrícola; economía de la producción; precios, y métodos y técnicas estadísticas.

Empero, contrario a lo que podría pensarse, no se recoge en la Economía Agraria, una especificidad de este campo de la producción, sino que se trata simplemente de la aplicación de todos los principios desarrollados con base en la producción industrial que constituyen el cuerpo de la Economía como campo del conocimiento, a la producción agraria reconociendo en esta última sólo algunas particularidades menores, como las recoge Bandini en su definición: "La economía agraria —dice el tratadista italiano—, se puede definir como aquella rama fundamental de la ciencia económica que aplica a las características específicas de la actividad agrícola los principios y esquemas lógicos mantenidos por dicha ciencia" (17). Más adelante aclara esta definición anotando que ella responde a un método de estudio de tipo explicativo en cuanto "trata de explicar lógicamente la realidad agrícola, valiéndose de los principios y esquemas de la ciencia económica" (18).

III. CONSIDERACIONES EPISTEMOLOGICAS

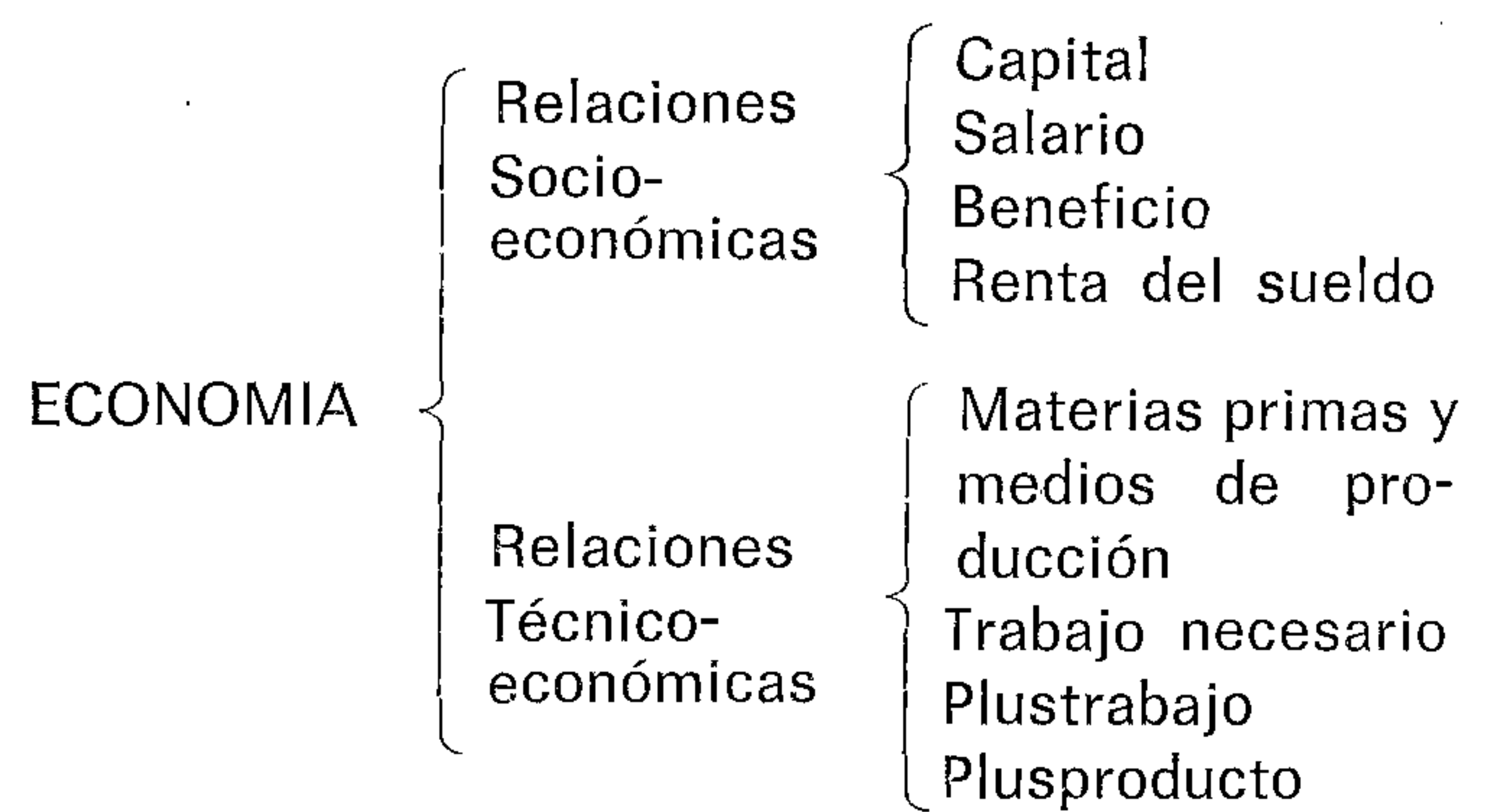
El éxito de una teorización es lograr aprehender en un nivel de abstracción adecuado todos los elementos e interacciones estables, indispensables para lograr la interpretación formal y consistente de la realidad una vez se vuelva a ella.

Las ciencias sociales sin embargo albergan en su campo de conocimiento un conjunto de fenómenos que operan condicionados por una compleja red de interacciones entre una multitud de elementos con una marcada interdependencia que convierte el escenario social en un conjunto holístico, donde el *caeteris paribus* resulta ser sólo un artefacto metodológico bastante engañoso.

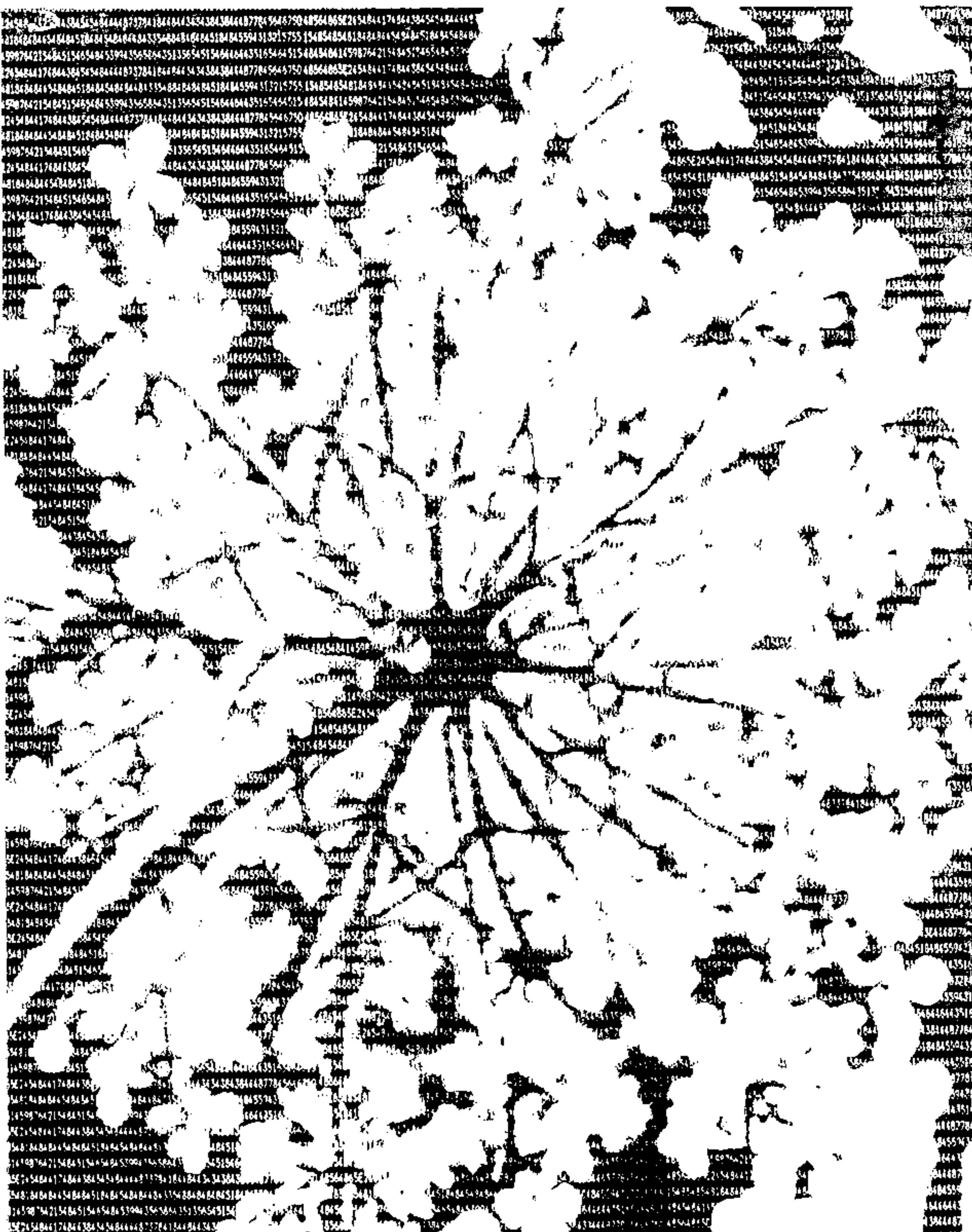
Esta característica fundamental nos explica el abundante número de escuelas de pensamiento en cada una de estas ciencias, cada una reclamando la primacía de sus esquemas teóricos interpretativos, pero a su turno, cada una mostrando sus debilidades inocultables. Esta debilidad derivada del nivel de complejidad en cuanto al conjunto de estructuras que configuran su objeto particular de trabajo, superan en este aspecto al mundo biológico, a su vez más complejo que el físico, que en consecuencia exhiben una mayor capacidad interpretativa en las ciencias que se ocupan de los fenómenos de sus respectivos campos del conocimiento.

En el nivel social, una de las ciencias, la Economía, incluye, además del componente estrictamente socio-económico cual es el de las relaciones que se establecen entre los distintos agentes sociales que intervienen en el proceso económico de producción, el componente técnico-económico, cual es el de las relaciones técnicas que se establecen entre los distintos elementos técnico-sociales que hacen posible la generación y distribución de un producto.

Esquemáticamente se pueden enumerar estos componentes así:



Estamos ahora en el corazón del problema. En el esquema propuesto es evidente que cada categoría de las relaciones socioeconómicas se corresponde con cada una de las tecnicoeconómicas así: Capital-Materias primas y medios de producción; Salario-Trabajo necesario; Beneficio-Plustrabajo; Renta del suelo-Plusproducto. Y es igualmente evidente que miradas así, tienen algunas diferencias importantes con las que los economistas clásicos habían dejado establecidas en sus cuerpos teóricos; pero ello es debido simplemente a que para el análisis clásico el problema tecnicoeconómico podía resolverse fácilmente, como en efecto se hizo, a partir de la propuesta mecanicista derivada de los procesos industriales de producción que se constituyeron rápidamente en la base de todo el desarrollo teórico de la economía.



Este nivel de generalización posibilitado por el pensamiento mecanicista de la época permitió reducir la producción biológica —la agricultura—, a la mecánica —la industria—, y el suelo y los seres vivos a medios de producción pasivos. Siendo así, del binomio “Agricultura-trabajo” de la elaboración Pettyana, sólo era rescatable el trabajo, mientras el **produit-net** de Quesnay aparecía completamente asimilable al trabajo excedente, haciendo irrelevante el pensamiento fisiocrático.

Surge de la apreciación anterior otra característica importante. La economía además de ciencia social, es histórica; de tal manera que sus categorías sólo son definibles dentro del tiempo histórico de una sociedad específica en cuanto a su sistema social de producción. Recientemente Dillard lo ha compendiado con gran propiedad: “el presupuesto de que los principios de la economía dominante son universales es engañoso”⁽¹⁹⁾.

En este sentido las categorías que caracterizan un sistema de producción de un período histórico dado, tienen plena validez dentro de ese universo social y sólo dentro de él. De esta manera, mientras el capital, el salario, el beneficio y la renta del suelo como categorías socioeconómicas mantienen su identidad para el período histórico del capitalismo, son inexistentes durante el esclavismo y la servidumbre, a pesar de que estos

conceptos denominan sociedades tan jerarquizadas como el sistema salarial, pero con visiones del mundo diferentes que explican de otra manera la división clasista de la sociedad. Sin embargo el grado de resolución de tales categorías está condicionado por el nivel de comprensión de las relaciones tecnoeconómicas propias del proceso productivo que le da vigencia al sistema. Si se examina en detalle tanto el capital como las otras categorías, se encuentra que han sufrido refinamientos —que no distorsiones de su identidad—, a partir del momento en que eclosionaron con la aparición del sistema salarial de producción, como efecto del avance del conocimiento de los fenómenos tecnoeconómicos.

Se desprende de lo anterior que esta correspondencia entre uno y otro tipo de categorías exhiben diacronías diferentes puesto que mientras la definición del objeto de trabajo de una ciencia a partir del cual se establecen sus categorías, es un problema filosófico que se corresponde con la visión del mundo de la época, las relaciones técnicas y los elementos que participan en esas relaciones son un problema de conocimiento del aspecto material —el proceso económico de producción—, en el que se apoya el fenómeno social que constituye su objeto de trabajo. Sin embargo, como ya se ha señalado, la visión mecánica del



mundo de la época, reforzada por el prestigio de la producción industrial, impidió reconocer la diferencia, en cuanto a sus relaciones tecnoeconómicas, entre la producción con seres inertes —la industrial—, y la producción con seres vivos —la agraria—. Se le cerraba así el paso a la fisiocracia.

IV. LA ECONOMIA NATURAL

En realidad las relaciones sociales son distintas a las relaciones técnicas y aunque durante el período histórico concreto del sistema salarial las relaciones sociales conservan su identidad, las relaciones tecnoeconómicas se resisten a su homogeneización bajo el prestigio del industrialismo. Es éste un hecho crucial que hay que distinguir para lograr una adecuada aproximación al análisis real y diferencial entre la producción con seres vivos y la producción con seres inertes.

El meollo del problema es que sólo los fisiócratas tocaron con la Economía Natural al ubicar el origen de la riqueza en el excedente físico de la

agricultura. De ahí en adelante apenas hay alusiones a este aspecto que no por ignorado pasa sin dejar huellas ocultas sobre todo en Ricardo y aun en Marx. En cuanto la producción agrícola mantuvo su gran peso en el grueso de la economía de la época de los clásicos, se exigió que el problema de la renta del suelo y el terrateniente no pudieran abandonarse en las teorizaciones; pero desde Smith, con la manufactura, es la producción con seres inertes la que impone su dominio en tales desarrollos teóricos. Así los neoclásicos ya no hablan ni siquiera de la renta del suelo y de las estructuras que se configuran a partir de las interacciones entre los elementos socioeconómicos y los tecnoeconómicos sino que mediante un asombroso giro conceptual se salta a un juego de conexiones entre relaciones tecnoeconómicas de producción y éticosociales de distribución. Es Walras quien reduce la riqueza social a un fenómeno natural y llama entonces a las relaciones entre personas y cosas —fenómenos de producción—, “economía política aplicada”⁽²⁰⁾, y a las relaciones entre personas —el fenómeno de la apropiación de la riqueza social—, “economía social”⁽²¹⁾. Es claro entonces que la economía deja de ser una ciencia objetiva para tornarse una ciencia subjetiva.



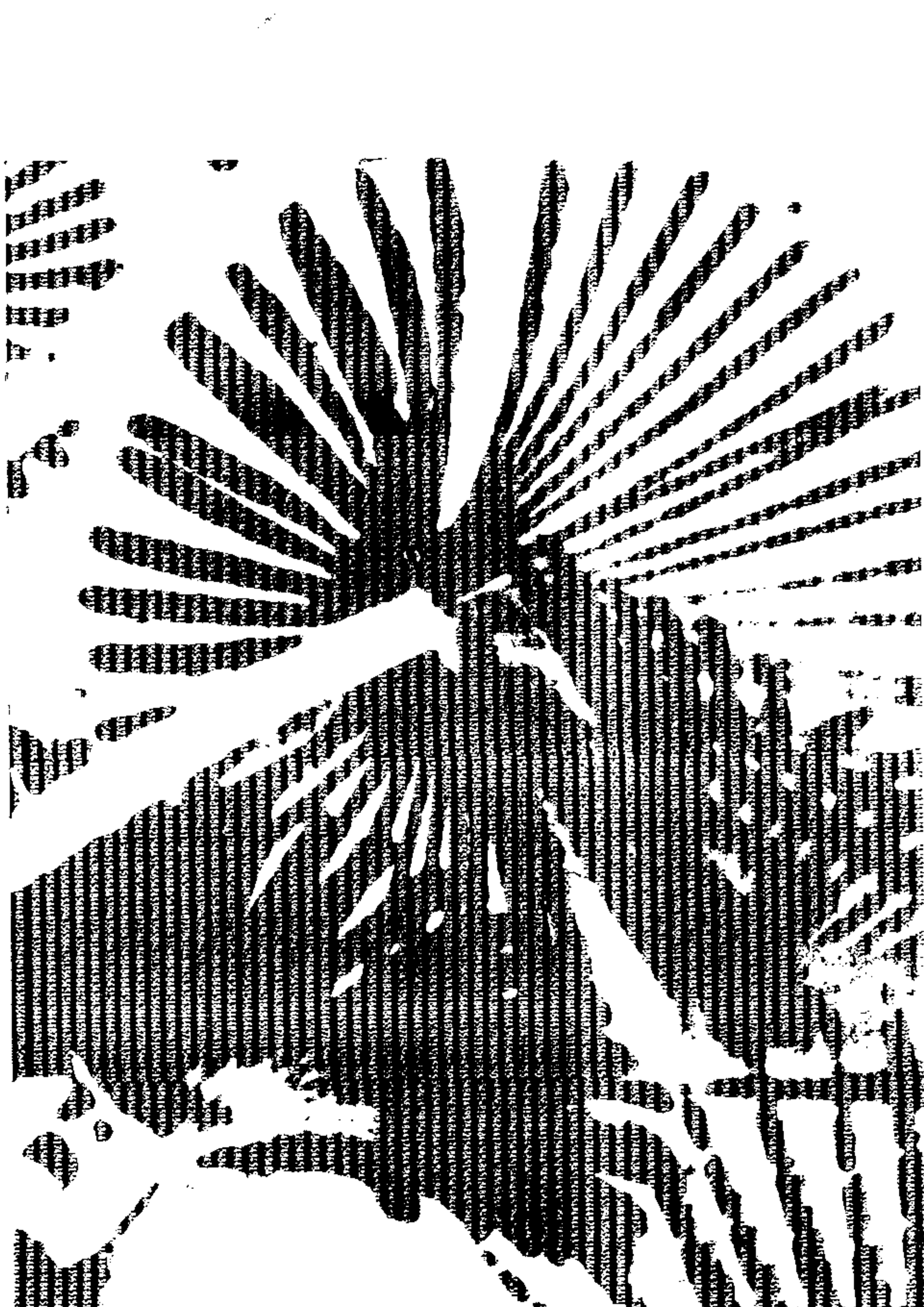
Chaunu escribe que “no basta con que aparezca un pensamiento; es preciso también que un medio le haga eco”⁽²²⁾. Una parte de las virtudes de la producción con seres vivos estaba enunciada, o por lo menos esbozada, en la teoría fisiocrática que incluso llegó a denominarla “Economía Animal”, pero no tuvo eco en las teorizaciones posteriores de la economía que la desconocieron por completo, aunque utilizaron algunas de sus características sin que alcanzaran identidad propia. Sería entonces la historia natural y luego la biología las que madurarían este concepto.

En 1748 apareció el “Essai physique sur L'économie animale” del médico F. Quesnay, texto que en opinión de Oncken, importante crítico y editor alemán de las obras completas, “incluye ya las bases del desarrollo ulterior de la filosofía práctica o, que es lo que identifica el pensamiento de Quesnay, de la filosofía económica”⁽²³⁾. Y en efecto, como lo señala expresamente el mismo Oncken, “los trabajos económicos de Quesnay y de su escuela, que aparecerán más tarde, serán tratados siguiendo una forma orgánica similar”⁽²⁴⁾.

El rumbo que a partir de Smith tomó la teoría económica acabaría por ignorar este importante aporte que sólo la biología rescataría en su momento, cuando ya el industrialismo se había con-

vertido en el hijo mayor de la economía capitalista. Un estudioso como G. Franco, en su análisis preliminar de la obra monumental de Smith, apenas dice para referirse al texto de Quesnay que “en él se hace mención del derecho, del orden y de libertad natural; pero sin ninguna referencia explícita a cuestiones económicas”⁽²⁵⁾.

Quesnay es sin embargo de una extraordinaria claridad: “La materia, por ejemplo —escribe—, que es sucesivamente empleada para formar diferentes cuerpos, no sufre ningún desperdicio de su substancia en la generación ni en la destrucción de sus cuerpos; los diferentes cuerpos que ella compone caen solamente en disolución; pero la substancia que los compone existe siempre y vuelven a entrar en la composición de cuerpos que se reproducen sucesivamente”. Y agrega poco después que una vez sucedida la muerte, ya sin ninguna sensación, “sin ninguna forma particular en este estado, ella (la materia) se incorpora a la masa común de la materia y es, conforme a ellos, empleada entonces indistintamente en la composición de los cuerpos que se reproducen”⁽²⁶⁾. En esta forma Quesnay, no sólo se anticipa en varios años a la concepción Lavoisierana de la economía natural, sino que esboza nítidamente una tal doctrina.



Dos elementos se desprenden de esta concepción de la economía animal: a) la circularidad del proceso productivo de los seres vivos, y b) la autorreproducción. Ambas características no sólo son propias de la producción con seres vivos y a diferencia de la producción con objetos inertes, sino que marcan la doctrina fisiocrática. Es innegable la circularidad —más que el zig-zag gráfico—, que exhibe el “Tableau Economique” de 1759; circularidad que no hacía más que representar gráficamente la concepción de la “Economía Animal” y que por ser opuesta al proceso lineal de la producción mecánica industrial, resultó ser incomprensible para Marx, a pesar de que le dejó una buena impresión por la ingeniosidad que revela como modelo, y en el que, inclusive, se apoyó para ilustrar “el proceso de reproducción en su conjunto” según la carta a Engels de julio de 1863⁽²⁷⁾, a pesar de que en su crítica a los fisiócratas en las “Teorías sobre la Plusvalía”⁽²⁸⁾, se apresura a decir que no “expresa reproducción alguna”, y sólo es un simple “reflujo de dinero”, “que expresa al mismo tiempo, la continua reproducción de la mercancía por parte del mismo productor”⁽²⁹⁾. En esta misma línea de pensamiento Marx escribe al inicio de “El Capital”⁽³⁰⁾, refiriéndose a las mercancías que “en su producción, el hombre sólo puede proceder como procede la misma naturaleza, es decir, **haciendo que la materia cambie de forma**”*, enunciando que se corresponde punto por punto a la definición de “reproducción” (de seres vivos) que Marx cita textualmente del Conde Verri: “**La aglutinación y la disgregación** son los únicos elementos con los que el espíritu humano se encuentra a cada paso cuando analiza la idea de la **reproducción**, y lo mismo ocurre con la reproducción del valor y de la riqueza, cuando la tierra, el aire y el agua de los campos se convierten en trigo o cuando, por mediación de la mano del hombre, la secreción de un insecto se convierte en seda o se combinan algunas partículas de metal para formar un reloj de repetición”⁽³¹⁾. Hasta el ejemplo del reloj, el arquetipo de la máquina, que ilustra la concepción mecanicista propia de la época, es tomado por Verri y citado por Marx. No podría decirse seguramente que la medicina del médico Quesnay no fuera mecanicista, pero sin lugar a dudas la circularidad y la autorreproducción, elementos que los clásicos y Marx desechan respondiendo a la lógica de lo puramente mecánico e inerte, distinguen inequívocamente la producción con seres vivos de aquella con seres inertes. Queda así claramente entendido, por falta de acogida de la doctrina de Quesnay, que esa vía, la de la “Economía Animal”, estaba

bloqueada, pues es de parte de los clásicos de donde vendrá una oposición cerrada y reiterada.

Mirada en sus cuatro grandes manifestaciones históricas con sus respectivas elaboraciones teóricas: la economía mercantil, la economía agraria, la economía industrial y la economía financiera, la segunda —la agraria—, aparece en perspectiva, como una anomalía del proceso, puesto que las otras tres ramas son presentadas como manifestaciones del desarrollo, es decir, del avance del industrialismo.

La gran prestancia económica del industrialismo genera en adelante, un fenómeno de dominio, que termina conceptualmente en un esfuerzo por reducir la producción agraria —con seres vivos—, a la producción mecánica —con seres inertes—, quedando como fenómeno residual el de la renta del suelo, que supone la relación socioeconómica capitalista-terrateniente, sin distinguir entre los resultantes tecnicoeconómicos trabajo excedente, producto excedente.

Este fenómeno se había acentuado a partir del momento —siglo XVIII— en que surgió la ganadería independiente con la cual los animales empiezan a compartir los vegetales con los humanos. El avance del industrialismo desarrolló en el eslabonamiento agroalimentario, procesos de transformación, conocidos como agroindustriales, tanto entre el vegetal y el animal como entre éste y el hombre; como resultado del trabajo incorporado a estos procesos, que en consecuencia genera nuevo trabajo excedente, se opaca marcadamente el producto excedente, dada la diferencia en el origen de ambos excedentes, trabajo y producto; mientras el primero eclosiona a partir de procesos mecánicos por lo artificiales, movidos por el hombre; los segundos surgen a partir de procesos espontáneos por lo biológicos. De nuevo acá el industrialismo establece su dominio y reduce los segundos a los primeros, desapareciendo de nuevo la economía natural como elemento que está en la base de las relaciones tecnicoeconómicas de las producciones agrarias. En este punto la expresión más reveladora proviene de Marx: “reconocer que el fenómeno de la renta, tratándose de capital invertido en la agricultura, nacía de las virtudes especiales de la propia esfera de inversión, de cualidades inherentes a la corteza misma de la tierra, equivalía a renunciar al concepto mismo de valor, y, por tanto, a toda posibilidad de conocimiento científico, en este terreno”⁽³²⁾.

En un conocido texto de Pirenne, **Historia Económica y Social de la Edad Media**, escribe este historiador que “los economistas alemanes han inventado para caracterizar los tiempos anteriores

* Subrayados en el original

al invento de la moneda, la expresión **Naturwirtschaft**, que se traduce sin gran acierto en español por 'economía natural o economía naturaleza' " (33). Aunque la anotación básica del historiador hace relación a la vigencia de la moneda durante la Edad Media, no es difícil advertir su preocupación por la inconsistencia semántica del término frente al uso que se le otorga. Marx por su parte en una anotación muy marginal se refiere a la Economía Natural a partir del predominio o no del mercado, en sociedades fundamentalmente rurales en su producción, "en sentido estricto, donde ninguna parte o sólo una parte insignificante del producto agrícola entra en el proceso de circulación" (34), es lo que para Marx configura una "Economía Natural". Es interesante sin embargo una aclaración que a renglón seguido hace este autor: (pero donde) "el producto sobrante de las grandes fincas no se halla formado exclusivamente, ni mucho menos, por los productos del trabajo agrícola. Abarca también los productos del trabajo industrial". Como ya lo anotábamos está claramente cerrado el paso a la concepción de "Economía Animal", dentro del pensamiento de la Economía Política clásica.

Pero el prestigio de éste alcanzaría a impregnar con sus términos otros campos del conocimiento. Ya la medicina había hecho un notorio aporte a aquélla. Términos como circulación, reproducción, articulación, otros más que o bien fueron introducidos por médicos como Petty y Quesnay o reafirmados por ellos, constituyen una clara demostración; sin embargo, en la época clásica, la preocupación fundamental de la medicina era la salud entendida como forma normal de vida, "la cual constituye el estudio, a partir del siglo XVII, de la fisiología en el sentido restringido del término" (35). Los naturalistas por su parte siguen otra tendencia, en cuanto no es la vida su preocupación básica, sino las relaciones entre los seres vivos entre sí y entre éstos y el entorno; de ahí que a diferencia de los médicos, se encuentren más cerca de la economía que de la fisiología.

En efecto, es este grupo de científicos quienes rescatan de las sombras la economía natural y acuden además al prestigio de la Economía Política, para configurar su discurso.

El mismo Linneo ya en su "Systema Naturae" habla de que "las especies son miembros de una república natural y ejercen una **politia naturæ**, de tal manera que se salvaguarde la proporción que hace la belleza", según la transcripción de Limoges" (36). Aunque ya se recogen claramente expresiones propias de la Economía Política, en este

texto de 1735, habría que pasar por Quesnay —1748— para que en 1788, doce años después de la aparición del texto de Smith, Cuvier empleando ya el término Economía, hiciera un esbozo inteligible que muestra cómo reconocía claramente una problemática y tenía ya los conceptos para pensarla, aunque carecía de otros para resolverla. En una carta de noviembre de ese año le escribe a Pfaff: "Pienso que se debiera buscar cuidadosamente las relaciones de todos los seres existentes en el resto de la naturaleza y mostrar sobre todo su parte en la economía de este todo. Haciendo este trabajo, quisiera que se partiera de las cosas más simples, por ejemplo del agua y del aire y que después de haber hablado de su influencia en el conjunto, se pasase poco a poco a los minerales compuestos; de éstos a las plantas y así sucesivamente y que a cada paso se buscara exactamente el grado de la composición, o lo que es lo mismo, el número de las propiedades que este grado presenta en exceso sobre el precedente, los efectos necesarios de esta propiedad y su utilidad en la creación" (37). A pesar de haber logrado así una buena formulación de la economía natural, ésta no pasa de ser un proyecto que los intereses en la morfología y la anatomía comparada no permitirían realizar.

Pero más allá de haber configurado apenas un proyecto, sobre el que predominaron otros intereses académicos, el fijismo de Cuvier impedía avanzar hacia concepciones más dinámicas que rompieran el carácter cerrado que por esencia distinguía al **Systema Naturae** derivado de su fuerte anclaje en un zócalo metafísico. De ahí que sólo la incorporación de la idea de la distribución geográfica insistentemente estudiada por Humboldt permitiría replantearse la problemática de las relaciones entre los seres en un terreno más amplio. Si para Quesnay la "Economía Animal" jugaba el papel de índice de su sistema, en cuanto le designaba el lugar de un problema mayor de la utilización de los recursos naturales disponibles, para Humboldt y los continuadores de los estudios biogeográficos se constituía la Economía Natural en el elemento central que explica la "sutil red de relaciones entre organismos", para emplear la precisa y preciosa definición que Limoges (38), parece haber tomado de Darwin (39). Es así como a pesar de su fondo claramente fisiológico que recoge en sus "fuerzas vitales" del genio rodiano, puede avanzar hasta repetir, lo que Quesnay y Lavoisier habían enunciado desde perspectivas científicas distintas, algunas décadas antes: "La descripción física del mundo debe hacer recordar que todos los materiales con que la armazón de los seres vivos está formada se vuelve a encontrar en la corteza inorgánica de la tierra" (40), es-

cribe Humboldt en una adición tardía al “Genio rodiano”.

Los conceptos económicos impregnaban cada vez más el discurso de los naturalistas, sobre todo en la medida en que éstos iban abandonando la idea estática linneana que miraba el conjunto de las especies como miembros de una “república natural”, cuyo orden exige por supuesto una “**politia naturae**”, que mantenga la proporción que “hace la belleza”.

En este orden de ideas, si Humboldt se había planteado el problema de los medios de nutrición con respecto a la distribución geográfica, Strickland impregna completamente el lenguaje naturalista con los términos económicos, “la provisión de seres orgánicos es exactamente proporcional a la demanda y la naturaleza ni crea seres sin que la necesidad de ellos se haga sentir; con el sólo fin de producir una clasificación regular, ni cuando éstos no pueden sobrevivir”, escribía en 1811 según Limoges ⁽⁴¹⁾.

Sin embargo a pesar del grado de claridad en la conceptualización de Humboldt y Strickland, el modelo del fijismo, del orden preestablecido que delimita toda la conceptualización de la Historia Natural hacían de la Economía Natural así esbozada una típica economía de reproducción simple, ignorando que las plantas y los animales eran ya mercancías que el hombre reproducía en forma ampliada. Sólo la biología darwiniana y wallaciana podrían superar esa visión.

Radl ha anotado con gran fuerza para referirse a la obra de Darwin que “está escrita, indudablemente, bajo la influencia de los economistas **laissez-faire**. No es casi más, que una aplicación de sus razonamientos a los hechos naturales” ⁽⁴²⁾. Esta afirmación evidenciable fácilmente cuando se lee con atención la densa exposición de Darwin ante la sociedad linneana ⁽⁴³⁾, tal como lo enuncia Radl, también manifiesta en su carta a Asa Gray ⁽⁴⁴⁾, logra su máxima expresión, en mi sentir, en el capítulo III de su obra acabada: “La lucha por la existencia”, donde, como en la exposición de Wallace ⁽⁴⁵⁾, se echa mano sin ningún temor del lenguaje y las teorías de la economía política: “Pero a menos que ella (la idea de selección natural) esté bien asimilada por nuestra mente —escribe Darwin en el Origen—, toda la economía de la naturaleza, con cada uno de sus hechos sobre distribución, rareza, abundancia, extinción y variación, será vista confusamente o del todo tergiversada” ⁽⁴⁶⁾.

Limoges se apresura a indicar que el concepto de selección natural que supone reordenamientos de las poblaciones de seres vivos, extinción de algunos y aumento en número de otros, es con-

trario a la economía natural entendida a partir de la idea de adaptación estricta en la que se apoya la Historia Natural. Sin embargo la idea central en la que se funda la economía natural es la de la red de relaciones que se establecen entre los organismos vivos entre sí y con el entorno físico. Entendidas de esta manera, las diferencias entre el mundo del fijismo y el de la selección natural, sólo constituyen marcos de referencia conceptuales que se reflejan necesariamente en la forma de abordar el análisis de la economía natural, y que en consecuencia modifican el alcance del concepto pero no el concepto mismo, que por supuesto va sufriendo refinamientos a medida que se pasa del **Systema Naturae** de Linneo, a la biogeografía de Humboldt y al evolucionismo darwiniano y wallaciano.

Se entiende que estos desenvolvimientos del concepto de Economía Natural mirados en la perspectiva histórica responden a rupturas epistemológicas en dos órdenes de saberes. De un lado, quizá el más dramático por sus implicaciones en el pensamiento económico, corresponde a una transformación profunda en el sistema económico que empieza a privilegiar los procesos productivos mecánicos sobre los biológicos y sobre los fenómenos de distribución de los productos, en tanto reconsidera el postulado de Petty formulado como la ecuación tierra y trabajo, al hacer entrar a este último al campo fundamental del análisis económico y soslaya la profundización que Quesnay venía haciendo en los procesos de la tierra. No podría sin embargo hablarse en rigor de una ruptura en el saber de la economía, sino de un anclaje del esfuerzo de los tanteos conceptuales de la juventud de su saber en un objeto que la ideología del sistema salarial había permitido entrar en el campo de lo explicable. Por consecuencia este anclaje relega el valor interpretativo que para el discurso económico en formación podría tener la formulación de la Economía Animal fisiocrática, a un nivel de elemento residual en las configuraciones teóricas de la nueva economía industrial. El mecanicismo propio de la manufactura y la industria permeó todo el pensamiento económico y transformó en inaccesibles al análisis los procesos biológicos salvo que fueran reducidos a lo mecánico.

La historia natural por su lado al pensar la tupida y manifiesta red de relaciones entre los seres vivos, impregnó su discurso con modelos económicos que posibilitaron el análisis y descripción en detalle del eslabonamiento de los seres vivos abandonado por la economía política cuando apenas había sido enunciado. Paralelamente entonces a los avances de ésta, la historia na-

tural y luego la biología denuncian una racionalidad económica vigente en los procesos vivientes que pueden, como en efecto sucede, producir mercancías.

La economía política por su parte dedicó todos sus esfuerzos a la elaboración teórica de las relaciones socioeconómicas y tecnicoeconómicas de la producción industrial que se erigió como el hijo mayor del capitalismo triunfante y luego del fenómeno de la distribución del ingreso, acentuando cada vez más el carácter residual de la producción con seres vivos hasta el punto de que recientemente en la entrada "economía natural" del Diccionario Enciclopédico "Economía Planeta", los autores escriben paladinamente que el avance de la "revolución verde" condujo a una progresiva eliminación de los procesos renovables puesto que "la agricultura no puede ya reponer, en términos físicos, los medios productivos en ella utilizados, lo que supone el fin de la economía natural" (47). Se está así, al final del siglo XX, anclado en el concepto fisiocrático del siglo XVIII, e ignorando **ipso facto**, que a la Historia Natural le sucedió la Biología, la que reconoció el carácter histórico de los procesos vivos y la condición de abierto de los sistemas biológicos, fenómenos éstos de la mayor importancia que se vuelven inaccesibles al análisis desde el mecanicismo.

Las dos características centrales, ya mencionadas de la producción con seres vivos son su circularidad y su espontaneidad, pero además es fundamental reconocer el carácter abierto para la energía que tienen todos los sistemas biológicos. En este orden de ideas "el uso de materias primas, formas de energía y técnicas productivas todas ellas ajenas al mundo agrario" no supone de ninguna manera el fin de la economía natural como lo proclaman los redactores del artículo correspondiente de "Economía Planeta" (48).

El elemento tecnológico en producción con seres vivos, a diferencia de la producción con seres inertes, cumple un papel completamente diferente, derivado precisamente de la muy distinta racionalidad de ambos procesos. Los seres vivos tienen una dinámica espontánea y permanente, que garantiza la necesaria renovación estructural y energética, y la constancia funcional, que exige tanto la permanencia del individuo como evolución de la población en su constante actividad bioecológica.

Siendo así el hombre al desarrollar y poner en acción la tecnología para la producción agraria, sólo establece controles a una actividad espontánea, que en ningún caso es sustituible y de todas maneras sigue operando. Estos controles buscan interferir, en provecho del hombre, "la sutil red

de relaciones entre organismos", generando así elementos de subsistencia y/o mercancías según el sistema social de producción vigente. El nivel de interferencia puede, por supuesto, alterar irremediabilmente los ciclos naturales causando un daño ecológico irreparable; pero salvo que esto se dé, lo que realmente hace el hombre al desarrollar y poner en acción la tecnología es poner a su servicio en forma consciente la actividad normal, espontánea y permanente de la naturaleza viva. Esta capacidad es la que hace la diferencia entre el hombre salvaje y el que superando este estado llega al neolítico e inicia la lucha con la que busca hacerse dueño de su propio destino y consciente de los riesgos de la interferencia de las leyes bioecológicas.

Si esta descripción arroja suficiente claridad sobre tales procesos productivos, podremos entender en primer lugar por qué en la esfera industrial de los procesos mecánicos de producción con objetos inertes el trabajo del hombre transforma simplemente unos objetos en otros, de tal manera que al final de un proceso lineal obtiene la misma materia transformada en un producto, que ha necesitado para su realización, de la fuerza de trabajo como elemento externo indispensable. En el caso de la esfera de la producción agraria con seres vivos, el trabajo del hombre simplemente establece controles sobre procesos espontáneos por lo biológicos, que necesariamente se dan sin necesidad de la intervención del hombre; de esta manera en el final de los segmentos del proceso en el que se recolectan los productos hay incorporado tanto el trabajo del hombre como "la fuerza vital"; así el producto como mercancía tendrá tanto plus-trabajo como plus-producto.

En segundo lugar la tecnología en el caso de los objetos inertes tiene como papel el de hacer más eficiente cuantitativa y cualitativamente el proceso de transformación. De esa manera cada nueva tecnología muestra su superioridad si sobrepasa a la anterior en su eficacia cualitativa y/o cuantitativa. Para el caso de los procesos con seres vivos, estas tecnologías por ser sólo controles a procesos espontáneos y permanentes, son viables sólo en condiciones específicas de uso, de tal manera que no necesariamente una nueva sustituye a las anteriores, sino que aumenta el arsenal disponible, ya que su eficiencia en términos cuantitativos o cualitativos está a la sombra de los límites impuestos por lo bioecológico en cuanto los seres vivos no son manipulables a voluntad, ni se puede prescindir del entorno como elemento determinado o determinante de las características biológicas de la población de seres vivos explotada.

NOTAS

1. W. Dilthey. *Historia de la filosofía*. Trad. por E. Imaz. Fondo de Cultura Económica. México. 1956. p. 141.
2. Idem, p. 141.
3. G. Fourquin. ¿Una coyuntura dramática? En *Pierre Leon. Historia Económica y Social del Mundo*. T. I. Trad. por M. L. González. Ediciones Encuentro. Alcalá, Madrid. 1978. p. 366.
4. M. Bloch. *Introducción a la Historia*. Trad. por P. González y M. Aub. Fondo de Cultura Económica. México. 1952. p. 134.
5. M. Foucault. *Las Palabras y las Cosas*. Trad. por E. C. Frost. Siglo XXI editores. México. 1976. p. 165.
6. G. Gilibert. *Quesnay*. Editorial Pirámide. Madrid. 1980. p. 84.
7. C. Marx. *Teorías Sobre la Plusvalía I*. (Tomo IV de *El Capital*). Trad. por W. Roces. Fondo de Cultura Económica. México. 1980. p. 163-164.
8. Idem, p. 165.
9. Idem, p. 163.
10. A. Smith. *Investigación Sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones*. Trad. por G. Franco. Fondo de Cultura Económica. México. 1958. p. 328.
11. F. Quesnay. *Oeuvres Economiques et Philosophiques*. Publiées par Auguste Oncken. Francfort. Joseph Baer & Cie. Libraires, Editeur. París. Jules Peelman & Cie. 189. Boulevard St. Germain, 189. 1888, p. 331.
12. F. Quesnay. *Lettre de M. Alpha, Maître Des-Arts, a l'Auteur des Ephemerides sur le langage de la Science Economique*. En *Ouvres...* p. 669.
13. J. B. Say. *Tratado de Economía Política*. Trad. por el editor. París. En casa de Lecointe, librero. 1836. Libro I, p. 133. (5ª ed.).
14. Idem, p. 50.
15. Opus cit., p. 328.
16. J. M. Keynes. *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*. Trad. por E. Hornedo. Fondo de Cultura Económica. México, 1986, p. 292.
17. M. Bandini. "Economía Agraria". En *Diccionario de Economía Política*. Dir. por C. Napoleoni. Trad. por J. Blasco M., A. Iranzo G., y P. Ortega R. Edit. Alfredo Ortells. Valencia. 1982, p. 605.
18. Idem, p. 605.
19. D. Dillard. *La Redefinición de los Principios de la Economía*. Trad. por A. Supelano. Coy. Agropec., 8(1): 121-129. 1991.
20. L. Walras. *Elementos de Economía Política Pura* (o teoría de la riqueza social). Trad. por J. Segura. Alianza Editorial. Madrid, 1987, p. 168.
21. Idem, p. 171.
22. P. Chaunu. Conclusión. En Pierre Leon. *Historia Económica y Social del Mundo*. T. I. Trad. por M. L. González. Ediciones Encuentro. Alcalá. Madrid. 1978. p. 592.
23. A. Oncken. *Oeuvres Economiques et Philosophiques*. F. Quesnay. *Foundateur de Systeme Physiocratique*. Publiées par A. Oncken. Francfort. J. Baer & Cie. Libraires, Editeur. París. J. Peelman & Cie. 189. Boulevard St. Germain, 189. 1888. Nota. p. 740.
24. Idem, nota p. 740
25. G. Franco. Estudio preliminar. (La vida de Adam Smith). En *Investigación Sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones*. A. Smith. Trad. por G. Franco. Fondo de Cultura Económica. México. 1958. p. XV.
26. F. Quesnay. *Essai Physique sur L'Economie Animale*. (1748). En *Oeuvres economiques et Philosophiques* de A. Oncken. París, 1888. La liberté. p. 759.
27. C. Marx. *El Capital*. Trad. por W. Roces. Fondo de Cultura Económica. México. 1946. T. II., p. 469.
28. Opus cit, T. I. p. 285.
29. Idem, p. 287.
30. T. I., p. 10.
31. C. Marx. *Teorías sobre la Plusvalía*, T. I., p. 59.
32. *El Capital*, T. III, p. 725..
33. H. Pirenne. *Historia Económica y Social de la Edad Media*. Trad. por S. Echavarría. Fondo de Cultura Económica. México, 1939, p. 80.
34. *El Capital*, T. III, p. 729.
35. G. Canguilhem. "Vida". Trad. por L. A. Palau. *Revista Sociología* 13. 1991. p. 5.
36. C. Limoges. *La selección natural*. Trad. por L. A. Palau. Fotocopia. Medellín. p. 105.
37. G. Cuvier. *Lettres de G. Cuvier a C. M. Pfaff, 1788-1792*. Cit. por Limoges, p. 106.
38. Opus cit., p. 102.
39. C. Darwin. *El Origen de las Especies* (por medio de la selección natural). Trad. por S. A. Ferrari (hijo). Editorial Diana. México, 1953, p. 84.
40. A. Humboldt. *Cuadros de la Naturaleza*. Trad. por J. Núñez. Editorial Iberia, Barcelona, 1961, p. 287.
41. *Opus cit.*, p. 103.
42. E. M. Radl. *Historia de las Teorías Biológicas*. 2. *Desde Lamarck y Cuvier*. Trad. por F. García del Cid y de Arias. Alianza editorial. Madrid. 1988. p. 113. (Nota de pie de pág.).
43. C. Darwin. *Extract from an Unpublished Work on Species*. *Linnean Society J.* 3 (part. 9): 46-50. 1858.
44. C. Darwin. *Abstract of a Letter to Prof. Asa Gray*. Boston, U.S. dated Down, September 5th, 1857. *Linnean Soc. J.* 3 (part. 9): 50-53. 1858.
45. *Opus cit.*, p. 75.
46. A. R. Wallace. *On the Tendency of Varieties to Depart Indefinitely from the Original Type*. *Linnean Soc. J.* 3 (part. 9): 53-62. 1858.
47. Economía Planeta. *Diccionario Enciclopédico*. Entrada "Economía Natural". Dir. edit. J. M. Lara. Dir. R. Martínez. Editorial Planeta. Barcelona, 1980, p. 80.
48. Idem, p. 80.

pamela murray

HISTORIA NO OFICIAL DE LA ESCUELA NACIONAL DE MINAS DE MEDELLIN, 1887 - 1970

Este artículo comprende una síntesis del trabajo de tesis presentado por Pamela Murray en Tulane University, "Forging a Technocratic Elite in Colombia: A History of the Escuela Nacional de Minas of Medellín, 1887-1970" (Ph. D. dissertation 1990).

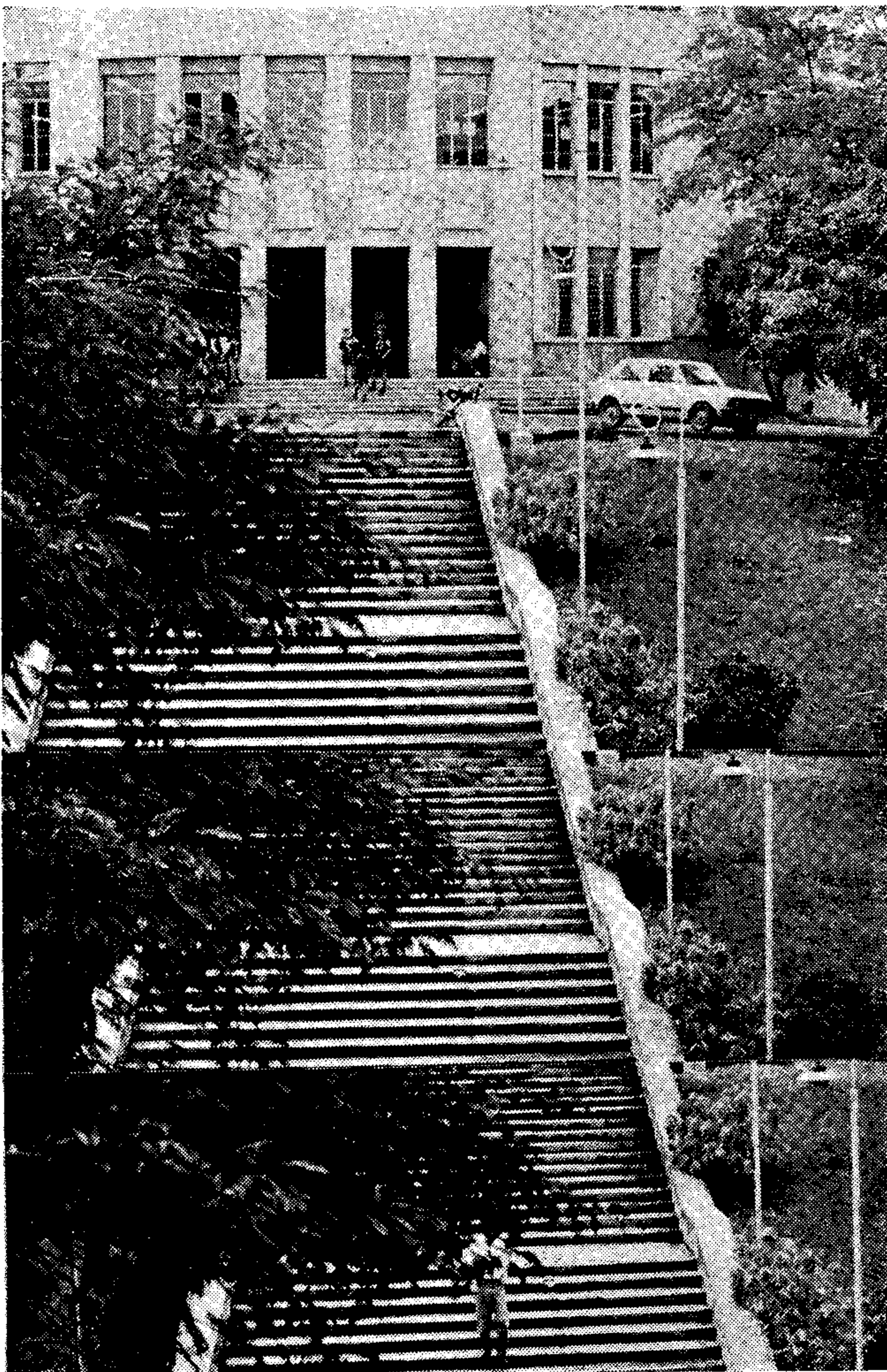
Como es sabido por muchos, la Escuela (hoy Facultad) Nacional de Minas tuvo un papel importante en el desarrollo industrial antioqueño y colombiano durante la primera mitad de este siglo. Además, según el sociólogo Alberto Mayor Mora, formó una parte significativa de los cuadros dirigentes de la industria nacional a mediados de este siglo ⁽¹⁾. Pero la Escuela fue más que una fábrica de empresarios industriales o políticos notables de tendencias tecnocráticas. Fue también fiel reflejo de fuerzas económicas, sociales, políticas e ideológicas que han ido transformando todo el sistema universitario en Colombia. En breve, es un caso que demuestra a través de su propia experiencia los vínculos entre la historia de la universidad y la de la sociedad colombiana que la rodea.

**"TRABAJO Y RECTITUD":
EL LEGADO DE DON TULIO (1887-1921)**

Aunque fundada en 1887 con la bendición del gobierno nacional, la Escuela Nacional de Minas nació de un proyecto regional, es decir, de las aspiraciones de poder y prestigio de miembros de la burguesía antioqueña radicada en Medellín. Estos fueron Pedro Nel y Tulio Ospina Vásquez, fundadores del Instituto. Gracias a la influencia de los hermanos Ospina, la Escuela vendría a ser la transmisora de los valores sociales y éticos del sector más pudiente de la clase alta medellinense.

Entre 1887 y 1911, la Escuela de Minas vivió un proceso muy lento de desarrollo institucional cuando se abrió por primera vez el 11 de abril de 1887 con 26 estudiantes; tuvo que suspender las clases frecuentemente en los años siguientes por falta de organización, de presupuesto y, a veces, hasta de profesores y de alumnos.

Los conflictos políticos que culminaron en la más sangrienta guerra civil que habían vivido los



colombianos hasta esa época, la Guerra de los Mil Días (1899-1902), también intervinieron para impedir la marcha de actividades académicas normales. La Escuela cerró por orden ejecutiva en 1895, no volviendo a abrir sino en 1904. En 1906, fue anexada a la Universidad de Antioquia haciendo parte de una reforma que intentaba promover la educación técnica superior en todo el departamento de Antioquia ⁽²⁾. Recuperó su vida autónoma en 1911 cuando se separó de la Universidad de Antioquia, bajo la tutela de su rector, Tulio Ospina. Fue entonces cuando se consolidó el programa que caracterizaría al instituto y que lo destacaría como uno de los centros de educación superior de más prestigio en el país.

Factor decisivo en esta consolidación fue Tulio Ospina. Hijo mayor del expresidente Mariano Ospina Rodríguez y su tercera esposa, Enriqueta Vásquez Jaramillo, Ospina representaba una de las familias más ilustres e influyentes de la burguesía antioqueña del siglo diecinueve. Nacido en 1857 en Medellín, tuvo una formación cosmopolita gracias a los viajes a los Estados Unidos y Europa que en ese entonces fueron un privilegio exclusivo de la clase alta colombiana. Junto con Pedro Nel, estudió ingeniería de minas en el College of Mining de la Universidad de California, en Berkeley, cuyo currículum y métodos de enseñanza influirían en la futura Escuela. A su regreso a Colombia, se dedicó a los negocios (fundó con Pedro Nel la casa comercial, Ospina Hermanos) y a la política (en la que apoyó a los conservadores "Históricos"). Pero a diferencia de su hermano menor, quien llegaría hasta la presidencia de la república en 1922, Ospina no encontró su vocación en la política sino en la vida de sabio y maestro universitario.

En esta capacidad y a través de su docencia en la Escuela, se convirtió en uno de los más respetados portavoces de la cultura de la clase alta antioqueña de la época.

Esa cultura incluía una gran admiración por la educación técnica y científica. Desde principios del siglo diecinueve, los ricos mineros y comerciantes de la región reconocían el valor de los conocimientos científicos en cuanto éstos tenían aplicación práctica en las empresas mineras. Recibían a manos abiertas a los técnicos extranjeros como el ingeniero de minas inglés, Tyrell Moore, o el mecánico alemán, Enrique Hausler, quienes les traían tales conocimientos y contribuían al desarrollo de la importante industria minera, "motor" de la economía antioqueña. También fomentaban sus propios centros de enseñanza técnica con la ayuda de los mismos extranjeros; éste fue el caso, por ejemplo, de la Escuela

de Artes y Oficios fundada en 1864 bajo la dirección inicial de Hausler ⁽³⁾.

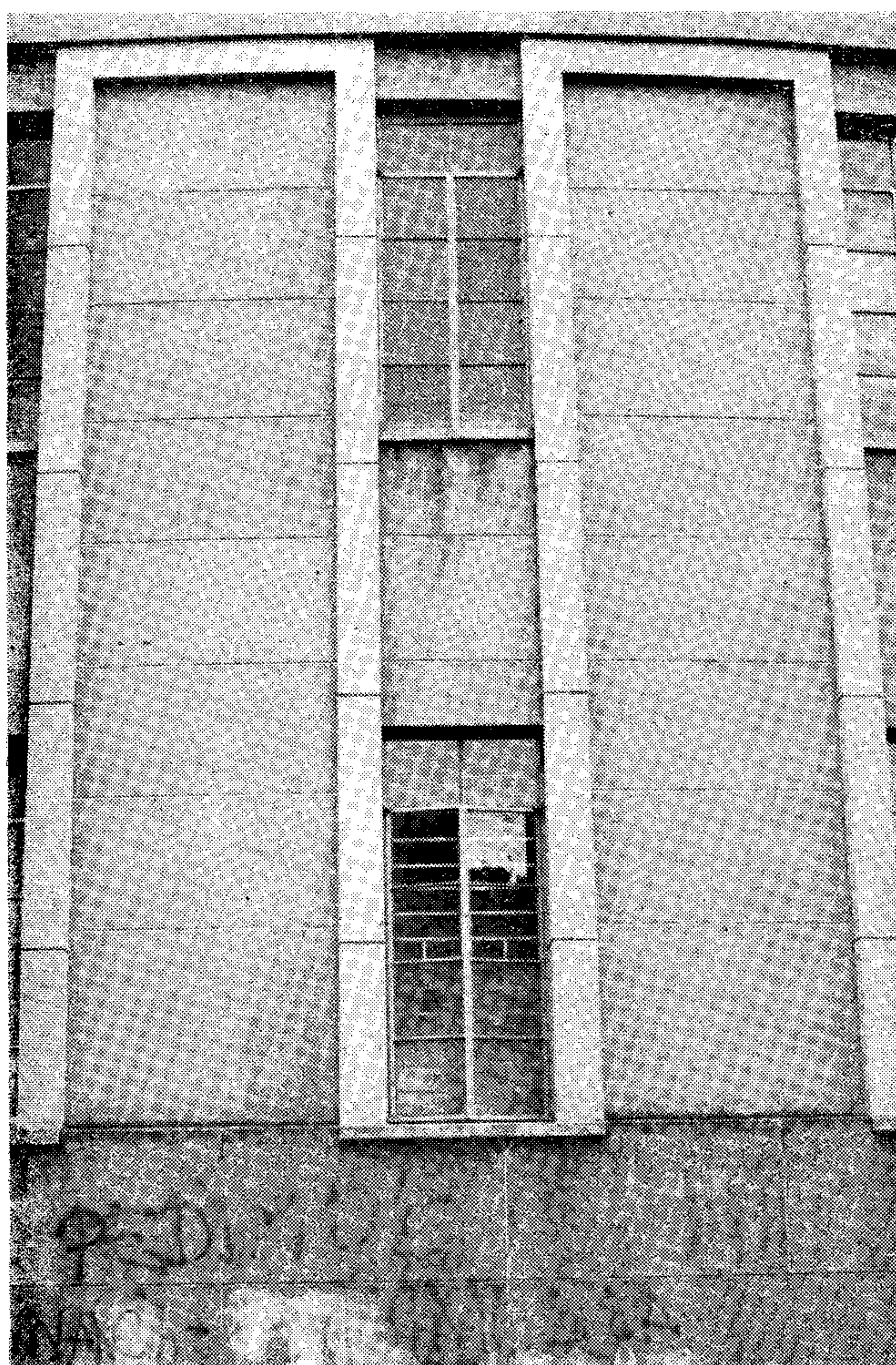
Aunque no fuera antioqueño por nacimiento sino más bien por adopción, Mariano Ospina Rodríguez era uno de los más grandes promotores de la educación científica y práctica. Además de dictar cursos de matemáticas y física en la Universidad de Antioquia, había promovido la enseñanza científica en todo el país durante el gobierno del presidente Pedro Alcántara Herrán (1841-1845) ⁽⁴⁾.

No es sorprendente, pues, que fueran sus hijos los fundadores de una Escuela de Minas que había sido sueño suyo.

En 1911, empezó Tulio Ospina a dirigir el destino de la Escuela, adoptando como lema oficial, desde ese año, "Trabajo y Rectitud". En este lema se resumía la visión de Ospina y sus colaboradores acerca del rol que debía tener el ingeniero en el desarrollo del país. Esta visión se basaba en la imagen del ingeniero como sembrador del "Progreso", una imagen que había sido cultivada tanto por el gremio de ingenieros, relativamente nuevo en ese entonces, como por la ideología positivista y spenceriana que valoraba mucho al técnico y al empresario, ambos creadores de riqueza. Se manifestaba en las conferencias que presentaba Ospina cada año a los estudiantes y en las cuales destacaba las cualidades que debía tener el ingeniero de la Escuela para cumplir su papel especial.

Según esta visión, el ingeniero tenía que ser no sólo muy trabajador sino suficientemente fuerte para enfrentar los peligros de su oficio. Estos incluían los peligros que tenían que enfrentar los ingenieros de minas que se aventuraban a trabajar en las selvas de las regiones mineras del país: el paludismo y la fiebre amarilla, para no mencionar otras enfermedades tropicales ⁽⁵⁾.

Empezando con el rectorado de Ospina (1911-1921), la Escuela intentaba formar "ingenieros viriles", capaces de triunfar sobre obstáculos que podía traer su trabajo en tales condiciones. Las "excursiones científicas" —verdaderas aventuras hechas a pie y a lomo de mula—, contribuían a esto mientras que permitían al joven conocer las distintas regiones y riquezas de su país. Las excursiones comprendían tanto visitas a minas de oro en el Chocó, a la Costa Atlántica, a la Sabana de Bogotá y a los campos petrolíferos de Barrancabermeja, como a las nuevas fábricas que en ese entonces estaban surgiendo en Medellín. Pero sobre todo, eran las altas normas de conducta, las de Trabajo y Rectitud, las que inspiraban a los



alumnos a adoptar las cualidades necesarias para el triunfo profesional.

Entre estas normas, la rectitud era esencial. En otras palabras, el ingeniero de la Escuela tenía que ser fuerte no solamente en el sentido físico (resistencia y coraje frente a la naturaleza salvaje) sino en el sentido moral. El tenía que ser honesto y absolutamente confiable, sin tacha de corrupción⁽⁶⁾. En este aspecto se parecía la Escuela a los "public schools" ingleses que trataban de inculcar ciertas virtudes de carácter, como la honestidad que preparaba a los jóvenes a asumir sus responsabilidades en altas posiciones del estado y de los negocios. No hay duda de que la Escuela gozaba de una excelente reputación en cuanto a la conducta honesta de sus egresados⁽⁷⁾.

El ingeniero de la Escuela también tenía que ser una persona culta. La caballerosidad y las buenas maneras en general se enseñaban a través del ejemplo que debían dar los profesores mismos y de las pláticas sobre urbanidad que daba Tulio Ospina a los alumnos desde el tiempo en que era rector de la Universidad de Antioquia (1904-1911).

Se cultivaban en las reuniones que hacían los profesores, alumnos y directivos para la clausura del año escolar. En estas reuniones reinaba un ambiente de sociabilidad refinada en el cual los alumnos se veían obligados a comportarse bien y a adaptarse a los modales (el "buen tono") de la élite de Medellín⁽⁸⁾. De este modo, la Escuela logró formar ingenieros que además de alcanzar el éxito profesional, pudieron integrarse a esta élite, o sea, ser parte de una clase dirigente. Aseguró que los miembros de esta clase estuvieran capacitados para liderar el desarrollo técnico y material de la nación.

LOS INGENIEROS: VINCULOS CON LA INDUSTRIA Y EL ESTADO (1920-1940)

Muestra Mayor Mora en su excelente trabajo, ETICA, TRABAJO Y PRODUCTIVIDAD EN ANTIOQUIA, cómo los ingenieros de la Escuela de Minas se integraron al mundo de la industria antioqueña formando parte de la burguesía industrial colombiana de este siglo. Muchos de estos ingenieros fueron los fundadores o administradores de las grandes empresas fabriles en el país, incluyendo la Cervecería Bavaria, la Compañía Colombiana de Tabaco, Cementos Argos y las textileras Fabricato y Coltejer. Muchos también se integraron a la administración pública.

Según los datos del mismo Mayor, más del 70% de los egresados (o sea de 250 personas que salieron de la Escuela entre 1911 y 1960) encontraron su primer empleo en este sector⁽⁹⁾. Antes de 1930, fue el Ferrocarril de Antioquia la fuente más importante, ya que fue hasta ese tiempo la empresa industrial más grande de la región. Aunque los puestos directivos como la Superintendencia dependían de los vaivenes de la política, los puestos técnicos aumentaban con la creciente expansión de las líneas y de la construcción de otras nuevas; sobre todo durante los años veinte, este aumento creaba bastantes oportunidades para los ingenieros que no teniendo patrimonio, buscaban colocarse con una u otra empresa. El Municipio y las Empresas Públicas también ofrecían empleo para el recién egresado de la Escuela y, aún, se beneficiaban del trabajo de los que se dedicaban a resolver los problemas del crecimiento urbano⁽¹⁰⁾. Finalmente, la expansión paulatina del Estado nacional amplió el campo para los ingenieros con la creación de nuevas entidades gubernamentales como el Banco de la República y, bajo los gobiernos liberales, el Ministerio de Minas y Petróleos (creado en 1940), el Ministerio de Trabajo, Higiene y Previsión Social (1938), el Instituto de Fomento Industrial (1940) y otras. En los años cincuenta, la creación de empresas oficiales como Ecopetrol (1951) y la Empresa Siderúrgica de Paz de Río (1955) permitió que los ingenieros colombianos en general empezaran a adquirir conocimientos y experiencia que los hiciera más apetecidos por la empresa privada, incluyendo la extranjera.

Esta integración a empresas privadas y públicas fue percibida por un profesor de la Escuela, Próspero Ruiz, quien en un artículo publicado en 1948, se lamentó de que más del 50% de los ingenieros colombianos había sido "burocratizado" y que sólo la sexta parte de los ingenieros radicados en Medellín o sea, 50 de los 300 en total vivían de negocios propios en vez de un salario⁽¹¹⁾. No hace falta decir que tal burocratización era el síntoma de que los ingenieros ya hacían parte de una creciente clase media urbana conformada por profesionales asalariados.

Vale mencionar el vínculo especial que en estos años se creó entre los egresados de la Escuela y la Empresa Colombiana de Petróleos o Ecopetrol. Antes de la creación oficial de esta empresa, algunos profesores de la Escuela ya se habían consagrado a la idea de que en Colombia era necesario formar personal técnico capaz de desplegarse en el área de los petróleos, recurso natural vital para cualquier país que aspiraba a industrializarse.

En los últimos años de la década de los treinta, empezaron a organizar un programa basado en sus propios estudios en Colombia y en el exterior. Sus planes se realizaron en 1941 cuando fue fundado el Departamento de Geología y Petróleos⁽¹²⁾. El nuevo departamento dio sus primeros frutos en 1946, cuando se graduaron los primeros seis ingenieros geólogos y de petróleos en el país. Aunque la mitad de éstos entraron a trabajar con empresas petrolíferas extranjeras como la Esso, las siguientes generaciones formarían parte de un nuevo cuerpo de ingenieros nacionales cuyos conocimientos técnicos contribuirían al desarrollo de los recursos minerales de todo tipo.

Los egresados de la Escuela también entraron (y han seguido entrando) en la política, o sea, en el juego partidista del cual depende el acceso a todo puesto público. Esta entrada empezó a ser notable durante los años treinta, cuando el ascenso de los liberales coincidió con la presencia de algunos egresados en cargos altos del gobierno nacional. Mariano Roldán, Ministro de Economía en 1941; Marco Aurelio Arango, Ministro de Agricultura y Comercio, de Obras Públicas, y de Economía bajo la administración de Eduardo Santos; y Francisco Rodríguez Moya, Ministro de Agricultura y Comercio en 1935-36 y de Obras bajo Santos, fueron los que se destacaron.

La carrera política de Alejandro López, uno de los más brillantes egresados de la Escuela y quien fuera cónsul en Londres y jefe de la Federación Nacional de Cafeteros durante la administración de López Pumarejo, debió mucho al hecho de que López pertenecía a la élite intelectual del partido liberal que incluía al presidente⁽¹³⁾. Los ingenieros siguieron haciéndose presentes cuando subieron al poder los conservadores: Juan Guillermo Restrepo, Ministro de Industria y Fomento en 1949-50 y José María Bernal, Ministro de Hacienda en 1947 y Ministro de Guerra en 1950-53 eran dos destacados ejemplos del vínculo entre egresados de la Escuela y el partido conservador. Es importante notar que los que ocuparon los más altos cargos políticos como los ejecutivos de la industria pertenecían por lo general a la clase dirigente del país, o sea a las mismas familias que habían mandado en la política y en la vida económica desde el siglo pasado y que ahora buscaban modernizarse con lenguaje e imágenes tecnocráticas⁽¹⁴⁾. En otras palabras, mientras la Escuela brindaba a todos sus estudiantes oportunidades para el éxito, lo hacía dentro de un contexto social en que algunos ya tenían más posibilidades que otros.

TRANSFORMACION DEL ESTUDIANTADO (1940-60)

Por lo menos durante su primer medio siglo de vida, la Escuela Nacional de Minas era netamente un instituto de élite que reclutaba sus estudiantes de las clases altas y media-altas de Medellín y pueblos aledaños.

Pero el carácter selecto de su estudiantado fue resultado no tanto de una política elitista por parte de los directivos sino del bajo nivel educativo de los colombianos en general. En las primeras tres décadas del siglo veinte, aproximadamente una tercera parte de la población juvenil (de ocho a catorce años) tenía acceso a la educación primaria y aproximadamente el 5% a la secundaria⁽¹⁵⁾. Estas condiciones implicaban que el que llegaba a hacer estudios en la universidad era un verdadero privilegiado. Así se sentían los jóvenes de la Escuela. Durante los años cuarenta, el privilegio de poder ingresar en la Escuela empezó a extenderse entre personas de clase media para quienes el título de ingeniero significaba un gran paso hacia el ascenso económico y social. Este proceso se hacía sentir en el creciente número de aspirantes que solicitaban el ingreso a pesar de no haber ganado el examen de admisión. Se reflejaba también en el informe del decano para el año 1946, en el que un 71% de los estudiantes fueron catalogados como "pobres" por el hecho de tener que trabajar para sostenerse a sí mismos y a sus familias⁽¹⁶⁾. El creciente ingreso de este tipo de estudiantes se dio también en otras partes de la Universidad Nacional de Colombia (a la cual la Escuela fue integrada en 1939) haciendo que en los años 60 la mayoría del estudiantado universitario proviniera de las clases medias del país⁽¹⁷⁾. Otro fenómeno importante de la época fue el ingreso de la mujer. Esto empezó con la llegada de Sony Jiménez Arbeláez, la primera ingeniera en el país. La ingeniera Jiménez se graduó en 1946, le siguió en 1948 su hermana Lillian Jiménez, y en 1951 Gilma Castrillón. Pero éstos fueron casos especiales en una sociedad que valoraba a la mujer más por su presencia en el hogar que por sus capacidades en el mundo de los hombres. No hubo más mujeres hasta mediados de los años sesenta; entre 1963 y 1967 ingresaron doce y en 1968, diez. Estas representaban una generación pionera que marcó la verdadera entrada femenina a la Escuela.

Siendo una minoría (las diez admitidas en 1968 conformaban 1/25 del total de admitidos ese año), también reflejaban la situación de la mujer universitaria en general; en 1970 las mujeres con-

formaban apenas el 22% de la población estudiantil universitaria ⁽¹⁸⁾. Desde ese entonces la presencia femenina en las universidades ha aumentado sustancialmente en función de las nuevas oportunidades de trabajo así como de una nueva concepción más amplia del papel social de la mujer. Las ingenieras de Minas han estado en la vanguardia de estos cambios. A su vez, estos últimos han sido síntomas de una transformación de la sociedad colombiana, que desde los 60 se han manifestado tanto en el gran crecimiento de la población estudiantil como en el cambio estructural de la universidad misma. El caso de la Escuela puede arrojar algunas luces sobre la relación sociedad-universidad que está en el centro de estos procesos.

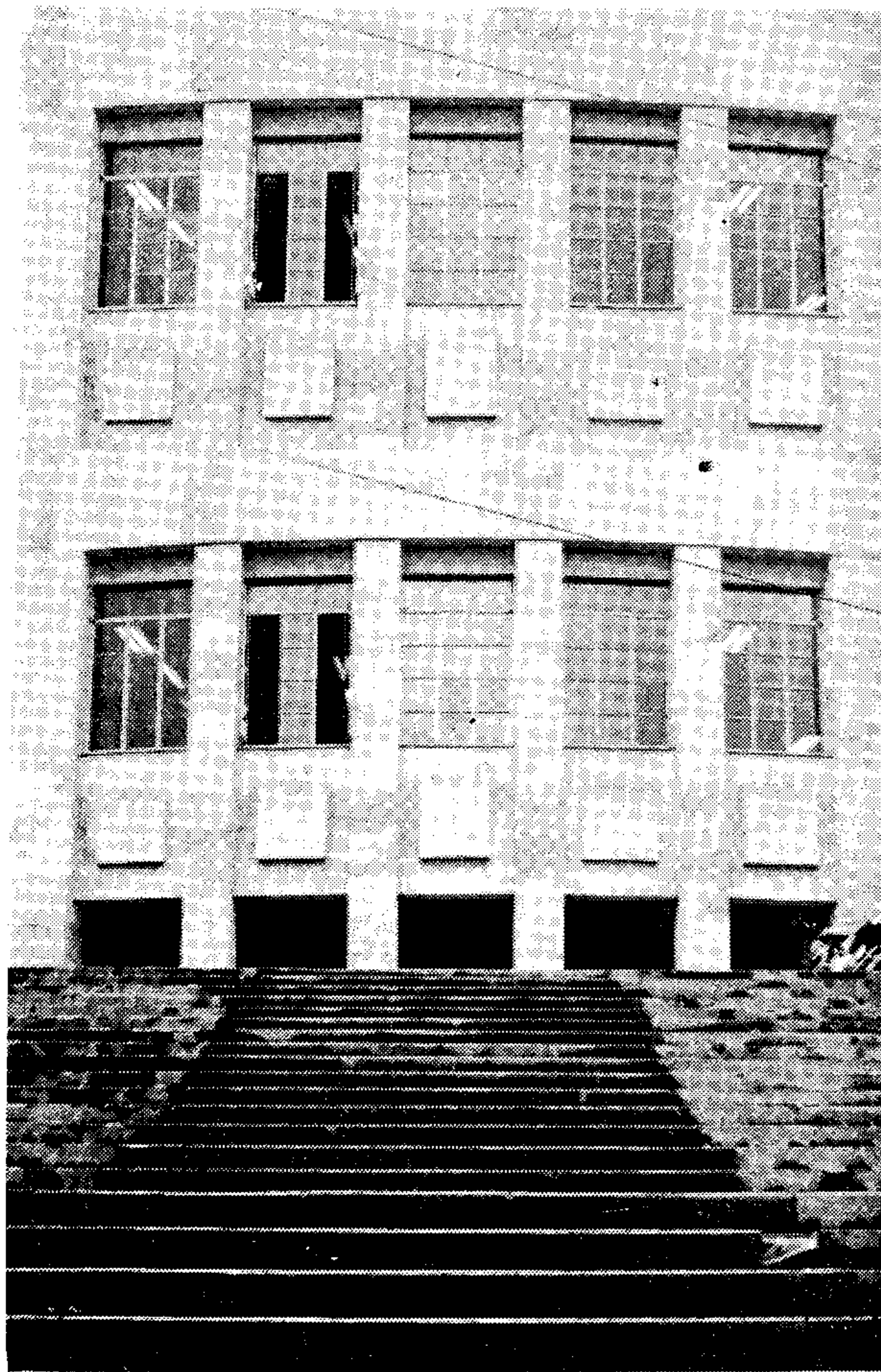
EVOLUCION DEL PROGRAMA HASTA 1970

En Colombia, la transformación de una sociedad rural y patriarcal en una sociedad urbana, industrial y de masas se hizo sentir definitivamente a partir de los años 60. Esta transformación exigió cambios en la estructura y contenido del programa. Mas, los cambios que se daban en la Escuela, ya Facultad de Minas, reflejaban los que iban a afectar todo el sistema de educación superior en el país y que son el origen del sistema que existe hoy.

Entre 1938 y 1964, Colombia vivió un proceso de urbanización rápida que avanzaba a medida que avanzaba el desarrollo industrial de ciudades como Medellín, Bogotá y Cali. Hubo una gran inmigración interna del campo a la ciudad que dejó huella en las cifras demográficas que han sido rescatadas por los estudiosos. Según uno de éstos, por ejemplo, mientras la población colombiana creció en estos años en 85% y la antioqueña en 90%, la de Medellín creció en 229% ⁽¹⁹⁾. Este gran crecimiento urbano aumentó la demanda por ingenieros civiles capaces de resolver los problemas urbanos tales como el saneamiento, el transporte, la producción de energía eléctrica, la construcción de edificios, etc. La Facultad empezó a responder con la creación de nuevas especialidades dentro del programa tradicional.

En 1948, la carrera de ingeniería civil fue separada de la ingeniería de minas con la idea de desarrollar nuevas especialidades dentro de la primera: la de planeación municipal y electricidad e hidráulica. La creciente necesidad de formar profesionales con conocimientos de hidráulica para impulsar la industria hidroeléctrica se manifestó en la contratación de un profesor alemán, Alejandro Borges, quien construyó el primer laboratorio de hidráulica en los años 50. A pesar de este esfuerzo, las empresas siguieron su costumbre de enviar ciertas personas a estudiar en el exterior, como fue el caso del joven José Tejada





Sáenz, egresado de la Facultad que estudió en el Carnegie Institute of Technology y recibió un título de Máster en hidráulica de la University of Wisconsin con la beca que recibió de la Empresa de Energía de Medellín⁽²⁰⁾. En 1959, se creó otra especialidad, la carrera de ingeniería administrativa. Esta fue fruto de la colaboración entre miembros de la ANDI (Asociación Nacional de Industriales) de Medellín y los directivos de la Facultad, quienes consiguieron un asesor norteamericano, Kenneth Matheson, el decano de la College of Business Administration de la Drexell University (entonces Drexell Institute of Technology) de Philadelphia. Un experto en el área de administración de empresas, Matheson también tuvo un papel importante en la creación del programa de EAFIT (Escuela de Administración, Finanzas y Tecnología) que fue el que más adoptó del modelo de Drexell (por ejemplo, el año de práctica que permite a los estudiantes acumular experiencia en una empresa)⁽²¹⁾.

El proceso de especialización del programa recibió su mayor impulso en las siguientes décadas y sobre todo en los años 60 bajo la decanatura de Peter Santamaría Alvarez. Con afán de modernizar y regenerar la Facultad, un poco decaída por el abandono en que la tenía el gobierno central por muchos años, Santamaría lanzó una serie de reformas académicas y administrativas que quedaban resumidas en su "Plan Preliminar" en 1962. Este plan compartía la visión modernizante de los gobiernos Frente Nacionalistas que con la ayuda de fondos internacionales y el apoyo de la "Alianza para el Progreso" del presidente John F. Kennedy, pretendían abrir una nueva era de desarrollo económico y social en Colombia con base en la planificación tecnocrática. Propuso la meta de formar suficientes ingenieros idóneos en varios campos para cumplir con las necesidades técnicas del país en los próximos ocho años y así sostener el ritmo del desarrollo económico para el futuro. Constató que para lograr esta meta, era necesari-

ria una nueva política de matrícula con el fin de tener más del doble del número de estudiantes para 1970; o sea, de aumentar la población estudiantil de 607 a 1.419. Esta política, como muchas de las reformas que lideró Santamaría en este tiempo, provocó algo de controversia entre los profesores de la Facultad, algunos de los cuales temían que el decano buscara rebajar el nivel académico del instituto para lograr sus fines. En todo caso, la nueva política implicó un programa ambicioso de expansión en cuanto a carreras, laboratorios y edificios. También se introdujeron las humanidades y los computadores en los planes de estudio y, posteriormente, se crearon el departamento de matemáticas y física en la Facultad de Minas, y el departamento de humanidades en la Facultad de Arquitectura, siguiendo el modelo estadinense basado en departamentos académicos, modelo que ya había sido introducido en la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá. Los mencionados dos departamentos serían fundamentales para la creación más tarde de las Facultades de Ciencias y de Ciencias Humanas. En breve, estas reformas permitieron que la Fa-

cultad de Minas desempeñara un papel clave en la integración de todas las facultades de la actual Seccional de la Universidad Nacional de Colombia, en Medellín.

CONCLUSION:

En resumen, la Escuela Nacional de Minas nos brinda una ventana a través de la cual se ven tanto los cambios que ha habido en toda la educación superior colombiana desde el siglo pasado como, también, las ideas, valores, y fuerzas sociales y económicas que dejaron su huella en este instituto. Lo que salta a la vista es esa vieja aspiración de poder tecnocrático que nació con el proyecto de formar dirigentes con capacidad de entender y organizar lo técnico, y de aplicarlo para el beneficio económico y la racionalización social. De origen burgués y positivista, esa aspiración sigue siendo vigente no solamente entre los ingenieros de la Escuela sino entre los colombianos en general.

NOTAS

1. Alberto Mayor Mora, *Ética, Trabajo y Productividad en Antioquia*. Bogotá: Tercer Mundo, 1984.
2. Tulio Ospina y Eusebio Robledo, *Reforma Universitaria*. Medellín, 1905.
3. Roger Brew, *El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920*. Bogotá: Banco de la República, 1977, 69 - 74.
4. Frank Safford, *The Ideal of the Practical: Colombia's Struggle to form a Technical Elite*. Austin: University of Texas Press, 1976, 114 - 117.
5. "Conferencia del rector de la Escuela Nacional de Minas, Tulio Ospina, en la clausura del año escolar, 1914 - 15". Anales de la Escuela Nacional de Minas de Medellín, 1915, 671-76. Entrevista con los ingenieros civiles y de minas Gabriel Trujillo y Hernán Garcés en Medellín, 1987.
6. Tulio Ospina, "Conferencia dictada por Tulio Ospina...", Anales de la Escuela Nacional de Minas 1915, 672-73.
7. Entrevista con Jorge Restrepo Uribe, Medellín 1987.
8. Anales de la Escuela Nacional de Minas, Marzo 1913. "Clausura del año escolar, 1912".
9. Alberto Mayor Mora, 145.
10. Pamela Murray. "Forging a Technocratic Elite in Colombia: A History of the Escuela Nacional de Minas of Medellín, 1887 - 1970". Pd. D. dissertation, Tulane University 1990, 136.
11. Próspero Ruiz, "Orientación profesional", *Dyna*, Mayo 1948, 12 - 15.
12. Entrevistas con Alejandro Delgado, fundador del departamento con Hernán Garcés y Gerardo Botero. Medellín, 1987.
13. Murray, "Forging a Technocratic Elite...", 140-41.
14. El mayor ejemplo de este fenómeno sería el caso de Mariano Ospina Pérez quien llegó a la presidencia de la república en 1946.
15. Alline Helg, *Civiliser le peuple et former les elites: l'éducation en Colombie 1918 - 1957*. París: L'Harmattan, 1984.
16. Murray, 125.
17. Hernán Rama, *El sistema universitario en Colombia*. Bogotá, 1970, 81 - 85.
18. Hernán Rama, 56; Entrevista con Salomé París, Facultad Nacional de Minas, Medellín, Julio 1991.
19. Anthony James Beninati, "Commerce, Manufacturing, and Population Redistribution in Medellín, Antioquia 1880 - 1990: A Case Study of Colombian Urbanization" (Ph. D. dissertation, SUNY-Stonybrook, 1982), 139.
20. Murray, 148 - 152.
21. Idem, 153 - 156.
22. Idem., 158 - 159; 163 - 185.

mauricio vélez upegui

IMAGINERIAS DE LECTURA

“Comprender significa (entonces) vivir el objeto desde dentro, mirarlo con sus ojos propios, renunciar a la esencialidad de su exotopía con relación a él”.

Bachtin

OBERTURA LEXEOGRAFICA

Según la sentencia aristotélica, el principio de algo (su obertura circunstancial, no su origen filosófico) es lo que no sigue forzosamente a otra cosa y lo que, después de él, es o va a ser ⁽¹⁾. Pues bien, antes de sugerir el destino virtual de esta escritura (lo que ella anhela ser y no lo que con seguridad va a ser), vale suponer que en la idea de comienzo está comprometida una sutil danza temporal: previo a todo inicio, el tiempo, desplegado en duración, tiende a sofocar la conciencia que el sujeto tiene de su historia personal; en cambio, el inicio mismo, momento de cierto intervalo transparente, marca una especie de contracción del tiempo que insta al sujeto a remozar la percepción que tiene de su propio pasado. Así dicho, lo que llega a su conciencia son, en términos figurados, pedazos de antigüedad diluida (trozos de tiempo distendido) que están intervenidos por múltiples lecturas, vivencias varias, audiciones dispares, discusiones atópicas, entrevisiones inconfesas, etc. El sujeto, entonces, urgido por la necesidad (o por el deseo) de someter a criba esa totalidad de estados, hace pasar una semilla temática que pueda ser acogida por la escritura como materia prima de una presentación discursiva. Y decide nombrarla con un neologismo prestado: semilla **lexeográfica** o, lo que es igual, reflexión genérica sobre algunos asuntos relativos a la lectura y la escritura. Y como quiera que, luego de la criba, lo que queda son fragmentos (destellos pro-

posicionales, porciones frásticas, raciones de lenguaje), la escritura no evita calcar ese verbal y destazado advenimiento. En seguida, el calco rechaza la forma disertativa (más ligada a la duración y a la ambición sistemática, pues como el tapiz se teje a base de puntadas sucesivas), y acoge la forma intermitente (más del lado del intervalo y del trabajo irregular, pues como el abismo se mide a base de estallidos discontinuos). Y todo con el ánimo de poder pensar —y escribir— el fragmento como si fuera una suerte de ensoñación simbólica del discurso, o, en todo caso, de poder ensayar en la escritura corta (ensamblada a base de gérmenes de pensamiento) la aparición de las mitades de algunas imaginerías de lectura.

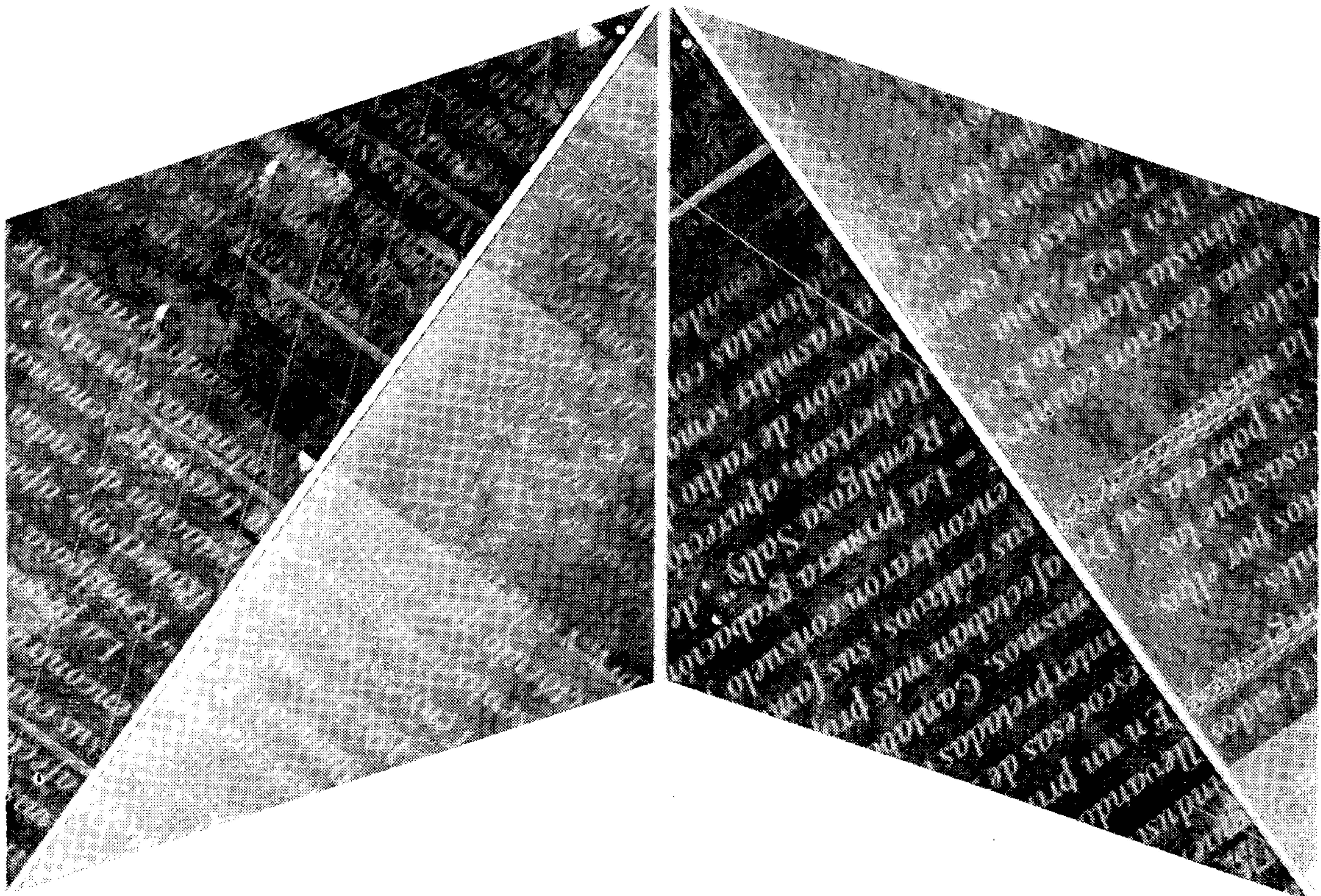
Lo que esta escritura anhela hacer (y desea ser en una palabra), es **frag-mentar**: mentar pedazos de ideas sobre la lectura,

ideas en pedazos que pueden ser leídas o bien de corrido, o bien a saltones (según el gusto o el aburrimiento), pero dejando en claro que finalmente lo que importa no es lo dicho sino, sobre todo, lo **inter-dicto**: la diáspora de la enunciación, la percepción del enunciado poroso, la lectura que es contemplada por entre los filamentos de un sueño vigilante.

ENTRE OBRAS Y TEXTOS

Mundo cerrado, Lenguaje testimonial: he ahí un poco la síntesis del pasado. En efecto, a juicio de muchos, el Pasado fue limitante (y aún hoy es delimitable): aquí la Iglesia, allá la Monarquía (y después la Burguesía). O también, la palabra ejercida como poder (como instrumento de permanencia de la tradición), o la palabra sentida como misión (como vehículo de adoctrina-

miento masivo). Y como reflejo o prolongación de tal estado de cosas, las **obras**, es decir, "opus" que no tienen razón de ser sino cuando se ejecutan. Por la solicitud que muestran con los procesos de individualización y descripción de los ambientes socio-culturales, las obras, que empiezan a ser materializadas en libros, poco a poco llegan a ser objetos de consumo, nuevos objetos de posesión. Y, claro, se las empieza a leer (e incluso leerlas deviene una actividad de clase); pero se leen a condición de que la exactitud del conjunto que ellas nombran y describen no ponga en duda la verdad del detalle (la razón verista del por menor). A tono con esta estética del verismo excedentario, surge la tendencia clasificatoria, el afán por contener los detalles en pequeños cuadros. De ahí, entonces, la actividad vigilante sobre los géneros, esto es, la negativa a admitir la **diseminación** del sentido. En adelante, una ló-



gica bivalente (disyuntiva) regularía la significación: o la obra apunta a **esto** (por ejemplo, lo bajo, la nada, lo malo), o la obra apunta a **aquello** (por ejemplo, lo alto, el ser, lo bueno); o la obra significa **siendo lo que va de suyo** (y ello explica la dominancia que tuvo el análisis literal), o la obra significa algo **hermético** que es preciso develar (y ello explica la prevaencia que tuvo el análisis exegético). En este orden de ideas, si la escritura fue pensada —y practicada— como una reproducción de la realidad, la lectura se ejerció como una confirmación de dicha reproducción. Lo que se buscaba era que el lenguaje reprodujera en el papel lo que no pusiera en entredicho la enunciación (la inseguridad constitutiva de la enunciación): tal vez por eso se exageraba el distanciamiento de la conciencia omnimoda que relacionaba; tal vez por eso el lenguaje suscrito por el autor, por la dicción paterna, era usado como medio para plantear una finalidad: exponer, dar testimonio, enseñar, etc. Pero en esta fase la palabra, salvo algunas excepciones, no fue vivida como problema; se la produjo y consumió a la sombra de algunas instituciones para las cuales el lenguaje era apenas un indicio de ilusoria movilidad social.

Pero en el Presente la situación cambia, y no poco ciertamente. Por un lado el Mundo se abre, se vuelve planetario, prolijo, demasiado sorprendente (y no sólo por la tensión que se deriva de la nueva concepción del espacio —que disminuye notablemente el obstáculo de las distancias—, sino también por las perturbaciones sociales, científicas y artísticas introducidas por la nueva concepción del tiempo —que substituye el paradigma de los “mil y un casos” por el paradigma de la intemporalidad relativa—; y por otro lado, el Lenguaje se desborda, se tor-

na doble: al tiempo que es asumido como instrumento, es postulado como materia de investigación, como objeto que permite lo mismo el acto de contemplar y el acto de contemplarse a sí mismo, en un movimiento complejo que genera dos mutaciones: la conversión del mundo en medio y la conversión del lenguaje en su propia finalidad. Como consecuencia de tales cambios, algunas de las nociones del pasado, entre ellas la de obra, van perdiendo piso conceptual o, a lo menos, muestran el desgaste de su fuerza cultural. En efecto, si el mundo moderno es percibido en sus múltiples fracturas (gracias a un lenguaje heteróclito que cambia constantemente de centros de atención), no se ve cómo una obra hecha al estilo del pasado, es decir, simulando orden, seguridad y familiaridad en su misma linealidad compositiva, pueda acoger de manera transpositiva —y no especulativa— la enorme complejidad del nuevo orden instaurado, la complejidad de un orden cósmico basado en los principios de caos e indeterminación. Al caer las alianzas del pasado se imponen nuevas solidaridades; y se imponen en relación con la noción de **texto**, que ahora viene a ocupar el lugar dejado por la noción de obra. A partir del momento en que se instaura, la noción de texto recubre un vasto campo de significación que de alguna manera trasunta el horizonte conceptual previsto en su propia etimología: en la noción de texto figura la imagen del tejido, la imagen de la tela en cuya urdimbre participan (por anudamiento, superposición, acumulación y liberación) los vibrantes centelleos simbólicos de algunos significantes de la cultura. En esa medida el texto, como práctica significativa, se revela como una especie de “cámara de ecos”: en ella resuenan

algunas voces del pasado, hablas del presente, estilos olvidados pero que han quedado en la memoria como factores de impresión permanente, palabras y frases que se adosan a la estructura psíquica de los sujetos, giros extranjeros que han entrado a formar parte de la memoria cultural, etc. Tales ecos, a veces transfundidos en recuerdos de citas, diálogos, descripciones, narraciones, exposiciones o argumentaciones, reaparecen después y al momento de la lectura, merced a dispositivos de asociación, contigüidad o concomitancia que laten en la mente del lector. A su vez la escritura, como detonante material de la lectura, se postula tributaria de los mismos entrecruzamientos de ecos, citas y recuerdos. Pero con la diferencia de la enunciación: ya no se persigue el efecto de distanciamiento que distingue a muchas obras; ahora el sujeto que enuncia se define menos por valores psicológicos que por valores lingüísticos; y su subjetividad aparece intervenida por las hablas que le preceden y que le son contemporáneas. El sujeto que enuncia deja de ser pues el regulador del sentido textual, el Padre de la significación, y empieza a ser, inversamente, un objeto más referido por las palabras, un elemento textual despojado de toda paternidad. Así, en esa red significativa del tejido textual (en cuyos intersticios imaginarios la palabra actualiza el plural de su propia sustancia significativa) el lector es convocado a debatirse con una lógica inusual: una lógica ambivalente, no disyuntiva, en virtud de la cual el mundo aparece, no como el pretexto del “**esto o aquello**”, sino como el texto del “**esto y aquello**”. En fin, como posible lector de textos, el lector podrá observar, no la artesanía de un producto acabado, dispuesto para ser consumido según una práctica del gasto

burgués, sino el arte sinfónico de una producción discontinua, que lo moverá eventualmente al goce perverso del trabajo intrasitivo.

EL CIRCULO ADVERBIAL

Todo aquel que se apresta para el acto de leer recorre (resiente) invariablemente las instancias de un círculo adverbial. **Afuera** es la primera instancia: en ella, en el vago espacio que a ella corresponde, el lector apenas si se conoce, apenas si puede ser reconocido por los demás. Y es que, en su condición de sujeto furtivo y anónimo, parecería que pasa por ser uno más en medio de los otros, indiferenciado como conciencia en la masa de la colectividad y mezclado por fuerza a la santa afirmación de los acontecimientos; pero eso no significa que en esencia, y no tanto en apariencia, no pueda ser alguien tramado profundamente por el conocimiento y por la acción, incluso a pesar de la soledad esencial e ilusoria a que lo condena la situación social del momento. Antes bien, ese que siempre dispone lo necesario para hacer de la lectura una fiesta de los instintos (un carnaval del saber o del sabor doloroso) es un "yo" activo y solidario, nunca indiferente y solitario: se diría que en él hacen eco las páginas leídas en el pasado, que en él rebullen distintas expresiones ideológicas, sabedor como es de que los textos no hacen otra cosa que dirigir apelaciones de comprensión como respuesta, sabedor de que cualquier discurso —cotidiano, científico o artístico— siempre clama por una actitud de escucha creadora (y jamás por un **rictus** de silencio displicente), y sabedor, en fin, de que su posición de "extranjera" frente a los textos no representa un estado de

exterioridad pusilánime o de desinterés monológico, sino más bien un estado de **intimidad pro-pedéutico** (casi iniciático) necesario para acceder al universo coextensivo e ignoto del texto que se ha de empezar a habitar.

Por tanto, **adentro** es la segunda instancia del círculo: en ella, en el hondo espacio textual que a ella corresponde, el lector consiente la integración de muchas partes de sí (acaso porque quiere hacer de la alteridad encarnada por el texto un factor complementario y significativo de percepción de su propia identidad). En efecto, a poco de ingresar en el microcosmos del texto, el lector no puede menos de experimentar una vivencia contradictoria: de un lado, siente **familiaridad**, tal vez motivada por el reencuentro de algunas palabras conocidas cuyo empleo y funcionalidad forman parte de un campo lingüístico compartido por él; y de otro, siente **extrañeza**, tal vez generada por el mundo conceptual o imaginario que empieza a surgir como resultado de la combinatoria particular de ese mismo campo lingüístico inicialmente reencontrado. Entonces, lo que en principio parecía ser elemento de auto-objetivación **entitativa** del lector, en verdad es percibido luego como elemento revelador de "**ajenidad**". Más claramente dicho la extrañeza de la cual participan muchos lectores se deriva de la naturaleza misma del discurso, cuya fuerza especular consiste precisamente en hacer sentir el inacabamiento de la conciencia entitativa del que hace las veces de lector. Por consiguiente, quien acepta el principio de alteridad del texto (como principio estético absoluto que puede contribuir a completar la imagen totalizadora que el sujeto quiere tener de sí) de alguna manera se funde con el texto, coincide en alguna forma con él, se

deja cubrir por sus emisiones letradas, pero todavía no intenta rebasar las realizaciones semánticas que en él aparecen y que han sido valorizadas por el sujeto de enunciación. Así conceptualizado, éste no puede ser más que un estadio de escucha acuciosa: aquí el otro (llámese texto, voz colectiva o sujeto presupuesto) es considerado como centro real de la visión lexeográfica y capaz de generar un diálogo que sólo empieza a ser audible en el momento en que una nueva instancia de exterioridad es acogida por el mismo lector. En verdad, el diálogo empieza allí donde el lector retorna sobre sí y a su lugar inicial, pero profundamente transformado por su larga permanencia en el interior del volumen textual.

En consecuencia, **afuera** es la tercera instancia del círculo: en este estadio el lector, trayendo consigo los signos de una comprobación interior (la comprobación de que su ser nunca podrá completarse a menos que permita la mirada desde el exterior); ocupa una posición esencial fuera del texto, como "un contemplador desinteresado que comprende el sentido y los valores de lo que se produce", pero que no necesariamente lo comparte. Al rebasar el texto, al trascender su mundo decisivo y fantasmático, el lector queda en opción de articular el diálogo consigo mismo; pero este diálogo no consistirá en la empatía de una identidad desdoblada (la del lector y la de la imagen que éste tiene de sí), sino en la "antiempatía" de dos identidades distintas aunque complementarias (la del "tú" textual, que se conserva a pesar del distanciamiento, y la del "yo" del lector, que reconoce la fuerza de acercamiento del otro y su pertinencia opositiva). En conclusión, será el carácter dialógico de la lectura el que determine en el sujeto lec-

tor la búsqueda de nuevos objetos de deseo textual.

UN SUJETO INCIERTO

De entrada, una pregunta escueta: **¿quién** es el lector?, o, más bien, **¿qué** es el lector? El cariz de la respuesta —es un sujeto incierto— acusa varias razones: supuesto el caso de que el lector quiera imaginarse a sí mismo, a expensas de la mediación cultural de lo simbólico (a expensas pues de la alteridad real), no verá otra cosa en el espejo que los pedazos rotos de su **insistencia**, nunca de su **consistencia**. Como amigo de los adjetivos que encubren la ironía allí donde afirman el afecto, irá en vano en procura de una esencia que por ser lingüística no podrá menos de ser mentida. Por eso, si rebasa la sombra vaga del que cree que la identidad es el acuerdo de los nombres y pronombres, tal vez colija que en la misma subjetividad, siempre contraria al discurso arrogante del yo, pervive otro: el lenguaje. Ese que, sin reparar en las implicaciones de sus aseveraciones, dice **soy lector**, dice, al mismo tiempo, algo más, acaso algo que él mismo no vislumbra: **soy ese lenguaje mediante el cual afirmo el principio y la continuidad de mi ser** (pues, es un hecho cierto, sólo se comienza a ser ahí donde el lenguaje está). Sólo que el ser, a pesar de su pretendida unicidad, está rayado constitutivamente por muchas voces, por el diálogo cruzado de muchas citas, las mismas que, al maniatar al sujeto por medio de una especie de malla reticular intangible, hacen de él el lugar preciso en el cual concurren los murmullos de la historia. En el caso del lector, dichos murmullos discurren a través de un cuerpo herido que, si así cabe decir, sangra o se coagula con cada cambio de texto. A su vez, cada texto lo mu-

da, esto es, lo reviste de silencio (momento de placentera perturbación) o lo desnuda de expresión (instante de goce dirigido). De ahí que todo lector sea, a un tiempo, situado y desviado: situado en una franja de ficticio entendimiento y desviado hacia una cinta de real incompreensión. En consecuencia, el lector yerra cuando asimila su tarea al **reconocimiento de las letras**; acierta, en cambio, cuando **deletrea** sus inminentes **venimientos**. Por eso la única certeza con la cual queda el lector es que toda lectura lo avienta a un estado de carencia, a un estado en el cual su imagen se desdibuja por la inconsistencia de la pincelada que pretende definirlo.

EL FANTASMA DEL "LEEDOR"

Cuando la conciencia se distrae del presente (no en razón de un sesgo lúdico o nihilista, sino a título de una búsqueda temática), bien puede advertir en el pasado, con ser éste lejano e irrecuperable, la silueta difusa de una figura que escasamente se insinúa: la figura del **"leedor"**. Destacada en forma sustantiva, esta expresión —"leedor"— nombraría una clase utópica de lector en la que ya no es posible encontrar un uso social (una práctica generalizada) ni una función magistral (una espiritualidad que asiste a la colectividad). Pero sí es posible ensayar una descripción de su semblanza, así no sea más que para denunciar lo insostenible de su condición inaudita. Vaya, pues, en seguida la quimera de su configuración imaginada, el retrato de sus atributos inexistentes: como el hierático sacerdote ante el antiguo y venerable mito, el "leedor" acorta su distancia ante el mundo natural y determina (sin ninguna conjetura) que los nombres son subs-

titutos de las cosas, daguerrotipos creados para estar en lugar de ellas. Por eso, libre de argucias lógicas o de falacias racionales, repasa en los objetos del universo físico, con piadosa actitud de descendiente, la sacra impersonalidad de la leyenda: se diría que la escucha apuntalado en una tradición demótica, respecto de la cual el comentario, la paráfrasis o la interpretación resultan menos que inadmisibles. Sin más intención que la de repetir el dictamen de la leyenda, el "leedor" se prohíbe a sí mismo connotar lo que está "anotado" y simplemente da por sentado lo que está "asentado". Y porque no ve en las palabras otra cosa que apariciones intensas de la realidad, trasuntos míticos de la existencia, no se mueve a considerar sus representaciones convencionales ni sus dilogías constitutivas (pues para él el lenguaje no es asunto de reflexión sino de transmisión). Y si por ventura el "leedor" sobrepasa los límites de la transmisión para ocuparse de algún saber reconocido en su momento, no tiene obstáculo después en disculpar su inclinación filosófica con ulteriores salpicaduras enciclopédicas. De ahí que, más que un saber, el "leedor" encarna cierta disposición contemplativa, la misma que no necesariamente desemboca en inferencias reflexivas o en pronunciamientos con intención doctrinaria. Dicha disposición apenas si cuaja en ademanes afirmativos o en reticencias sugestivas. El "leedor", pues, afincado en el rito de la "lectura" literal, rinde culto al comentario parásito pero nunca procaz. Utópico e imaginario, el "leedor" representa un estadio presemiótico en relación con la figura del lector moderno: precisamente el estadio en el cual a la Naturaleza no se la considera todavía en términos de signo.

LECTOR EN CUERPO

La idea desplegada en este fragmento (cuya forma por demás sigue la forma de una página barthesiana) ⁽²⁾ es la siguiente: el cuerpo del lector es una máquina de signos, una máquina que, con ocasión de la lectura, emite y recibe un cierto número de mensajes cognitivos y emotivos, de los cuales apenas sí es posible predicar alguna cosa: a lo sumo algunos juicios que pueden pasar por ser ficciones. Aún así, permítase su planteamiento: ficción de un cuerpo que condensaría en sí mismo la incompatibilidad de los tiempos, no por deseo de negar el principio de identidad, sino por deseo de afirmar el carácter engañoso de él; que actualizaría la figura de la inquietud espacial, no como antítesis de una fijeza inamovible, sino como demanda para ocupar los bordes de la más plena heterotopía; que oiría resonar en su callada interioridad, no la entonación de una voz deprimida, sino el estertor de varias voces exultantes; que soportaría impávido las inculpaciones de infidelidad verbal, no por demostrar un espíritu sereno, sino por distinguir la imposibilidad de mantener la fidelidad; que actualizaría en el tablado de la cotidianidad, no los gestos que han incautado el valor supuesto a su sentido, sino los ademanes ambiguos que dificultan el encasillamiento social; que mutaría su función plural, no por entregarse al embeleso de los estados alternantes, sino por desprenderse de cierta moral de la unidad; que padecería las veleidades del intercambio simbólico, no a título de una socialización inevitable, sino como astucia para "restañar" las probabilidades del olvido individual; que resentiría el temblor binario de su flujo sanguíneo, no como síntoma de una ilusoria impresión, sino como

signo de dispares vivencias ideológicas; en fin, que transformaría los complejos de la historia, no en excusa de inepticia y de silencio, sino en asunto de públicos deslices (en el que el sujeto juega a la impostura de la identidad y a la verdad de la diferencia).

Este cuerpo, que aquí **se expone** y que **así se expone**, comporta, dirán algunos, los trazos de una entidad inverosímil, de una entidad que no se apega a las evidencias de lo real. Y sin embargo este cuerpo existe: es el cuerpo del lector en el momento de aprestarse para la lectura, en el momento de ser citado por los imperativos emplazamientos de la escritura.

CLASIFICACION DE POSTURAS

Sobre ese **palimpsesto** a la vez furtivo e inevitable que es la hoja impresa (la página escrita), el lector va recortando posturas espaciales que simbolizan modos distintos de encarar —y de asumir— la escritura que se tiene delante de sí. Sin que incluya una precisión de rango o una advertencia de jerarquía, la primera postura admite ser llamada **frontal**. En virtud de ella el lector repite un rito ancestral de imposible datación: se pone en trance de reconocer los caracteres del texto o de echar un rápido vistazo a la extensión de los párrafos, pero sin aguzar la mirada sobre las peculiaridades de la sintaxis o sobre los pormenores del sentido. Una vez vislumbradas las letras, una vez contempladas de modo imperfecto, el lector constata la existencia de una disposición sintagmática: los colores se alternan en líneas que enfatizan su horizontalidad. Tendida la vista hacia el texto, hacia cada una de

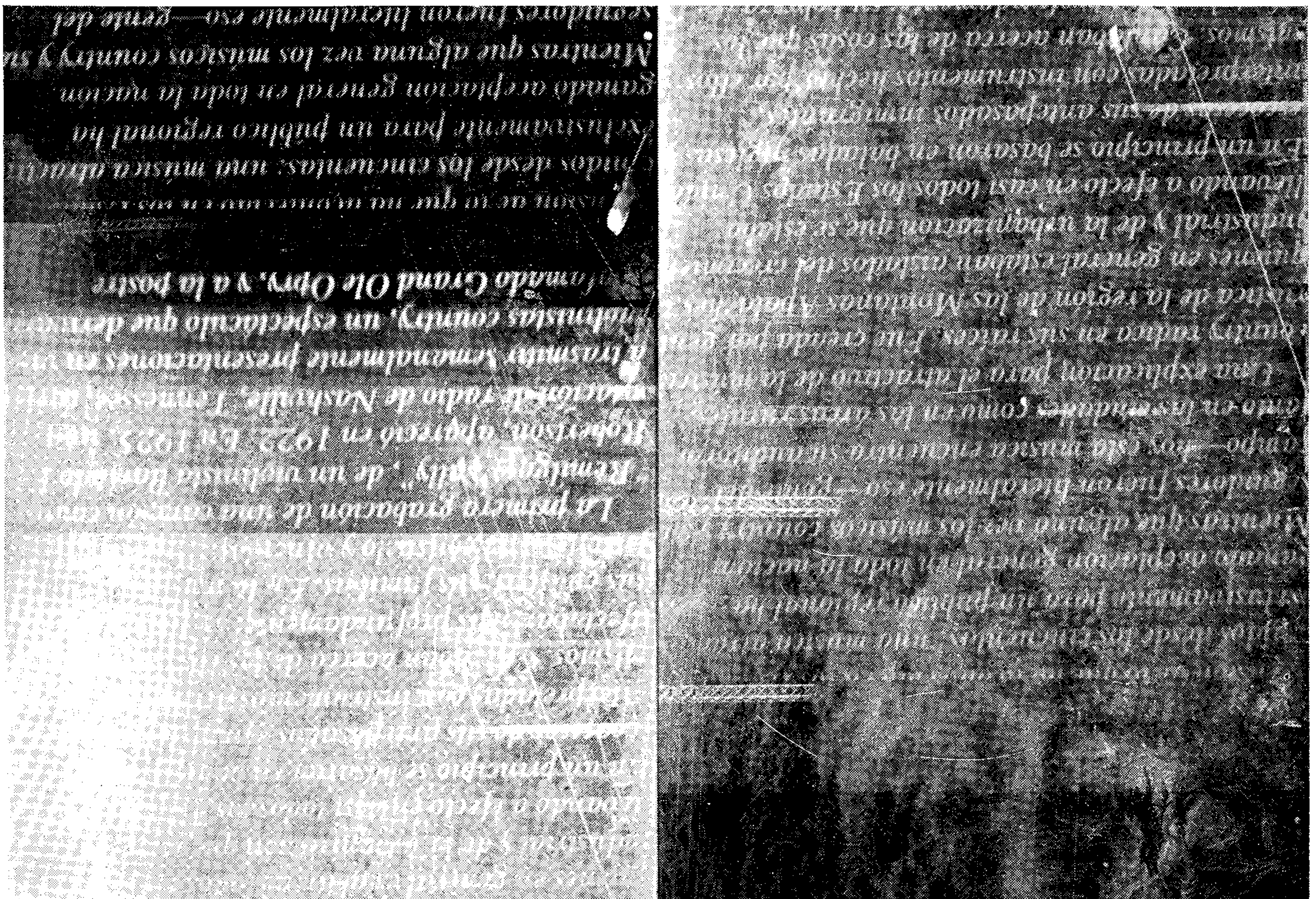
sus líneas, la lectura comienza. Y entonces la postura se afina: es el cuerpo (la historia del sujeto, su presente, su visión futura) "enfrentado" con el texto. Aquí la lectura es "**accesis**", ejercicio, operación, simple **acodadura mental**; pero no es "**mathesis**", saber, inquisición reflexiva. Para advertir la eclosión de algunos fulgores semánticos, hace falta una segunda lectura, una segunda postura, ya no frontal, técnica, sino **marginal**. En virtud de ella, el lector como si fuera un acróbata del signo, levanta su mirada o la vuelve a posar sobre el texto; su cuerpo se disloca, se torna inquieto —como si no se hallara— se vuelve a acomodar; el lector revisa lo leído, lo repasa y vuelve a removerse entre las lianas gramaticales del texto (acaso con la intención de postular posibles entrevisiones calladas, paradigmas mudos de enormes potencialidades). Semejante a un espectador pictórico, el lector encarna la previsión de la paradoja: a mayor distancia tanta mayor cercanía. Tal vez por eso su "escucha" del texto no es **aquiescente** (signo de una aprobación fingida) ni **reticente** (signo de una oposición intempestiva); pero sí **aturdida**, embriagada, ebria de comprensión; para decirlo de una manera figurada, lee los ruidos más que el silencio, el murmullo espumoso de toda clase de indirectas. Aquí la postura declina, pues la lectura que promueve es una lectura "confrontada", seminal, llena de sugerencias traslaticias, tramada por la idea de que el cuerpo no es más que el lugar donde se cruzan los textos, el espacio donde la legibilidad se simula o donde la simulación se vuelve legible. Los códigos, pues, se intersectan en el cuerpo del lector fingiendo una transparencia que luego se convierte en señal de opacidad.

MIRAR Y RE-VISAR

El psicoanálisis, escribe Barthes, ha definido la "intersubjetividad imaginaria como una estructura con tres términos: 1) yo veo al otro; 2) yo lo veo verme; 3) él sabe que yo lo veo" (3). Ahora bien, ¿cómo se ve al lector en su práctica de lectura? He aquí algunas acotaciones: bajo sus ojos (o ante ellos), el texto: masa opaca de letras, densa niebla de "grámmatas". En el interior de su aparente uniformidad cromática apenas sí es posible discernir blancas fisuras, canales de vacuo estampado (la cosa se asemeja a un rectángulo de nieve posado sobre una frazada de entierro). Así descrito en principio, el lector es como un vigía de tercios clarososcuros. Sujeto a un inmóvil encuadre, acaso no advierte su

primera encrucijada: de lo que por convención es agonía o símbolo de duelo (el negro de la letra impresa), quiere abstraer hábitos de vida, soplos de sentido por devenir; y ante la quietud unánime del espacio en blanco (donde la presuposición canónica pocas veces ubica las virtualidades del sentido), el lector hace gesto de soslayo y mueve su mirada hacia un nuevo avance de lectura. Del lector se diría que empieza a mirar la página por sustracción, pues no alcanza a reconocer la antipatía de los valores cromáticos que se aparean: luz de la letra ensombrecida y sombra del espacio clarificado. Aunque desatenta a las implicaciones psíquicas de dicha oposición, la mirada de quien lee cursa y recursa, al modo de un oleaje visual, la textura coloreada del texto. Si en ca-

da recorrido la mirada "rasga" (jaspea, ara, subraya) la compostura de la superficie alfabética, se impone un nuevo símil cuyos matices fueron sugeridos en otro tiempo por la especulación medieval: así como el buey horada la límpida armonía del subsuelo, no sin dejar abiertos los surcos del cultivo, así el lector aguza su mirada sobre la tersura compuesta de la hoja, en espera de que florezcan las unidades mínimas lingüísticas que han de impulsarlo a su aventura de lectura. En consecuencia, si el texto, como el campo, es una superficie de **semillas significantes**, la lectura, como la cosecha, sería una **eflorescencia de significados**. En conclusión, siempre se ve al lector en su práctica de lectura mirando y re-visando, y todo conforme a una escena que podría ser cali-



ficada de **trivial** (en sentido latino), pues tres adjetivos la componen, o mejor, la imaginan: es **ritual**, ya que el decir autoritario la define como una acción tradicional eficaz ("yo veo al otro"); es **íntima**, a pesar de la mundanidad que a veces la denuncia ("yo lo veo verme"); y es **hipnótica**, si con mucho lo que festeja no es el objeto sino su representación ("él sabe que yo lo veo").

¿QUE LEE EL LECTOR?

Inmerso en una sociedad que sobredetermina la solidaridad funcional de sus miembros, pero que al mismo tiempo soslaya el valor entitativo de muchos de ellos, el lector se define menos por lo que es, por lo que podría devenir, que por lo que hace, por lo que podría producir. Así conceptualizado, sea el supuesto de que el lector, en trance de definirse realiza una actividad, ejecuta una acción (de compostura tautológica): se entrega a la lectura. Sin embargo, como la acción de entregarse no implica forzosamente la acción de integrarse (de someterse al arbitrio de la autoridad que gravita sobre las oquedades del texto), valga la siguiente pregunta, no tanto ociosa como problemática: **al leer, ¿qué es lo que lee el lector?** Descontado el extravío a que conduciría una réplica de fondo especioso, que empezaría por distinguir el proceso —lo que se lee— y su incierto resultado —lo que es leído—, vaya una tentativa de respuesta: el lector lee, en lo dado lingüístico, **signos**, unidades psíquicas constituidas por relaciones interdependientes entre significantes y significados, y materializadas por letras o grafemas, es decir, por notaciones convencionales que representan los sonidos distintivos de una lengua. Con todo y ser la res-

puesta de fundamentación saussureana, leer signos es una tarea **binaria**: supone, primero, reconocer sus **formas habituales** (y en eso consiste su carácter discreto); e implica, además, estar alerta a sus **apariciones repetitivas** (y en eso consiste su aceptación de variantes). Por eso en verdad, y esto quizás es lo importante, más que leer signos, el lector empieza por reconocer ese fondo de expansión colosal que se deriva de la repetición de los signos y que desborda los límites de la mera evocación sonora, de la mera contención psíquica. Dicho enfáticamente (aunque no menos metafóricamente), el lector no lee tanto figuras de signos, caracteres convencionales, cuanto **posturas, poses** de signos, es decir, formas de signos en relación que, combinadas significativamente, expresan proposiciones elementales y complejas mediante las cuales se da cuenta de los estados de mundo posibles. En consecuencia el lector, cuando lee, es invitado a participar en un juego de combinaciones de letras, de desplazamientos sintácticos que suscitan aberturas de sentido inesperadas, "hiatos" imaginarios por donde se cuelan asociaciones de ideas, vivencias que parecían olvidadas o relaciones semánticas inseguras que hacen que el lector se obligue a suspender el juicio. Con todo, suspender el juicio es la actitud de un lector avezado.

LAS VOCES DEL SILENCIO

En un reciente texto de Tobón Franco se lee lo que sigue: "la palabra y el silencio son correlativamente funcionales. Esto quiere decir no sólo que entre los dos se da una necesaria interrelación de tipo dialéctico —lo uno remite a lo otro y viceversa— sino que

para cada función de la palabra puede existir una función correspondiente del silencio. Los dispositivos para crear esta función propia del silencio pueden ser más complejos y menos evidentes que otros medios de significación, pero igualmente e incluso más eficaces" (4). Pues bien, del silencio relativo del lector es posible decir algo semejante. En estos términos: nada qué hacer: cada vez que lee o relee, el lector permanece en silencio, como a la espera de que por azar algo rebrote, en todo caso haciendo furtiva su figura y replegando su propia sombra hasta volverla fantasmática. Ese silencio ¿acaso insinúa la redundancia de una costumbre, el manido maquillaje de un hábito escolar, o proclama, muy al contrario, un íntimo estado pleno de densidad semiótica? Sin demo- ra, cabe señalar que el lector adopta la actitud del que calla, no en razón de un mandato canónico, de una prescripción ordenada por la historia, sino en razón de un dispositivo tácito que es inherente al evento comunicativo que se ha de ejecutar. ¿En qué consiste dicho mecanismo? En que el texto habla (a pesar de ser hablado por alguien y a pesar de ser el lugar donde alguien es hablado) a condición de que sea leído, a condición de que sea escuchado. Con otras palabras: el lector, para escuchar el habla del texto (el habla de quien habla o es hablado merced al texto), se abstiene de hacer uso de su lengua; arrincona, por así decirlo, la cinta continua de lenguaje que discurre por su mente y se deja ocupar por la configuración alfabética que acaba de leer. Formulado de ese modo, el silencio del lector no es un indicador **volitivo**: es, con mucho, el signo mismo de quien se sabe interpelado, el signo de quien queda acallado por abuso de interpelación. En efecto, el texto, prepotente por su habla, "asal-

ta" al lector, lo remueve (o lo deja impasible), ofusca sus mundos posibles (o los ratifica), amortaja sus referentes (o los santifica), seduce con su textura (o genera el hastío). Y al cabo de éstas y otras sujeciones, el lector, como queriendo desahucarse del ligamen artificial impuesto por el texto, levanta su cabeza y exhibe los trazos de una moción de habla: habla desde su silencio, desde el vacío pleno de su silencio. En una palabra, si el silencio del lector es la instancia psíquica donde la letra rebulle trasversalmente en espera de un ordenamiento hablado, todo ordenamiento hablado es la instancia física donde la letra es dispuesta linealmente dejando en silencio algunos núcleos de expresión.

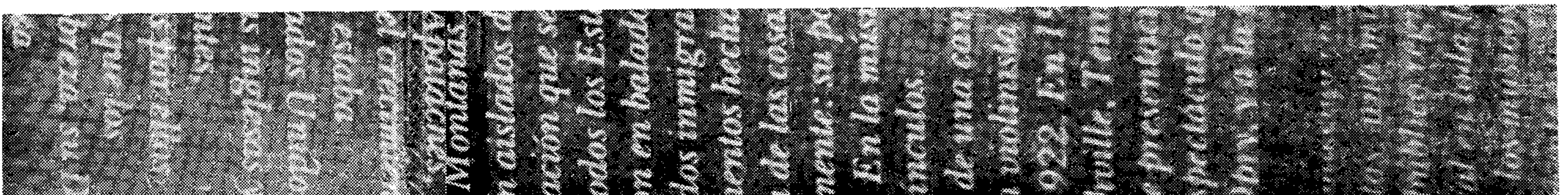
EJECUCIONES RITMICAS

Articulado a base de sonoridades latentes, asido internamente por el valor sugestivo de las palabras que lo componen, el texto tolera, entre otras más, dos ejecuciones rítmicas, dos modalidades de lectura que buscan acompasar, al amparo de un procedimiento conciliador, la ansiedad comprensiva del lector y la densidad organizativa del texto mismo. La primera ejecución, como si fuera interpretada musicalmente, enseña un ritmo **lento**, cauto y oscilante: situado ya, el lector, al primer ímpetu (que de todos modos no desdice la finura del acercamiento, el donaire de la prepa-

ración), se planta ante el discurso, ante la envoltura estilística que recubre los matices de la enunciación, e intenta retener, echando una ojeada panorámica, el organigrama arbitrario de las frases, el entramado de la disposición oracional. Sofrenando su avidez intelectual, el lector aparta de su focalización aquello que el deseo no alcanza a objetivar, es decir, lo que permanece en estado de aspiración insegura, y se dedica a degustar los placeres que provienen de su selección material: la justeza del adjetivo convocado, la armonía de la puntuación aparejada, la cadencia de la entonación requerida y la distinción de la palabra que es habida en procura de la más expedita referencia. A decir verdad, en la impávida calma de esta interpretación, que poco a poco va adquiriendo la compostura de un tímido **interludio** musical, el texto como que se **licúa** (perdiendo así la integridad del todo) y el lector va recogiendo, si así cabe anotar, las leves gotas de su improbable **delicuescencia**. Sin obligar al texto a que destile la solidez de su saber, o la inmaterialidad tangible de su ficción, pero apremiado por dilatar la satisfacción obtenida, el lector relaja su lectura, muestra su desapego y se dedica a circular ociosamente por los márgenes de la escritura: aquí otea un "sintagma enrojecido" (una expresión felizmente formulada), allí relee unos renglones coquetos que sugieren una nueva apostura, y más allá, quizás, celebra la suficiencia de la emisión independientemente de la

significación, celebra, no el encabalgamiento de una lógica disertativa o narrativa, sino la libertad de la pulsión expresiva. En fin, anudado a la tela del texto, engastado en su urdimbre nudosa, el lector tiende y destiende los hilos de la escritura, sabedor de que ninguna trama es develada a menos que sea rasgada lentamente la sedosidad de su textura.

"**Allegro**": ésta es la indicación de ritmo que definiría la segunda ejecución de lectura: aquí el movimiento —motriz e intelectual— es interpretado de otra manera: no con discreción (favoreciendo intervalos o abruptas interrupciones), sino con rapidez, al hilo de una intensidad gradualmente moderada; pues el lector, a tono con lo anterior, empieza por soslayar varios aspectos: desatiende la **orquestración fonológica** del texto, esto es, el centelleo procedimental en virtud del cual se combinan varios segmentos fónicos que, al emparejarse entre sí conforme a un principio de equivalencia formal, pueden surtir un efecto de eufonía sonora basado en regularidades o alternancias rítmicas; distrae su atención, además, del **armazón sintáctico** que subyace en el texto, de modo que, a la sazón, poco le importan las operaciones de producción discursivas, y menos aún las adherencias lógicas que éstas acarrearán: que si la relación es de consecuencia, que si el condicional es absoluto o relativo, que si la oposición es local o general, etc.; desestima, igualmente, las **preeminencias retóricas**, los oro-



peles estilísticos, las filigranas expresivas: en este caso, las palabras valen por su rendimiento operativo, instrumental, no por su capacidad sugestiva o por su "temperamento" conjetural y simbólico; desoye, asimismo, los incisivos argumentales, los detalles ilustrativos, las pausas descriptivas, los paréntesis complementarios, los agregados sutiles, en fin, esa masa enorme de lenguaje con que la escritura cobija su propia densidad o, por el contrario, su impotencia comunicativa. A contravía de la interpretación que funda su goce en la demora, el lector sobretermina la prisa, el acoso de lectura: avanza en pos de "los lugares quemantes de la anécdota", va tras el rastro de una idea que lo nutre, se alza en contra de algún pasaje que lo cansa, retorna al punto donde cierta imagen le suscitó sorpresa: y todo con celeridad pero sin conciencia de pérdida, sin culparse por leer sólo pedazos de escritura (al modo de un saltimbanqui que recorriera la rayuela); más bien con la convicción de que una lectura avalada por esta clase de "tempo" provoca evocaciones memorables, citas seguras e inmunes al olvido.

EN EL UMBRAL DE LAS PALABRAS

En el trascurso de la "**lectio**" (término éste cuyo doble significado indica la acción de leer y la cosa leída), a veces el lector siente, o simplemente observa, que ciertas palabras aparecen investidas de un halo especial: se presentan como "**flatus vocis**", erguidas a modo de **castos** significantes, en condición de formas expresivas cuya sustancia de contenido se ignora o ya ha sido olvidada. Sean de uso cotidiano (aunque sin valor intelectual reconocido), sean de

uso infrecuente (y depositarias de cierto exotismo especializado), estas palabras se revelan en su materialidad sonora como si estuvieran exentas de sentido, como si de ellas no pudiera obtenerse otra cosa que el **temblor** de sus dispares e inasibles vibraciones. A la espera de cualquier resonancia (histórica o inmediatamente sincrónica), el lector, ante ellas, ahora convertidas en objeto de juego, apenas sí realiza señalamientos extensivos (casi deícticos), bien para repetir las, bien para definir las: si las repite, más que la desnudez de su sentencia interna (pero no escondida), lo que obtiene es el revestimiento irreductible de nuevas repercusiones; si las define, más que el cumplimiento de una operación **semasiológica** (dadora de sentido), lo que alcanza es una transferencia gestual arbitraria, una substitución sinonímica basada en el desconocimiento. Indóciles a las características de la definición (pues en el fondo definir equivale a desplazar el lenguaje) y reacias a la banalidad de la repetición (pues en el fondo repetir equivale a inmovilizar el lenguaje), estas palabras, como si fueran rizos obstinados, se enrollan sobre sí mismas, borrando en un instante los que habían simulado trazar: no los **efluvios** de una significación olvidada, sino los **fluidos** de un sentido por venir. De ellas, pues, el lector adquiere, no las estelas arrojadas de su voluntad de expresión, sino las cautas contracciones de su cerrazón de sentido. Sin saber de qué cosas son signos tales palabras, y a sabidas de que cualquier glosario no traería a colación más que nuevos signos (pero de ninguna manera los objetos en virtud de los cuales aquéllos alcanzan estatuto lingüístico), el lector queda situado en una zona intermedia donde el más notorio nominalismo disputa con la más

exigua referencialidad: ni más ni menos en el "umbral" de las palabras.

BUSCAR EN EL DICCIONARIO

En la práctica escolar de la lectura hay un empeño trillado que aún se impone y que, palabras más, palabras menos, admite ser planteado como sigue: "**subraye en el texto los términos desconocidos, escribálos y busque su significado**". Dejando de considerar lo que decreta (la ejecución imperativa de tres acciones), el enunciado es claro en escamotear aquello mismo que quiere convertir en hábito: avalar la linealidad de la escritura (primera acción), concebir la lengua como un simple listado de vocablos (segunda acción) y promover el uso del diccionario (tercera acción). De ahí que, callando lo que en rigor afirma, el enunciado acredita una idea ilusoria de lectura: todo consistiría en salvar la distancia que va de lo desconocido a lo conocido, es decir, la distancia que media entre el término que aparece en el texto "**mentor**" y el significado de dicho término que aparecería explicado en el diccionario, en adelante reputado como texto "**tutor**". Sin embargo, lejos está la lectura de ser un asunto de diccionario o, más específicamente, un asunto exclusivo de diccionario. En principio porque este instrumento de consulta (construido como está a base de equivalencias semánticas entre un sintagma largo llamado **definición** y un sintagma corto llamado **denominación**), nunca asegura significados, apenas sí los propone (y a veces de modo tan excesivo que el lector encuentra hasta diez y ocho acepciones). Y todavía suponiendo que el paradigma de los significados fuera limitado, y que el

lector en verdad se decide por uno de ellos, el diccionario nada diría de los **semas** nucleares que fundamentan una relación de dependencia semántica entre dos palabras o **lexemas** situadas en contexto. Y más todavía: aceptando que el diccionario postula certezas referenciales (como cuando pretende aclarar, por ejemplo, qué ropaje es el "vestido u ornamento exterior del cuerpo"), ¿cómo aceptar que también se ocupa de los **ropajes conceptuales**? Porque debería ser claro que un vocablo no es lo mismo que su concepto, y ser claro también que a términos constantes a lo largo de la historia no corresponden necesariamente conceptos constantes; antes bien, lo que la historia revela es que a términos constantes corresponden conceptos variables (bastaría aceptar el principio del cambio social y su correlato, el principio del cambio lingüístico, para comprender lo anterior. El mismo Cuervo hace poco más de un siglo lo señalaba: "Así, pues, cada época es por fuerza neológica con respecto a las precedentes; ni es posible que suceda de otro modo, supuesta la naturaleza del lenguaje y la relación necesaria en que se encuentra con las costumbres y con la sociedad, de que siempre es reflejo: no permaneciendo ellas jamás estacionarias, menos podrá esperarse que el otro se quede inmóvil. En consecuencia, cada época va dejando alguna contribución al caudal común de la lengua, como un rastro de sus gustos e ideas" ⁽⁵⁾). En fin, sólo habría una manera de avalar la relación entre la lectura y el diccionario: comprendiendo que ninguna práctica está en relación constante con el objeto del cual se ocupa, o bien porque el objeto cambia por virtud de la práctica, o bien porque la práctica cambia por virtud del objeto.

EL ESCOLLO DE LAS SIRENAS

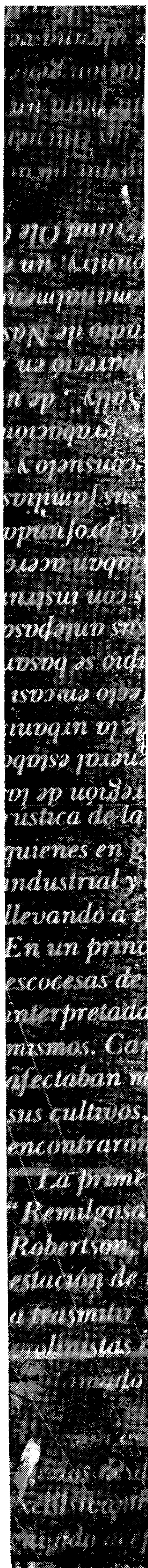
Ante ciertas palabras el lector ve cómo se dibuja la retirada del **rostro** (del significado) conocido y el arribo de un semblante (de un sentido) ignoto. Es como si la palabra, abrumada por el peso de su uso periódico, reclamara para sí un fondo virgen de sana manipulación. Sea la siguiente ilustración: ya no decir que las sirenas son ninfas marinas con busto de mujer y cuerpo de ave o de pez, sino más bien puros objetos de lenguaje (algo similar podría afirmarse de Godot). Como quiera que en la realidad no hay un referente con el cual confrontarlas, las sirenas deben su existencia, no a su consistencia real sino a su insistencia actancial. Ellas no son más que un canto, un canto que encanta, y por lo que encanta no es que no se pueda cantar sino que no se debe escuchar. ¿En qué reside el encanto de su canto? Sin duda no reside en lo cantado; más bien reside en lo cantable; y lo cantable no es el pasado de la acción heroica, sino la promesa de cantar en el futuro la acción pasada. Las sirenas han de cantar en el registro de la acción lo que el héroe ya hizo en el registro del canto épico. Pero esta contradanza no termina aquí: es preciso que el héroe sea atraído por el hechizo de la promesa y muera tenuemente sobre la pradera de las sirenas; de ese modo el héroe vivirá en el canto argentino del puro canto, no sin comprender ya tarde que "ser atraído no consiste en ser incitado por el atractivo del exterior, sino más bien experimentar, en el vacío y la indigencia, la presencia del afuera, y, ligado a esta presencia, el hecho de que uno está irremediamente fuera del afuera" ⁽⁶⁾. Como el héroe épico, el lector es atraído por aquellas palabras que sobrepujan los límites del diccionario. Por eso

cuando es incapaz de permanecer fuera del **afuera referencial**, es cuando más exige la ilusión de cabal correspondencia que a su juicio debe haber entre lo enunciado y lo real. Con todo, cómo hacerle entender que es inútil demandar grandes **radicalidades especulativas** (en sentido físico) de aquello que por definición es **constitutivamente reflexivo** (en sentido lingüístico).

Para el lector la lectura se torna escollo, no cuando aduce que las palabras carecen de sentido, sino cuando reconoce que él mismo está privado de la experiencia que le permitiría acreditar lo que es referido por ellas. Y si el texto que se lee no está conformado más que por palabras cuyo sentido aparece neutralizado por la ausencia de un haz de referencias, entonces apenas sí logra quedar la vana ilusión de que se lo ha leído.

EL ORDEN DE LAS VIVENCIAS

Desde la antigüedad se sabe que todo enunciado es **uno y tres**; que toda afirmación, en lo que descubre, encubre otras afirmaciones. Vaya, pues, la siguiente afirmación: **se lee siempre a partir de una vivencia**. En verdad, ¿qué se dice cuando se dice lo anterior? Acaso... una relación de causalidad (por supuesto que bajo una percepción lógica diferente el enunciado está en potencia de sugerir otra clase de relación). Ahora bien, ¿qué asegura la afirmación planteada dado que sus términos se hallan en una relación de causalidad? Asegura que el punto de partida en todo caso de lectura es una vivencia. Así conceptuado, una vivencia —cualquiera, pues el enunciado no pone restricciones— sería el punto cero, la base genealógica, la causa primera de la lectura. Con todo, ¿siempre es así?, ¿siempre la lectura es espoleada por una vi-



vencia cualquiera?; o, más bien, pocas veces, no siempre, una vivencia especial, no cualquiera, pone en marcha la operación de lectura. Es difícil decidirlo: no sólo porque la conciencia es **flotante** a la hora de medir la frecuencia de las interacciones entre fenómenos mediados por relaciones de causalidad, sino porque el sujeto mismo, en el cual hacen mella los diversos fenómenos, ignora el modo como en su interior se decantan los hechos de experiencia. Sólo un lector insostenible, mitad modelo, mitad ficción, sabría, en todo caso y en todo tiempo (y con una regularidad que no pertenece a lo real), qué eventos vivenciales jalonan su lectura. Ahora bien, si se acepta no ya que una vivencia especial es la causa de ciertas lecturas, sino que la lectura misma queda supeditada siempre y en todo lugar a los hechos de experiencia, el enunciado inicial afirmaría, entonces, no una relación de causalidad sino una relación de subordinación. Pero, ¿está supeditada la lectura a los eventos vivenciales? Si así es, ¿qué matiz aparece implicado en dicha subordinación? ¿Una ley de correspondencia?, es decir, ¿que entre lo vivido y lo leído apenas sí exista alguna diferencia? Pero ocurre que entre lo vivido y lo leído no es que exista "apenas" alguna diferencia, es la diferencia misma lo que caracterizaría la existencia de ambos. Por un lado, porque el orden de lo vivido es el orden de lo inefable, de lo indecible: así, cuando se quiere decir lo que se ha vivido siempre se corre el riesgo de decir otra cosa (de decir lo que el lenguaje diga que se ha vivido); y por otro, porque el orden de lo leído es el orden de lo mediado, de lo intervenido, de lo transvalorado precisamente por el lenguaje: así también, cuando se quiere decir lo que se ha leído queda la sospecha

de que se dice otra cosa (claro, salvo en caso de que se repita literalmente lo que se ha leído). De acuerdo con lo anterior, es posible inferir un principio de diferenciación significativa: dos supuestos (lo leído y lo vivido) no tienen idéntico sentido si cualquier experiencia posible que autentica una no avala también la otra. Ocurre, pues, que en lo leído aparece un lenguaje cuyas palabras rebasan el límite de las vivencias ordinarias, el límite de lo vivido ordinariamente, y no por ello hay que afirmar, despectivamente, que carece de sentido. Y es precisamente sobre este punto sobre el cual llamaba la atención Nietzsche: "En última instancia nadie puede escuchar en las cosas, incluidos los libros, más de lo que ya sabe. Se carece de oídos para escuchar aquello a lo cual no se tiene acceso desde la vivencia. Imaginémos el caso extremo de que un libro no hable más que de vivencias que, en su totalidad, se encuentran situadas más allá de la posibilidad de una experiencia frecuente o, también, poco frecuente —de que sea el **primer lenguaje** para expresar una serie nueva de experiencias. En este caso, sencillamente, no se oye nada, lo cual produce la ilusión acústica de creer que donde no se oye nada **no hay tampoco nada**" (7).

LA PRINCIPALIA DEL CONTEXTO.

En el fondo **épico** de toda lectura (donde la travesía es signo, causa y efecto de la escritura), el lector sortea finos lances de contornos lexeográficos: son "**aristías**" o gestas marcadas por varias oposiciones: en vez de la fuga, el asedio (el contexto); en vez de fragor, el silencio (la asimbolía); y en vez del despojo, la filiación (el intertex-

to). En efecto, asediado por las palabras, por sus posibilidades abstractas de relación, el lector selecciona el contexto, bien porque lo conoce (merced al bagaje de su cultura), bien porque lo adivina (merced a las virtudes de su intuición), so pena de quedar atascado en el **atolladero** semántico que el código —o los códigos— del texto le proponen: no la inexistencia del sentido sino la suspensión de él, toda vez que las palabras, sacadas de contexto (¿acaso estado improbable del lenguaje?), a un tiempo declaran y deniegan lo que significan. A este propósito Block de Behar diría: “todo lector es un **e-lector**, en tanto que lee, que elige, más todavía, es un **se-lector** porque elige por sí mismo y para sí”⁽⁸⁾. Ahora bien, esa especie de **desasimiento** del sentido (el que las palabras a un tiempo declaren y denieguen lo que significan), que por demás aparece allí donde las palabras se yerguen como fugitivas (o a punto de desgarrarse en delirios infinitos), es la que rehúye el contexto, pues éste tiene por función, entre otras, redistribuir las avenidas semánticas de la polisemia en el interior de los textos signados por la incertidumbre o la anfibología. Y es que el contexto, en cuanto que universo indispensable para conferir a las palabras su significado pleno y completo, campea en el límite mismo de la ambigüedad, donde disputan las expresiones dotadas de voluntad simbólica y las palabras transidas de literalidad. Entorno virtual o material de las palabras, el contexto, sin más distingos, acalla el fragor polivalente de los términos en procura de obtener una suerte de silencio monosémico; o mejor, reducidas a lo específico de su significado (¿pero qué es lo específico sino la ley objetiva que el positivismo prescribe?), las palabras, por obra y gracia del contexto, son

jerarquizadas según un mandato de uniones jerarquizadas que prohíbe cualquier tipo de **acechanza** simbólica, cualquier tipo de profundidad connotativa. Alienadas, si así cabe anotar, en las evidencias de un entendimiento **asimbólico**, las palabras, sin embargo, no agotan su significación en los cercos del contexto, pues como líneas de fuerza dotadas de un valor y de una intención difíciles de reducir, ellas luego se ven atravesadas —lanceadas— por los filamentos agudos del esfuerzo intertextual, cuyo rasgo esencial es fingir la filiación en el instante mismo en que empezaba a retirarse la significación.

SEGMENTANDO COMO EL AUGUR

Encadenamiento contingente y finalista: se lee para anotar y se anota para releer. En el primer caso, lo que es contingente no es sólo el apunte registrado (la cita literal, el **excurso** conceptual), sino lo notable del procedimiento: como si se arrogara la libertad —que no la necesidad— de habilitar un reparto intestado, el lector **lotea** la extensión del texto, lo divide en varias parcelas alfabéticas y fija en ellas su atención antológica. Acto seguido el lector, reconociendo la imposibilidad de asir el volumen completo de la escritura enfocada, extrae de las partes antes divididas líneas directrices de contenido. En rigor son líneas que sobresalen por dos cosas: por su **“obesidad”** alusiva (por su retórica de segundo grado, es decir, por su expresión y pensamiento densos y complejos), o por su **“flaqueza”** elusiva (por su retórica de grado cero, es decir, por su expresión y pensamiento leves y elementales). En todo caso, son líneas de dicción en cuya esco-

gencia por parte del lector interviene una doble **ley argumental**, lógica: ley de **pertinencia**, cuando el lector destaca aquello que se aviene al raciocinio seriado de su lectura selectiva (práctica que lo aproxima al desusado **“sorites”** del cual habla el discurso lógico); y ley de **impertinencia**, cuando el lector descarta aquellos enunciados que por ser gregarios (o agregados) frenan el ritmo del ímpetu expositivo o argumentativo (y enunciados éstos a los que el mismo discurso lógico da el nombre de **“expoliciones”**). Matizadas por la determinación (de lo dicho y anotado) y por la negación (de lo interdicto y descontado), estas líneas pueden inducir al lector a realizar un reconocimiento suplementario: en la reescritura que se elabora a partir de sucesivas segmentaciones, el lector queda en opción de colegir la existencia de varios significantes rectores, cuya precisión sintética al tiempo que muestra la huella de cierto desarrollo conceptual, crea las condiciones para postular discretas isotopías ideológicas. Y cuando el lector arriesga isotopías, que en términos de Rastier pueden ser entendidas como “iteraciones de una unidad lingüística”⁽⁹⁾, la anotación deja de pertenecer al orden de la memoria y se inscribe en un orden distinto, trascendente, finalista: en una dimensión agitada donde el lector, expectante, da **fin** a la lectura y **comienzo** al imponderable trabajo de relectura.

El proceso de segmentación textual admite ser descrito mediante un símil: “el texto, en su conjunto, es comparable a un cielo, llano y profundo a la vez, liso, sin bordes y sin referencias; como el augur que recorta en él con la punta de su bastón un rectángulo ficticio para interrogar, de acuerdo con ciertos principios, el vuelo de las aves, el comentarista traza a lo

largo del texto zonas de lectura con el fin de observar en ellas la migración de los sentidos, el afloramiento de los códigos, el paso de las citas" (10).

PRESIONANDO A LA DERIVA

Quien concibe la escritura como "herraje" articulado para fijar las palabras de una lengua a la estela infinita de los enunciados, invita a pensar la lectura (el acto de leer) como una especie de presión analítica que se ejerce sobre los "goznes gramaticales" de la escritura misma. Debido al hecho de que existen ciertas palabras (modalizadoras, proteicas, insufladas de proyección semántica) en torno de las cuales se organiza la presentación del discurso escrito, el lector demora su percepción en ellas intentando vislumbrar los posibles rastros de sus anteriores o posteriores desplazamientos. Inmovilizadas (por impresión) a poco de ser escritas pero bastante movedizas al momento de leerse, estas palabras, que cautivan por convocar el olvido a pesar de su permanencia, hacen que el lector ande a la deriva por sobre la superficie del texto. Como agente de una andanza a la vez aleatoria y controlada, el lector, situado en algún lugar del texto, vuelve atrás o se adelanta: retrocede, acaso, para revisar la manera como una imagen, una idea o un grupo de proposiciones, que en principio habían pasado desapercibidas, adquieren nitidez y calidad discursivas; y va más allá, tal vez, para colegir —en condición de inconsulto testigo— los complementos o implementos discursivos que la escritura deja descubrir de soslayo. Sea que avance al tenor de expectativas **catafóricas**, sea que repare en estaciones **anafóricas**, el lector difícilmente lee de corrido y en una

sola dirección. Como la intermitencia de su tarea le obliga a hacer cortes bruscos, en cada nuevo sesgo se cuele un breve tiempo que a buen seguro transforma su percepción de los pedazos leídos. Así las cosas, la lectura va produciendo un efecto parecido al que produce el caleidoscopio, cuya imagen varía conforme varía la circularidad del movimiento de quien lo manipula. Entonces, si por fuerza el lector se fija en la escritura no es más que para circular a la deriva sobre el texto, con la intención de pulsar categorías gramaticales que le permitan abrir o cerrar las puertas de la significación.

LA INSTANCIA DE LAS PREGUNTAS

A menudo el lector despunta por su inacción: sin percatarse siquiera de la voluntad de poder que esconde cualquier estrategia verbal (repárese solamente en el empleo abusivo del "yo" del cual tantos textos se precian), soporta sin más el régimen discursivo del texto que lee. Desatento al mismo régimen, que por demás se elabora a base de servilismos de lengua, el lector no muestra una actitud de desespero por la forma poética del texto ni una actitud de plenitud por su cobertura temática. Casi ausente en su misma presencia, e inocente de la posibilidad de saberse otro aun siendo el mismo, se muestra pudoroso para violar la intacta discreción del texto. Como duda de la necesidad de dudar, en un acto que tiene todos los visos de un respeto impropio, el lector a lo sumo empeña su tiempo en el volátil seguimiento de las "líneas de indicatividad" que por fuerza el texto actualiza. Así, como simple pasante de una autoridad inobjetable, deja de lado el he-

cho dominante y decisivo de todo intercambio textual: un texto, sea cual sea su naturaleza, nada aventura al lector a menos que éste le dirija una buena dosis de preguntas. Sin duda la aventura no sería creada por la pregunta, sino por una suerte de "transferencia de destinos" que se produce a poco de ser enunciada: toda pregunta que se dirige a un texto es en realidad una pregunta dirigida a aquel que la formula, o, como diría sentenciosamente Wittgenstein, "el significado de una pregunta es el método de contestarla" (11). Independientemente de la semejanza o desemejanza formal (en relación con el discurso del texto) que la pregunta revela, o de la averiguación de contenidos que la pregunta persigue, el sujeto interrogante queda atrapado —casi corporalmente— en el campo de referencias que el texto hace resonar, de suerte que él de algún modo queda convertido en objeto interrogado. Y es que la pregunta, esa piel reactiva del lenguaje, surge en el lector cuando una cuestión cualquiera empieza a ser interiorizada. Así dicho, la pregunta pone al lector a resguardo del olvido y le hace recordar el lugar descampado de su inocencia, donde, en otro tiempo y otro espacio, su aventura de existencia, su no-ser estaba marcada inexorablemente por el no-saber.

"¿QUE QUISO DECIR EL AUTOR?"

Que no pase en silencio una intuición doctrinaria: en el lector hace eco una voz teleológica cada vez que despliega la siguiente demanda: "**¿qué quiso decir el autor?**". Hay que observar que en dicha demanda no resuena el discurso del tedio ni el habla de placer, pero sí un henchido rumor: el rumor de

que existe una intención que está en el origen de cualquier escritura y cuya opacidad es necesario aclarar. Vano propósito, quizás, si se tiene en cuenta que en ese rumor aparecen comprometidos dos azares de lectura. El primero se refiere al autor, al autor que es considerado por la pregunta con insistente ingenuidad: por un lado, porque se lo piensa como una vasta conciencia creativa, capaz de confesar las sutilezas significativas que no han podido ser develadas en el acto de la lectura; y por otro, porque se lo reputa como el principio generador del sentido textual, la causa última de las finalidades semánticas que el lector debe tender a realizar, incluso a despecho de su impotencia. Este azar, pues, "pide que el autor rinda cuenta de la unidad del texto que se pone a su nombre; se le pide que revele, o al menos que manifieste ante él, el sentido oculto que lo recorre; se le pide que lo articule, con su vida personal y con sus experiencias vividas, con la historia real que lo vio nacer" (12). Con todo, dicha postura pasa por alto el hecho de que el autor, en cuanto que categoría acuñada para conjurar los temores sociales que suscita el anonimato o la identidad falseada, no es un sujeto puro, inocente y absoluto, sino más bien una subjetividad impura, compleja y relativa, constituida a base de múltiples códigos culturales que se intersectan, se anudan y se transforman, en un extraño movimiento de fuerzas que desemboca en la puesta en duda de la noción de identidad.

Ahora bien, el segundo azar se refiere a la intención misma. A este respecto se da una curiosa situación: el lector sospecha que, lejos de haberse realizado en el acto sustancial de la escritura, la intención permanece sin ser actualizada, en una especie de "más acá" inconsú-

til a que es preciso retornar continuamente para decidir sobre la validez o invalidez significativas de algún pasaje textual. Pero esa práctica de retornar sobre la pretendida intención o de invocar la intención como único foco de la coherencia textual, no puede menos de resultar paradójica, pues lo que el lector al cabo asegura no son las certidumbres de lo leído, sino las incertidumbres de la intención del autor, quien aun después de haberse servido del lenguaje se ve irremediamente desbordado por él. La suerte de este azar, entonces, no parece depender tanto de las intenciones del autor, cuanto de las "ebulliciones" del objeto enunciado. Por ende, que el lenguaje siempre desborde al autor, no confirma sino que toda intención queda sometida a las traiciones de la expresión.

LA "POIESIS" DEL SENTIDO

Cuanto más un individuo se retrae para escapar a las obsesiones de su tiempo (dinero, poder, ascenso social, distingo de clase. etc.), tanto más es acosado para que participe de ellas. Y el presente de ahora no es una excepción. En efecto, tiempo ingravido con vocación de futuro y aversión de pasado (¡que viva la técnica y muera el hombre!), el ahora presente se ha visto apoderado por una preocupación que todavía subsiste: la preocupación por el sentido. Derivado de lo que en otro tiempo se llamó "**semiosis**", el sentido se ha vuelto en la actualidad (o, más exactamente, en la modernidad) la "**pedra heraclea**" de la que predicaban los antiguos: especie de punto fijo que por sus virtudes magnéticas atrae la mirada del que contempla, el gesto del que simula y la palabra del que articula, hasta formar una larga cadena de instancias

imantadas: el jurista recava en el espíritu de la norma pero no de la letra, el teólogo vindica las bondades del sentido anagógico pero no literal, el analista se hace el muerto para hacer vivir la verdad callada, el maestro reclama la exquisitez de la hermenéutica pero rechaza las futilidades del comentario... Sólo que muchas veces, al detenerse a revisar los códigos legales, las hojas sagradas, las voces flotantes y las páginas ficticias, tales sujetos (y otros más) basan su ejercicio de lectura en una idea engañosa: en la idea de que el **sentido-está-ahí**, precisamente ahí (quieto, inmóvil y a la espera) donde se lo busca o prevé. Y sin embargo, el sentido es como un pez: cada vez que se lo quiere atrapar se escabulle, se desliza, se cuele por algún agujero. Y se esfuma porque el sentido, contrario a lo que ordinariamente se estima, no es un **objeto de encuentro**, no es una cosa de suerte, sino más bien un **objeto de creación**, una cosa de fundación. O para decirlo con Lynch, se puede entender el sentido "como una resultante de las tendencias proyectivas y organizativas del yo, efectos conscientes o inconscientes, pero, en todo caso... como 'haceres'" (13). En una palabra, el sentido no está en parte alguna, como no sea en esa parte que el lector crea para que el sentido sea elaborado. Hay que decir, finalmente, que el lector puede escapar al orden del sinsentido cuando se sepa a sí mismo un hacedor de sentido. Y en eso consiste su "poiesis".

LAS MEDIACIONES DEL SENTIDO

Tan pronto se dice algo sobre el sentido (como aquello de que es objeto de creación), empiezan a faltar otros señalamientos

más pertinentes y no menos arduos de precisar. Preguntar por ejemplo: ¿cómo se hace sentido? y no ¿cómo se hace **El** sentido?, pues lo que está en juego no es con mucho la consecución de la verdad unívoca del texto, sino la procuración de sus impredecibles desdoblamientos. Pues bien, si no fuera porque la respuesta que se quiere adelantar acusa de inmediato una desmedida abstracción, no habría obstáculo en afirmar que el sentido se hace a base de complejas mediaciones. Y sin duda la primera mediación es de índole verbal: si en la escritura la realidad es lo que el lenguaje dice de ella, en la lectura el sentido es lo que el lenguaje no dice (o quizás, lo que dice de modo encubierto gracias a numerosas formas de expresión que estorban la aparición del contenido). El lector, entonces, hace intervenir el lenguaje con la intención de decir lo que supone no dicho por el texto; pero al hacerlo, acaso sin saber todavía si lo dicho pertenece al orden de lo decible o lo indecible (pues el texto detenta en sí mismo unos mecanismos de regulación presuposicional que no deben ser violados arbitrariamente), lo que hace es proyectar la sombra de sus propias intuiciones: el lector redenomina lo que está nombrado o nombra las relaciones de lo que aparece innominado. Y a poco que descubre el **"halo erótico"** del sentido (que desaparece allí donde comienza a abrirse y reaparece cuando la cerrazón se va volviendo límite), ahora sí va en busca de nuevas sustituciones: juega a asimilar diferentes campos semánticos en el reconocimiento de que el sentido se cimienta lo mismo en la **continuidad** de las oposiciones que en la **discontinuidad** de las equivalencias. Y cuando suspende este juego, cansado de obtener aporías (sinsalidas significativas) ensaya a ensartar las cuentas de

las asociaciones mentales: sale del texto, **"cuaja"** una idea en el interior de su sistema conceptual y regresa de nuevo a él para endilgársela sin compromiso (aún a sabiendas de que el texto puede rechazarla). Y éste es el momento en que interviene la segunda mediación, la mediación ideológica, más compleja que la primera si se tiene en cuenta que en virtud de ella el sentido viene sugerido por "acodaduras" sociales en las que el individuo como tal apenas participa de manera secundaria. Cuando menos así lo considera Zima: "la especialización exigida por el mercado vuelve a los hombres cada vez más diferentes los unos de los otros y contribuye, tanto en el campo político como en el de las ciencias, a la fragmentación del lenguaje: encerrados en los argots especializados, a menudo influenciados por los antagonismos ideológicos, de los individuos y de los grupos cada vez más aislados e incapaces de comprenderse. En un grupo particular, las palabras "libertad" o "democracia" pueden designar lo contrario de lo que significan en el sociolecto de un grupo rival. Algunos conceptos importantes de una colectividad como "plusvalía" o "clase social" no son reconocidos por otros grupos. Una distinción semántica como óntico / ontológico, introducida por Heidegger, es contestada por los marxistas, etc. Esta es una de las consecuencias de la transición de una solidaridad mecánica (semejante a la de los individuos) a la solidaridad orgánica (interdependencia funcional), tal como es analizada y criticada por Durkheim" (14).

LA LECTURA COMO "DIATAXIS"

Conforme al aserto figurado de que el discurso griego funciona a base de alternativas y pare-

jas, es posible decir: **"diataxis"** es una expresión dilógica: de una parte, designa el ordenamiento en general y, de otra, el procedimiento estructural utilizado por el artista para entreverar los múltiples elementos que intervienen en el ensamble final de su obra. Por demás, la partícula **"dia"**, que prefixa la composición de la palabra, es depositaria de dos valores semánticos desiguales: primero, significa **"a través de"**; y segundo, significa **"separación"** (15). Aplicada al quehacer poético (en sentido amplio), dicha partícula promueve sobre todo la primera significación. En efecto, el aedo, rapsoda o poeta griego afirmaría una de las dos cosas siguientes (o ambas, tal vez): es **"a través de"** la coordinación y subordinación lógicas como se señala y realza la forma articulada del objeto poético cantado, zurcido o escrito; o también: es **"a través de"** la unificación y jerarquización de los motivos poéticos dispersos como se consigue el entretrejo de la **"poiesis"** total. En cualquiera de los dos casos, lo que se persigue como último horizonte es la obtención de la "organicidad de la forma", es decir, la obtención de una forma artística que, nacida de la intuición, deja conjeturar la coherencia de sus partes interiores gracias al dominio ejercido por la razón.

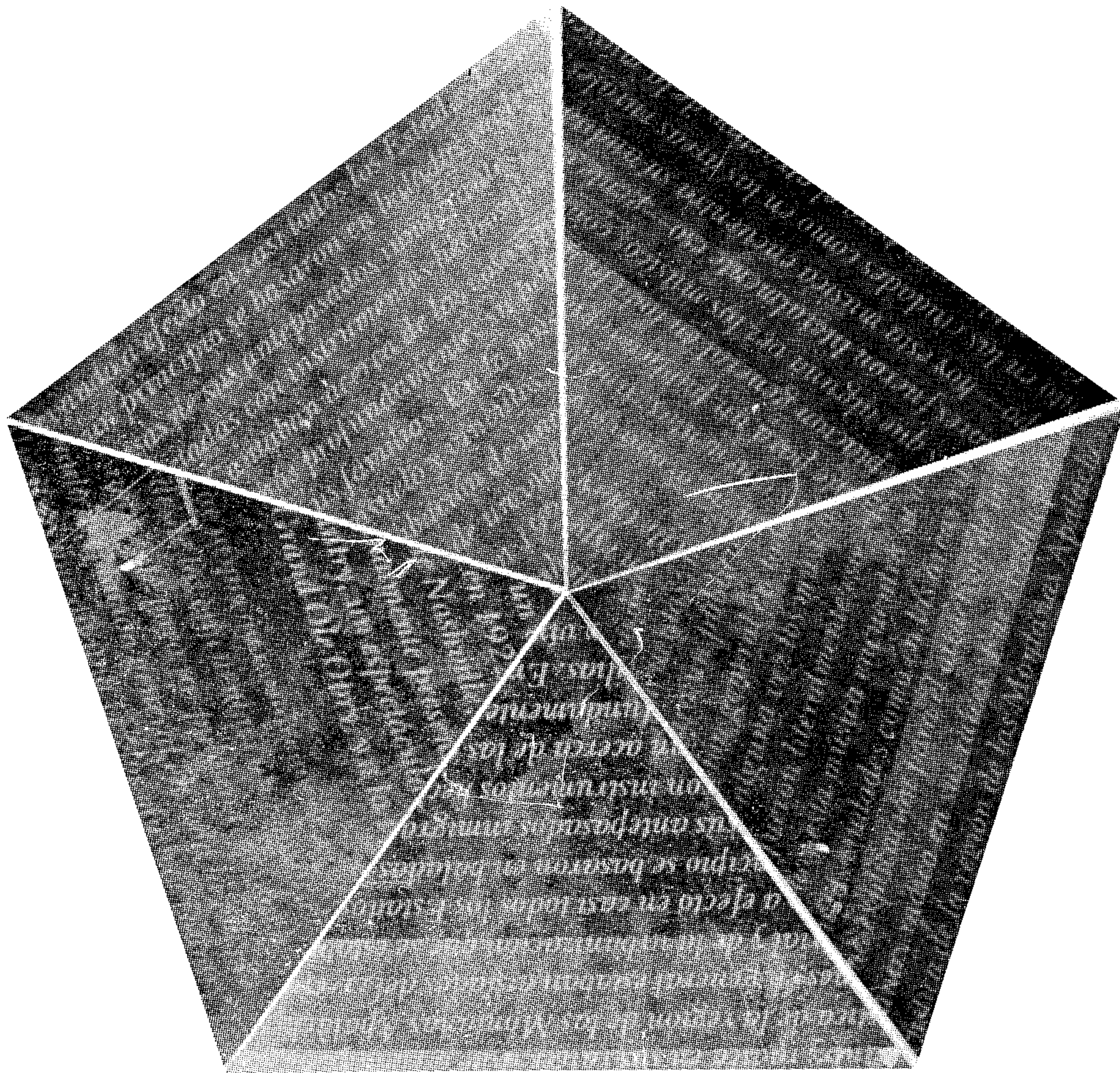
Ahora bien, aunque la segunda significación de la partícula "dia" no está excluida del acto compositivo (pues la "separación" que hace el artista está a la base de su posterior combinación), ella opera con mayor énfasis en el tiempo especial de la percepción poética. En efecto, ésta se vuelve **"letrada"** cuando la escucha y la lectura, en gesto de ingente irreverencia, van despojando al habla y la escritura de sus atavíos compuestos (hasta reducirlas a un esquema simple libre de densos comple-

mentos). Llegados a este punto de osada separación, acaso el oyente y el lector comprendan que todo acto de intelección es el reverso de un acto de palabra. Supuesta la comprensión del parentesco inverso entre creación y recepción, el texto obliga después a restituir su afinidad directa: el oyente y el lector, moviéndose en todas direcciones, empiezan a urdir la trama

que corresponde al simple esquema antes obtenido. Ya no es sólo la intuición juiciosa la que guía el proceso; ahora es la razón segura la que determina el haz de relaciones entre las partes sustantivas. Y todo matizado de modo adjetivo por coordinaciones, subordinaciones y jerarquizaciones, exactamente como si se tratara de una renovada "diataxis" antigua.

LA LECTURA COMO TRANSCODIFICACION

Leer lo escrito no es sólo operar una correlación; es también avalar una instancia de transcodificación. En efecto, en la escritura, espacio del "drama" sintáctico, el habla es despojada de su balbuceo fático y revestida de una fluidez artificial. Al mismo tiempo, es investida de una



memoria conceptual (de cuyas articulaciones muchas veces el sujeto queda excluido) y despojada de un inventario lexical común (así las palabras sean registradas por el diccionario). Además, es destinada al imaginario del pensamiento (en cuyas márgenes sobresale el fantasma del lenguaje) y desviada del imaginario del cuerpo (en cuyos límites el sujeto prepara su reco-

nocimiento). Y finalmente, es arrojada al circuito de la recepción virtual (donde el silencio habla en la intimidad) y retirada de la interlocución material (en cuyo seno se quiere mantener otro estado de pareja).

En la lectura, espacio del "epos" semántico, la escritura es privada de su apariencia continua y restituida a su esencia flotante. Así mismo, es desnu-

dada de su ropaje referencial —de su **bravura** hermética— y compelida a rendir cuentas sobre su soporte lexicográfico. Además, es consagrada a la ingravidez simbólica (en cuya serenidad el lector va enganchando las mitades del sentido) y profanada su lividez literal (a fin de que renueve su voluntad natural, no su sentido cultural). Y por fin, es circunscrita al ámbi-

to de la escucha mordaz (donde la audición muda se vuelve desciframiento) y expulsada del lugar donde actúa la mirada indiferente, la gramaticalidad indiferenciada.

DE LA INTERPRETACION

Cada época deja leer tarde que temprano los signos que la determinan. La modernidad, por ejemplo, se distingue por el énfasis que ha dado a la interpretación (no en vano ahora se desconfía de todos y de todo y se conjetura en la misma proporción). Habría que preguntar entonces a qué da la época moderna el nombre de interpretación. ¿A un **"asir-entre"** en virtud del cual se crea un movimiento de adentro hacia afuera?, es decir, ¿a un pensar **"algo"** que se estima latente y cuyo desocultamiento permite conocer la verdad de las cosas? Más bien se diría que, cuando es referido a los textos, ese nombre se reserva a una práctica especial, a una práctica de proposición de sentidos que parte de algunas suspicacias: primera, **la suspicacia discursiva** de que el texto que en algún momento se lee plantea enunciados legibles pero insuficientemente inteligibles (con otras palabras, la sospecha de que más allá de lo expresado por el texto existe siempre algo sugerido o sugerible, y que brota menos por asociación de palabras que por asociación de ideas); segunda, **la suspicacia semántica o pragmática** de que los enunciados o expresiones son insuficientemente inteligibles porque juegan de modo subrepticio con sentidos indirectos, entrevisiones silenciadas o solidaridades enigmáticas (con otros términos, la sospecha de que los sentidos segundos de tales enunciados pueden ser actualizados si se los integra en amplios conjuntos de significa-

ción, dentro de los cuales los signos recobran un valor asociado dependiendo de ciertos elementos lingüísticos y extralingüísticos de enunciación); y, finalmente, **la suspicacia hermenéutica** de que la distancia que separa la expresión de la intelección (la producción discursiva de la recepción interpretativa), puede ser acortada —o cuando menos recorrida— si de parte del lector se presenta la voluntad y la competencia sensorial e intelectual suficientes para establecer equivalencias entre el punto de partida y el punto de llegada, es decir, entre el texto que es leído y la interpretación que es postulada.

Así conceptualizado, el hacer interpretativo comporta a la vez una exigencia y una tarea: exige que el lector se deje "habitar", se deje "ocupar" por el texto, por lo que él es en tanto que objeto signifiante: por su estilo, sus códigos, sus ambiciones conceptuales, sus nudos proposicionales, sus recurrencias racionales o experimentales, etc. Una vez recubierto por el texto, por su decir constitutivamente plurívoco y dialógico, el lector se disuelve a medias en su objetividad enunciativa, en su materialidad literal: es pues un estado de suma ambigüedad en que a la vez que se reconoce afuera, no puede menos también de reconocerse adentro, atrapado en el tejido intestino de la escritura que lee. Poco a poco, en ese estado de confusión, en que los enunciados van y vienen, en que las palabras atestiguan o demoran sus referentes, o en que las expresiones acallan o agudizan sus resonancias intertextuales, el lector se sabe incapaz de restablecer intenciones originales o fundamentantes, se sabe impotente para buscar una regla dispensadora de sentido que le permita unificar la dispersión total con la que ahora se enfrenta: apenas si ba-

rrunta conexiones virtuales, encadenamientos difusos, equivalencias dispares. Con todo, en el lento proceso de decantación en que la energía asociativa se vuelve instrumento, el lector es compelido a sustentar cada significación particular dentro de una combinación más extensa: su tarea consiste en renunciar a decir cualquier cosa o, más específicamente, consiste en proponer sólo aquellos sentidos que, al tolerar estrategias de comprensión equivalente, quedan subsumidos en inclusiones semánticas.

Dichas inclusiones, desde luego, se apuntalan en dos tipos de presupuestos: **lingüísticos**, cuando los pasajes discursivos se interpretan apelando a la configuración paradigmática de la lengua en la que está escrito el texto; y **extralingüísticos**, cuando los segmentos discursivos se interpretan recurriendo al saber general y circunstancial que acompaña el conocimiento de esa lengua. Como se intuye, en ninguno de los dos casos (o en cualesquiera otros que se fundamenten en presupuestos diferentes), el hacer interpretativo es completamente libre, exento de orientaciones preconcebidas. Muy al contrario, tanto si se interpreta conforme a la regulación lingüística del texto leído, como si se interpreta conforme al contexto cultural de la época, la proposición de sentidos que se persigue no es más, finalmente, sino la proposición de otros signos, la proposición de otros enunciados que arrastran consigo el lastre irremovible de sus adherencias ideológicas.

"SABER LEER"

Hay que **"saber leer"**. Esta es una frase que a menudo se repite. Y se la repite así, a secas, sin más prolongación que su decir inmediato. Con todo, su enun-

ciación no anula la percepción de dos sentimientos: de futilidad y de incomodidad. Sentimiento de futilidad por parte de quien la profiere (no sin escueta desenvoltura), pues en este caso la frase, a pesar de que posee un carácter **expletivo** (soberanamente intenso), no comporta explicación alguna, abertura o despliegue conceptual posterior a su emisión. Reducida a la condición de frase sin desarrollo, ella misma se afianza en el límite de una tentativa crítica (donde la palabra es pronunciada fuera de toda polémica, de todo entusiasmo dialéctico, al margen de cualquier moción argumental): como quiera que eso es lo que afirma la opinión común, la "**doxa**", el dictamen perezoso de la comunicación cotidiana, por eso se la repite (como si el asunto fuera evidente, como si la repetición pudiese no ser sentida como una imitación). Vuelta espectáculo de su propio mensaje callado, la frase se solidifica, se espesa o se torna "**gelatinosa**"; entonces se pega a aquellos que **merodean** por el lenguaje y que creen que la "verdad" se estima según el grado de enlascamiento de las palabras a lo largo del discurso histórico. Y lo peor es que una vez adherida a la voz del que la articula, éste no puede evitar pronunciarla con un dejo de arrogancia, con la violencia propia del que adelanta prejuicios: expresarla es arrogarse el derecho de hablar el discurso de la "apariencia", de intimidar con el discurso de lo "sabido".

Al ser suprimido el halo demostrativo de esta frase en el momento de ser enunciada, el otro queda sumido en una especie de **estado de duelo** (en todo caso, queda sumido en el mismo estupor y desconcierto que produce la culpa): de ahí el sentimiento de incomodidad por parte de quien la escucha. En efecto, el que la oye, con un matiz

fingidamente impersonal, entiende que la frase no transmite un sentido (ni siquiera el acondicionamiento de un deseo), sino una advertencia (la perversa seducción de una situación límite): aquella en la que el sujeto queda suspendido en una relación coercitiva, aquella que arroja al sujeto a que se reconozca en falta, es decir, separado de la "verdad" que se supone es siempre una consecuencia del saber, y supeditado al poder de alguien que se resguarda en un lenguaje que carece de reservas de sentido. Por eso el que escucha la expresión "**hay que saber leer**" (como dirigida a él), escucha la desgarradura suntuosa de una interpelación negativa: "**usted no sabe leer**". Y en seguida el eco extremo de una afirmación de poder: "**yo, en cambio, sí lo sé hacer**". Con todo, más allá de esta inversión de roles y contenidos declarativos que se mantiene en el umbral de la sintaxis, ¿significa algo la expresión "saber leer"? ¿Por qué, entonces quien dice tal cosa, no dice después qué entiende por ello? ¿O es que acaso no es válido aquello de que no hay nada que se sepa que no pueda ser expresado? Cuando menos habría que decir que una frase como ésta, articulada para que genere un efecto de culpa, se apuntala perversamente en una actitud monológica. Y ya advertía Bachtin que "el **monologismo** niega la existencia de otra conciencia fuera de sí, que tenga los mismos derechos y pueda responder sobre un pie de igualdad, de un otro "yo" igual ("tú"). En la aproximación monológica (en su forma extrema o pura), el "otro" permanece entera y únicamente como **objeto** de la conciencia, y no como otra conciencia. No se espera de él una respuesta que pueda modificarlo todo en el mundo de mi conciencia. El monólogo está realizado y, sordo a la respuesta del otro,

no la espera y no le reconoce fuerza **decisiva**. El monólogo prescinde del otro y por ello objetiva en cierta medida toda la realidad. El monólogo pretende ser la **última palabra**"⁽¹⁶⁾. Última palabra de una palabra que ni siquiera ha comenzado: eso tal vez significa la expresión "saber leer".

EL OLVIDO EN EL LECTOR

Por más celo que demuestra en el repaso acucioso del texto que lee, el lector se sabe incapaz de detener el olvido. A decir verdad, ni los afanes **mnémicos** (de los que tanto abusa la institución escolar), ni los excesos **ecolálicos** (en los que tanto insiste la interdisciplina), sitúan al lector a distancia del olvido. Ciertamente puede empeñar su tiempo en retener pasajes de **selvático** rendimiento conceptual; pero al cabo no puede menos de sentir desazón a comprobar cómo sus recuerdos se han ido "derramando". Con todo, obsesionado por su frágil retentiva, el lector remozca la labor de impedir la evasión de lo leído con otras argucias evocativas: subraya frases enteras, colorea trozos de escritura, arriesga señales indicativas o, simplemente, hace de los bordes un espacio secundario de consignación marginal. Pasadas las horas, sin embargo, estos filones de intervención textual no llegan a ser más que la huella indeleble de una asistencia difusa: pues ya se ha esfumado el **código didáctico** que regulaba el sentido o la intención de cada una de esas apoyaturas convencionales. Es como si a mayor esfuerzo de remembranza por parte del lector el olvido se instalara en él con no menos eficacia. Como sea, la omisión acontece allí donde el lector procede **selectivamente**, o en el momento en que lo leído se reduce

a ser mera ilusión libresca (pero no complemento anular de vida) o, más todavía, cuando el lector no es impulsado, o no se obliga a sí mismo, a reparar en lo que lee, a sofrenar el pulso íntimo de la escritura en la cual anda sumido. Y, cosa curiosa, nada más equívoco que el recuerdo para el seguimiento, apropiación y construcción del sentido, pues lo que llega a la memoria en forma de evocación es lo mismo (sustancial) y lo otro (accidental), lo otro acompañado de intempestivas asociaciones y lo mismo arrastrado por inmóviles impresiones, las mismas que se conjugan en un todo heterogéneo con la pretensión de liberar la lectura de la inexorabilidad necesaria del olvido.

EPILOGO INCONCLUSO

Esto que **ahora y en este punto** quiere ensayar su conclusión (su última audición), ¿determina el fin de las anteriores imaginé-rias, el acabóse de las precedentes ensoñaciones simbólicas? En tanto que fin, en verdad, ¿no habrá después de ellas ninguna otra cosa, nada distinto de lo que han querido ser, esto es,

simples fragmentaciones del deseo? ¿Ni siquiera a sabiendas de que, respecto de la lectura y la escritura, fin y comienzo son meros simulacros? ¿Qué es lo que han llegado a ser en el curso de esta aventura gramatical? ¿Excrecencias de lenguaje? Sólo que esta expresión destella cierto descrédito. ¿Devaneos especulativos entonces? Aquí el juicio no concede mucha solicitud a lo que la pregunta representa. ¿Apuntes fenomenológicos sobre algunos asuntos referidos a la lectura y al lector? Unos cuantos apartes, tal vez, pues hay fragmentos que rebasan el marco de la reflexión fenoménica. Entonces ¿qué han devenido estas imaginé-rias a partir de su obertura? Aunque suene paradójico la respuesta podría ser la que sigue: **ellas han llegado a ser lo que son**: un conjunto imperfecto e inacabado de palabras que se ocupa de imaginar, describir, sugerir, proponer, confrontar, matizar o inquirir el complejo fenómeno de la lectura, en sus irreductibles relaciones (no siempre desmascaradas y sí muchas veces sobreentendidas por la opinión común) con la escritura, con el lector y con el lenguaje. De ahí

el modo como dicho conjunto aparece organizado: a base de **voces que discurren** (de antes, de ahora, de siempre; sin acuerdo y sin embargo concurrentes); de **ecos en sordina** (agudos, metálicos, vulgares, traídos por la memoria en imágenes acústicas que ella misma dispone); de **citas sin comillas** (ahítas de nombradía, vacías de propiedad, ebrias de intercambio lexeográfico); de **frases al alimón** (lidiadas para burlar la jactancia mítica de la composición, el necio propósito de la originalidad); de **discursos de estilo** (acuñados para expresar la jovialidad de los estados interiores, y comunicados según un signo, un ritmo y un gesto únicos); y de **textos en rondel** (sólidos en apariencia pero huidizos a poco de intentarse su recapitulación, es decir, tramados por un decir inasible que pretende horadar la abstracción). Y todo con el propósito de disolver la idea de comienzo, la aspiración de saber, y de hacer notar que en esencia leer consiste en elaborar una escritura tácita, lo mismo que escribir consiste en re-pasar la lectura explícita del propio pasado.

1992

NOTAS

1. ARISTOTELES. *La poética*. Versión de García Bacca. México, Editores Mexicanos Unidos, S. A. 1985. P. 142.
2. BARTHES, Roland. *El placer del texto y la lección inaugural*. México, Siglo XXI, 1989, p. 10.
3. BARTHES, Roland. *Lo obvio y lo obtuso*. Barcelona, Paidós Comunicación, 1986, p. 309.
4. TOBON FRANCO, Rogelio. *Semiótica del silencio*. Medellín, Impresos Ltda., 1992, p. 23.
5. CUERVO, Rufino José. *Obras. Tomo II, Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1987, p. 24.
6. FOUCAULT, Michel. *El pensamiento del afuera*. Valencia, Pre-textos, 1988. pp. 33 - 34.
7. NIETZSCHE, Friedrich. *Ecce homo*. Madrid, Alianza Editorial, S. A., 1980, p. 57.
8. BLOCK DE BEHAR, Lisa. *Una retórica del silencio*. México, Siglo XXI, 1984, p. 71.
9. RASTIER, François. "Sistemática de las isotopías". En: A. J. GREIMAS. *Semántica estructural*. p. 110.
10. BARTHES, Roland. S/Z. México, Siglo XXI, 1989, pp. 9 - 10.
11. AYER, A. J. *Wittgenstein*. Barcelona, Editorial Crítica, 1986. p. 52.
12. FOUCAULT, Michel. *El orden del discurso*. Barcelona, Tusquets Editores, 1987, p. 25.
13. LYNCH, Enrique. *La lección de Sheherezade*. Barcelona, Anagrama, 1987, p. 24.
14. ZIMA, Pierre. *L'indifference romanesque. Sartre, Moravia, Camus*. París, Le Sycomore, 1972, p. 38.
15. RESTREPO, Félix. *La cultura popular griega a través de la lengua castellana y otros estudios semánticos*. Selección de Horacio BEJARANO DIAZ. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1979, p. 126.
16. TODOROV, Tzvetan. *Claves para la obra de Michael Bachtin*, En: Eco. Bogotá, Tomo XXXVIII/6, N° 234 (abril 1981), p. 626.

colaboradores:

jorge alberto naranjo mesa. realizó estudios en la universidad nacional de colombia, sede medellín. ha sido profesor del departamento de física de esta universidad, ha sido profesor también de la facultad de filosofía y letras de la universidad pontificia bolivariana y de la facultad de sociología de la universidad autónoma latinoamericana. de esta última recibió el título de doctor "honoris causa" en sociología. en la actualidad se desempeña como profesor de hidráulica y mecánica de fluidos en el departamento de ingeniería civil de la universidad nacional de colombia, sede medellín, publicaciones en la revista *escritos* de la facultad de filosofía y letras de la universidad pontificia bolivariana, *revista universidad de medellín*, *revista universidad de antioquia*, *sociología de la universidad autónoma latinoamericana* y en el suplemento del periódico *el mundo*, la colección de autores antioqueños del departamento de antioquia, publicó en 1987 su libro *estudios de filosofía del arte*. la universidad nacional de colombia, publicó su libro *los trabajos experimentales de galileo galilei*. la editorial bolsillo roto, publicó su novela, *los caminos del corazón*, la asociación de profesores, publicó su libro *tres estudios sobre carrasquilla*, el posgrado de recursos hidráulicos, publicó su libro *introducción a la mecánica de los medios continuos*.

fernando cruz kronfly. abogado de la universidad gran colombia (santafé de bogotá). profesor de las universidades del valle, libre y santiago de cali. novelista, cuentista y ensayista. autor de: *las alabanzas y los acechos* (cuentos). *fabella* novela ganadora del premio villa de bilbao, 1980, *las cenizas del libertador* 1987. publicaciones en: *ideología y sociedad*, *estravagario* y suplemento de *vanguardia liberal*. la revista de extensión cultural n° 23 de la universidad nacional de colombia, sede medellín, publicó su trabajo "freud y rabelais: la novela familiar". en la n° 11 publicó "aproximaciones críticas a la crónica de una muerte anunciada". fue director de la revista *fin de siglo*. ha sido colaborador permanente en suplementos literarios y revistas culturales en colombia y jurado en diversos concursos literarios.

enrique alí gonzález. sociólogo y ensayista venezolano. realizó estudios en la universidad central de venezuela, ha sido docente e investigador en la escuela de filosofía y de la misma universidad y ha estado vinculado también a otras universidades de su país. ha sido profesor del centro latinoamericano y del caribe de desarrollo cultural, **cladec** y profesor invitado en diversos certámenes organizados por el consejo nacional de cultura de

venezuela. ha visitado diversos países latinoamericanos como conferencista. es autor de varios artículos y libros muy difundidos, algunos de los cuales han recibido distinciones especiales. se destaca entre sus obras la titulada "diez ensayos de cultura venezolana", publicada por el fondo editorial tropykos de la asociación de profesores de la universidad central de venezuela.

luis jair gómez o. profesor titular y maestro universitario de la universidad nacional de colombia, sede medellín. docente de la facultad de ciencias humanas. veterinario y zootecnista de la universidad de caldas. master of science de la universidad de missouri. trabajos publicados en las siguientes revistas: *revista de la facultad nacional de agronomía*, medellín; *revista colombiana de ciencias pecuarias*; *journal of animal science* y en la *revista de ciencias humanas* de la universidad nacional de colombia, sede medellín.

pamela murray. doctorada en historia de américa latina con una tesis titulada "forging a technocratic elite in colombia: a history of the escuela nacional de minas of medellín, 1887-1970". es profesora asistente en la universidad de alabama en birmingham donde ha dictado cursos sobre historia de latinoamérica, editora asistente para "handbook of latin american studies, volume 50 (library of congress, 1991)". entre sus trabajos y conferencias se destacan: "engineering national development in colombia: the positivist agenda of the escuela nacional de minas of medellín, 1887-1921". "modernization and economic development in colombia: the impact of coffee, 1880-1930". "blueprint for 'progress': the program of the escuela nacional de minas in the context of early twentieth century colombia, 1904-1921". algunos de sus trabajos publicados son: "feminizing the fraternity: colombia's first women engineers, 1941-1979", *secolas: annals* v. 24. "engineering national development: the agenda of colombia's national school of minas 1887-1930". *the hispanic american historical review*. este texto actualmente se encuentra en proceso editorial, se tiene prevista su publicación para febrero de 1994.

mauricio vélez uegui, licenciado en español y literatura de la universidad de medellín. profesor del departamento de lingüística y literatura de la universidad de antioquia. actualmente docente investigador de la especialización en literatura latinoamericana de la universidad de medellín. publicaciones en la revista de semiótica literaria "con-textos", de la cual es codirector.

ilustradores:

gloria posada. maestra en artes plásticas de la universidad nacional de colombia, sede medellín. expone colectivamente desde 1990 e individualmente desde 1993. mención primer salón de arte joven santafé de bogotá, 1991. obtuvo diploma de mérito otorgado por el centro de artes plásticas y diseño, habana, cuba, en el primer salón universitario de artes plásticas latinoamericano, universidad federal de matogrosso do soul, 1992. (ilustra la **carátula**).

juan carlos restrepo rivas. diseñador gráfico de la universidad pontificia bolivariana. expone colectivamente desde 1984. ilustrador y diseñador independiente. (ilustra artículo "**breve historia del soneto renacentista y barroco**").

luis fernando peláez. arquitecto de la universidad pontificia bolivariana. expone individual y colectivamente desde 1978. representó a colombia en el festival internacional de la pintura en cagnes-surmer, francia, 1984; obtuvo mención especial del jurado. representó a colombia en la bienal latinoamericana de dibujo maldonado-uruguay, 1985, obtuvo el premio argentina. 1er. premio en la bienal americana de arte, museo la tertulia, 1986. 1er. premio xxxi salón nacional de artistas, 1987. representó a colombia en la semana cultural de avignon, francia, 1990. premio concurso nacional riogrande II, 1991. en la actualidad es docente de la facultad de artes de la universidad nacional, sede medellín. (ilustra artículo "**conversación con luis fernando peláez**").

patricia lara. maestra en artes plásticas de la universidad nacional de colombia, sede medellín. expone colectivamente desde 1988. obtuvo el primer puesto en el III salón del pequeño formato biblioteca pública piloto, universidad de antioquia, 1991. se desempeña actualmente como artista independiente. (ilustra artículo "**¿lo regional como ruptura?**").

susann luque: maestra en artes plásticas de la universidad nacional de colombia, sede de medellín. expone colectivamente desde 1992. actual-

mente se desempeña como diseñadora gráfica. (ilustra artículo "**nacimiento y destino del concepto de economía natural**").

edith arbeláez jaramillo. maestra en artes plásticas de la universidad nacional de colombia, seccional medellín, expone individual y colectivamente desde 1986. obtuvo en el xxxi salón anual de artistas colombianos, el segundo premio por su obra: "cien personas en fila". se desempeña actualmente como profesora en la universidad nacional de colombia, seccional medellín, facultad de arquitectura, y en la universidad de antioquia en el departamento de artes visuales. en el presente realiza estudios de postgrado, maestría en filosofía, línea de profundización en estética, en el instituto de filosofía de la universidad de antioquia. (ilustra artículo "**historia no oficial de la escuela nacional de minas de medellín, 1887-1970**").

luis fernando valencia. crítico de arte. estudios de arquitectura (1965-1973) y maestro en artes plásticas de la universidad nacional de colombia, sede de medellín. (1987). maestría en filosofía, línea de investigación en estética y filosofía del arte, instituto de filosofía, universidad de antioquia. (tesis en preparación). como artista expuso individual y colectivamente desde 1974 hasta 1985, y obtuvo el primer premio en el III salón regional de artes visuales, b.p.p., medellín, 1980 y en el ix salón de agosto del museo de arte contemporáneo de bogotá, 1975. segundo premio en III salón regional, medellín, 1978, y mención de honor en el salón nacional de arte joven del museo la tertulia de cali, 1977. como crítico de arte fue becario del programa francisco de paula santander, colcultura, 1988. ha sido jurado del salón nacional y de las bienales de bogotá, además de la bienal internacional de cuenca, ecuador. actualmente es profesor asociado de la universidad nacional de colombia, sede de medellín. en el presente año recibió el reconocimiento a la docencia excepcional, en la carrera de artes plásticas, de la universidad nacional de colombia, sede de medellín. (ilustra artículo "**imagnerías de lectura**").

